

JAIME RODRIGUEZ F. SDB.

**LA ASISTENCIA
SALESIANA**
sabiduría del corazón

CON GRATITUD

a los salesianos que fueron mis ASISTENTES

a los salesianos de cualquier edad
que todavía ASISTEN en el patio

CON ESPERANZA

a las generaciones jóvenes
para que renueven el carisma salesiano
recuperando y renovando la ASISTENCIA

Prefacio

Luc. XXIV, 13 ss.: “¿De qué habláis mientras vais andando?” preguntó el “DESCONOCIDO” a dos discípulos que hacían el camino hacia Emaús. Se había producido el acontecimiento anunciado y prometido de la PASCUA. Pero ellos no lo habían aceptado ni asimilado y se alejaban. Lo que también nos puede suceder a los que estamos envueltos por la exaltación de la pascua de Don Bosco: nos podemos quedar apenas en una evocación nostálgica del pasado, cuando la pascua salesiana es la fiesta de nuestro presente y de nuestro futuro. Nos lo asegura con el acento todo del profetismo evangélico el Santo Padre Juan Pablo II en la carta *Iuvenum Patris*, en la beatificación de Laura Vicuña, en la ya próxima del P. Felipe Rinaldi, en la proclamación que hizo para toda la Iglesia de Don Bosco como Padre y Maestro de la juventud.

En el anhelo de la celebración de la fiesta, me quiero encontrar con mis hermanos para que compartamos la alegría pascual de ser Familia Salesiana. Celebremos mientras seguimos andan-

do. Nuestro encuentro personal es ya una celebración estupenda. Porque nos encaminamos juntos al evento pascual, dialogando en el camino sobre lo nuestro: lo que somos y vivimos, el espíritu que nos une y nos identifica, sobre todo lo que llamamos SALESIANIDAD.

Esta no es sólo una historia ni una ciencia. Es una experiencia. Es lo que se ha vivido y lo que se quiere vivir. La podemos calificar de actitud vocacional. Porque, en esencia, es lo que Dios quiere que vivamos y es el modo en que quiere que lo vivamos. En este sentido, estas páginas son de SALESIANIDAD. Publicarlas no es ninguna presunción. Porque no requieren "autoridad" en quien las escribe. Son apenas un acercamiento fraternal, una búsqueda confiada de compañía para recorrer juntos el camino y para que hablemos de LO QUE DIOS NOS DA LA GRACIA DE QUERER VIVIR.

El diálogo de la SALESIANIDAD no es una evocación de Don Bosco. Sino una CONVOCA-CION A DON BOSCO. Nos es tan conocido. Pero también es el DESCONOCIDO del camino. Lo necesitamos tanto en nuestra marcha. Porque nos sentimos alejados de él. Por eso estamos entristecidos. Hemos andado en la oscuridad. Pero Don Bosco no ha estado ausente. Sucede que no nos habíamos percatado de su presencia. Quizás hasta nos parece que hace ademán de seguir sin nosotros. Le pedimos que se quede porque se

está haciendo noche. Su respuesta . . . ya la habíamos oído. La conocemos. Pero es posible que hayamos perdido la familiaridad con ella. La volvemos a escuchar. La redescubrimos. Nos colma. Nos desborda. Nos inunda de luz y de paz: "AQUI CON VOSOTROS ME ENCUENTRO BIEN; MI VIDA ES REALMENTE ESTAR CON VOSOTROS". Nuestro corazón se inflama y arde nuevamente. Estar con Don Bosco significa tanto, nos hace comprender tantas cosas. Sobre todo, nos hace sentir lo mucho que nos ama, nos cautiva con su simpatía y su espiritualidad, nos hace partícipes de su santidad, nos transmite su experiencia de Dios, nos confía su misión. Nos hace quedarnos con él porque construye casa y familia con nosotros. Lo rodeamos como a nuestro Padre y Maestro.

La respuesta que nos da es un anuncio, un itinerario, un compromiso. "Encontrarse bien" con nosotros es amor, confianza, opción generosa, libre, incondicional; entraña compañía, solidaridad, voluntad de servicio, relación personal, hacer camino juntos para llegar a la misma meta en la participación del triunfo de Jesús. Pero la respuesta de Don Bosco dice mucho más: DEFINI SU VIDA EN RELACION CON NOSOTROS. Las palabras con que completa su frase dan cuenta de su entrega total a nuestro bien, de que nos acepta como la razón de su existencia, de que somos aquellos por los que Dios lo suscitó, lo hizo soñar, lo constituyó depositario de

promesas y centro de esperanzas. SOMOS SU OPCION VOCACIONAL, EL CAMINO DE SU FIDELIDAD. Es una tradición, una herencia que llamamos SISTEMA PREVENTIVO, con su entrega a nuestra vida en forma de presencia incansable, ininterrumpida, alegre, festiva, pascual, que Don Bosco mismo llamó ASISTENCIA.

Es lo que comenzó hace tiempo como realización del sueño de los 9 años. Tuvo como preludeo acrobacias, prestidigitaciones y la Sociedad de la Alegría. Luego una búsqueda tenaz, sufrida. Y DESEMBOCO EN UNA INSERCIÓN DEFINITIVA en ese submundo de muchachos abandonados, de los que nadie se preocupaba. Y allí se encontró bien. Definió su vida entre ellos y se la entregó del todo.

Las páginas de este libro son una invitación a dialogar sobre esta entrega que es la que le da contenido a la SALESIANIDAD. Haciendo camino con Don Bosco, TU y YO, hermano en la Familia Salesiana, NOSOTROS, nos entretendremos reflexionando sobre la presencia de Don Bosco en nuestra vida, sobre nuestra experiencia de estar con él y sobre nuestro agradecimiento porque aceptó la invitación que le hicimos a quedarse en nuestra compañía.

Juntos escuchamos la plegaria de la Iglesia en labios de Juan Pablo II: "Querido Don Bosco, qué necesario nos es tu gran carisma. Aunque

nos dejaste hace cien años, sentimos tu presencia en nuestro hoy y en nuestro mañana”.

Esta presencia no es una evocación. SINO UNA CONVOCACION. Respondamos cada uno de nosotros a este llamamiento que se le hace a Don Bosco. Para ello, EMPRENDAMOS EL REGRESO HACIA EL ACONTECIMIENTO DE LA PASCUA, como hicieron los caminantes de Emaús. Y llevemos gozosos su pregón al mundo juvenil. VOLVAMOS A LA ASISTENCIA SALESIANA insertándonos en el mundo juvenil como personas que somos en vocación-consagración-misión. Volvamos a ESTAR SIEMPRE CON LOS JOVENES, en sus patios, como alma de los recreos, compañeros de itinerario. Digámosles QUE NOS ENCONTRAMOS BIEN CON ELLOS, QUE NUESTRA VIDA ES REALMENTE ESTAR CON ELLOS como Don Bosco y con Don Bosco hoy para el mañana.

J.R.F.

Bogotá, Abril 1 de 1990

*56o. aniversario de la
canonización de Don Bosco
y año centenario
de la presencia salesiana en Colombia*

Presentación

Para el desesperanzador horizonte de un mundo con juventud abandonada, el gran educador San Juan Bosco ha sido considerado en la Iglesia como un mensajero de luz. Realmente lo fue.

Desde los tempranos nueve años vivió la conciencia de su fascinante misión y ajustó el diario ejercicio de su fe-praxis a la realización de tan delicada tarea. “No con los puños sino con el corazón” aparece como un primer parámetro normativo de lo que ha continuado siendo hasta nosotros una presencia amorosa transformante y el rasgo definitivo de una espiritualidad juvenil en acción.

“Toda mi vida la dedicaré al servicio de los jóvenes” fue la respuesta de Don Bosco al sentirse interpelado.

Por los caminos del Reino de Dios, a cuya tarea de construcción estamos llamados los seguidores del Evangelio, espiritualidad no hay sino una: “Amaos los unos a los otros como yo os he

amado”. Los grados y expresiones pueden ser múltiples; pueden aparecer apreciaciones justas y también equívocas. No todo lo que encierra tal nombre, encierra tal calidad. La espiritualidad de Tomás de Kempis marcó una época. Hoy muy pocos la toman en su radicalidad dualista. Teresa de Avila y Juan de la Cruz, “maestros de maestros”, encierran tal profundidad de contenidos y finura de estilos, que su testimonio ha generado toda una estela de santidad mística. Cada gigante del amor de Dios imprime su propio estilo, “diseña” una escuela, delinea un sendero de santidad, sugiere una pauta característica.

Según el proyecto apostólico que le fue asignado, Don Bosco nos legó los trazos de una espiritualidad propia. Para él, vivir la fe consistió en responder a los desafíos de la historia, desde la comprensión salvadora de un Dios hecho hombre para el bien de los hombres: educar fue un proyecto de transformación del mundo juvenil tal como existía en su desamparo y necesidades, desde la óptica de Jesús.

De San Francisco de Sales Don Bosco asumió la contextura metodológica de su espiritualidad práctica y del eterno presente de la Buena Noticia de Nazaret, extrajo las grandes opciones pastorales que hicieron de Don Bosco “el santo de los muchachos” y el original educador “en clave de futuro”.

La juventud sin esperanzas, en concreto, los jóvenes abandonados de la ciudad de Turín, los recién llegados atraídos a la gran ciudad por el señuelo de la modernidad, del trabajo asalariado y de la cultura esquivada, fueron la materia prima de su predilección apostólica en la cantera inexplorada de la santidad juvenil.

La herencia pastoral de aquel a quien se le definió como “la unión perfecta con Dios”, se perpetúa entre sus hijos y en la Iglesia con el nombre de ESPIRITUALIDAD SALESIANA, fuerza motriz de un genuino estilo educativo y de una educación evangelizadora reconocida como una verdadera escuela de santidad.

La diaria continuidad de este propósito, constitutivo de todo un proyecto existencial, el de “aquí con vosotros me encuentro bien, porque mi vida es realmente estar con vosotros”, forjó la espiritualidad del deber, la espiritualidad de la alegría, la espiritualidad del trabajo en la oración y de la oración en el trabajo, la espiritualidad de la presencia preventiva, la espiritualidad de “amar para hacerse amar”. En una sola expresión, la espiritualidad salesiana.

Santidad-espiritualidad, como dos términos correlativos de efecto a causa, sólo pueden ser comprendidos en la esfera vivencial de quienes han gastado sus vidas en un prolongado acto de Evangelio: hombres a la estatura de Cristo, personas de

espíritu recto, gentes servidores de la humanidad.

En el contexto de lo anteriormente descrito he leído con inmensa satisfacción LA ASISTENCIA SALESIANA, SABIDURIA DEL CORAZON.

El sugestivo título de este tratado de salesianidad, completa una trilogía de homenaje a Don Bosco, en el doble centenario de su ingreso a la Casa del Padre y de la llegada de los primeros salesianos a Colombia. Con los dos libros que lo antecedieron, UN ENCUENTRO CON DON BOSCO y EL SISTEMA PREVENTIVO, EXPRESION DE LA SANTIDAD SALESIANA, este tratado sobre la asistencia salesiana pretende ser un alimento muy elaborado para mantener vivo en nosotros el compromiso evangelizador de Don Bosco y para continuar desarrollando sin claudicaciones el testamento apostólico del Fundador.

Dirigido a todos los miembros de la Familia Salesiana, este texto está muy ajustado al nobilísimo propósito del autor el P. Jaime Rodríguez, cual es el de compartir la experiencia de una salesianidad vivida en la fidelidad, en la alegría y en el trabajo entre los jóvenes.

La rica reflexión personal del P. Jaime nos invita exquisitamente a adentrarnos en la profundidad espiritual del carisma apostólico juvenil de

Don Bosco, en la doble dimensión de un gran amor a la Congregación y de un servicio actualizado de pensamiento en la renovación de nuestro espíritu y de nuestro servicio.

En nueve capítulos cuidadosamente elaborados literaria y doctrinalmente, se nos invita a la confrontación de nuestro diario quehacer salesiano con las exigencias del “Sistema Preventivo”, estilo educativo nuestro inspirado en el espíritu del Evangelio y traducido en favor de los jóvenes en el luminoso caminar de Don Bosco.

Esa presencia afectuosa del salesiano al servicio de los muchachos y ejercida en el escenario natural de los jóvenes, en “su mundo”, es decir, allí donde se crea un espacio de espontaneidad, de alegría y de amistad, comprende todo aquello que ha sido considerado entre nosotros como LA ASISTENCIA SALESIANA.

Una comprensión actualizada de esta formidable mediación educadora y de sus implicaciones a la luz del carisma original del “Padre y Maestro de la juventud” constituye el núcleo de la reflexión propuesta a nuestro meditar en este precioso tomo.

Para el autor, el vocablo “PATIO” condensa en general todo ese ambiente descomplicado, espontáneo, creativo, donde se protagoniza la identidad juvenil. Con ese término que nos re-



monta al círculo siempre estrecho (por muy amplio que fuera) de nuestros internados de otrora, se quiere prefigurar el medio normal donde los adolescentes se sienten valorados en lo que son, donde se descubren a sí mismos como personas y donde se sienten a gusto entre iguales.

Ese “mundo” concreto que pasa por las diferentes instancias de una acción evangelizadora-educadora como son la recreación agitada, el deporte organizado, la reflexión escolar, el asociacionismo juvenil, la exactitud propia de la capacitación técnica, el diálogo orientador de una confidencia personal o la alegre celebración litúrgica de la fiesta de la vida, es para nosotros los Salesianos el espacio concreto donde continúa activa la presencia amorosa de Don Bosco, donde se ejercita la ASISTENCIA SALESIANA, la de la “sabiduría del corazón” que modela, transforma y humaniza.

Agradezco de corazón al P. Jaime por obsequiarnos con este singular trabajo y por conducirnos fraternalmente en la actualización de la perenne novedad de Don Bosco.

*Pbro. Carlos Julio Aponte
Inspector*

I. UN DIA, CUANDO SE ESTABA ACABANDO LA ASISTENCIA SALESIANA...

“Entonces, —preguntó Don Bosco a José Buzzetti quien ya tenía la barba completamente blanca y había sido uno de sus principales colaboradores, su hombre de confianza en los primeros tiempos del Oratorio — *“¿me dices que hay entre mis jóvenes quienes no están en paz con Dios?”*”

Era Mayo de 1884. Hacía poco más de un mes que Don Bosco se había ausentado del Oratorio de Turín y estaba en Roma. Había emprendido ese viaje que superaba sus fuerzas, una verdadera imprudencia desde cualquier óptica humana. Don Bosco demostraba así su obediencia heroica al Papa. Además, también se trataba de dar los últimos toques a su PROYECTO, cuyo centro era la Sociedad Salesiana. El deterioro físico de Don Bosco era más que preocupante. Le apremiaba lograr la mayor estabilidad para su Congregación y sentía la angustia del tiempo. Y, sobre

todo, sus muchachos le hacían una falta inmensa: “Cerca o lejos, —les escribía— yo pienso siempre en vosotros (. . .) Siento, queridos míos, el peso de estar lejos de vosotros y el no veros ni oírlos me causa una pena que no podéis imaginar”.

Es algo paradójico. En realidad, su ausencia romana era parte de esa entrega total de la vida de Don Bosco por el bien de sus muchachos. Todo lo que Don Bosco había emprendido y que se fue cristalizando en su PROYECTO de consolidación de fuerzas e intereses de muchos al rededor de la santidad juvenil, era su respuesta al llamamiento de Dios para esa misión a la que Dios lo había ido convocando desde el sueño de los 9 años. La Señora del sueño le había dicho: “He aquí tu campo, he aquí en donde debes trabajar”. *Juanito Bosco fue comprendiendo que se trataba de estar en medio de los muchachos.* Y toda su vida, que se acercaba al final, lo había estado. En Roma estaba por ellos. Era una de las tantas ausencias-presencias que había tenido durante su existencia *caracterizada por un trabajo colosal al impulso del “da mihi animas”.*

Estos “viajes” de Don Bosco eran un rito en la vida del Oratorio: se los anunciaba a sus salesianos, a sus colaboradores y a sus muchachos y les pedía oraciones por su éxito. Había siempre una despedida filial, afectuosa, que establecía una comunión muy intensa y que rompía cualquier sentido de ausencia. Desde el Oratorio se apunta-

laban con oraciones especiales las fatigas y realizaciones de Don Bosco, quien escribía con frecuencia, desde sus metas y lugares intermedios, mensajes llenos de simpatía, con sus noticias y con todo su afecto y proyección de su presencia espiritual en medio de los suyos. Y recibía igualmente los saludos que sus muchachos le escribían con las más variadas expresiones de amor filial. Todo lo cual iba preparando el clima para el recibimiento triunfal al regreso de Don Bosco, verdadero momento de fiesta para el Oratorio que se volcaba a rodearlo, vivarlo y escuchar la narración que a todos interesaba y sus palabras de animación espiritual.

Y la estadía en Roma había sido particularmente afortunada. Hablamos del PROYECTO con que Don Bosco quería asegurar el porvenir de su obra, el bien de sus muchachos. El Santo Padre León XIII le manifestó a Don Bosco todo su afecto, el interés por su salud que veía tan disminuida y le dijo que la cuidara pues la Iglesia tenía necesidad de su vida. Le prometió concederle todo lo que Don Bosco le pidiera y le aclaró circunstancias y dificultades que, en tiempos inmediatamente anteriores, habían hecho sufrir mucho a Don Bosco: "El Papa, la Iglesia, el mundo entero piensan en Ud., en su Congregación y le admiran (. . .) No es Ud. sino Dios quien obra en su Congregación. Su admirable crecimiento, el bien que hace no tienen explicación suficiente en las causas humanas; es Dios

quien guía, sostiene, lleva a su Congregación. Dígalo, escríbalo, predíquelo. Este es el secreto que lo ha hecho vencer todo obstáculo y todo enemigo”.

En la entrevista con el Santo Padre hubo un momento muy intenso, cuando le dijo a Don Bosco: “Yo lo quiero, lo quiero, lo quiero. *Estoy por los Salesianos totalmente. Soy el primero entre los Cooperadores.* Quien sea su enemigo, es enemigo de Dios (. . .) Ni siquiera Ud. mismo conoce la extensión de su misión y el bien que ésta debe acarrear a toda la Iglesia”. Para Don Bosco era la Iglesia que hablaba. Había llamamiento y profecía de su parte. *El Papa se incorporaba a la Familia Salesiana.* Más y mejor no se podía consolidar la Institución Salesiana, como tanto había buscado Don Bosco, en las dimensiones jurídico-canónicas de la Iglesia. Era lo que Don Bosco había ido a implorarle al Santo Padre y *éste se lo había concedido todo.*

Don Bosco salió feliz de la audiencia. Tal vez había sido más de lo que esperaba. Se habían disipado tantos nubarrones. Se cumplía la promesa de muchos años atrás de que, *a su tiempo, lo comprendería todo.* Veía con claridad meridiana y experimentaba intensamente *la conducción de Dios y la intervención de María.* “Qué bueno es el Padre Santo —comentó—. Lo necesitaba yo muy de veras; ya no podía más”.

Culminaba un largo y doloroso camino, lleno de obstáculos y de contradicciones insospechadas. La fidelidad de Don Bosco también representaba una larga, larguísima ascensión con la que nuestro Padre llegaba a cimas de santidad muy altas, en las que se conjugaba cada vez más con la voluntad de Dios, se confundía con el querer divino. Se acercaba Don Bosco al final de su camino terrenal y de ello tenía plena conciencia. Se habían logrado "*las cosas difíciles*" que le fueron mandadas en el sueño de los 9 años. Realmente Don Bosco había respondido a su vocación. Dios siempre había estado de su parte, a su lado. Y también Don Bosco había estado del lado de Dios. Todo lo había organizado en la perspectiva de lo eterno y ahora, más que nunca, ésta era su actitud dominante, tanto en lo referente a sí mismo cuanto en lo referente a sus salesianos, a sus colaboradores, a sus muchachos. La actitud contemplativa de Don Bosco, cada día más clara, profunda y definitiva, se traducía en el afán de transmitir su experiencia espiritual a sus hijos y asegurar la calidad y permanencia de su espíritu, *traducido en la actitud de Sistema Preventivo*.

En este contexto, la pena experimentada por Don Bosco por estar lejos de sus muchachos, seguramente significaba algo más que una frase de mera simpatía y que la expresión del anhelo del reencuentro feliz, tanto más que el arribo de Don Bosco al Oratorio era inminente, cuestión de po-

cos días. Con todo, escribió esa frase tan vehementemente en una larga carta que envió con premura y que es una de las más importantes de su vida por su contenido y por formar parte de su testamento espiritual.

“¿DONDE ESTAN NUESTROS SALESIANOS?”

Todo tiene que ver con la preocupación y angustia de Don Bosco porque hay entre sus jóvenes *quienes no están en paz con Dios*. Pertenece a uno de *sus sueños*. Es una visión del Oratorio en sus primeros tiempos y en el ahora en que Don Bosco asegura las instituciones que concretan y encarnan su PROYECTO. Es el tiempo en que emerge en nuestro Padre “una acentuada emotividad que lo lleva con frecuencia a reunir recuerdos nostálgicos del pasado con vivaces adivinaciones del futuro”, como afirma el gran estudioso e intérprete de Don Bosco, el P. Pedro Braido. Se vuelve muy insistente en los grandes temas como *la salvación*, al tiempo que llama la atención y recalca sobre *el método, el estilo, el Sistema Preventivo*. Y resalta *las dimensiones del amor, la confianza, la familiaridad, la amistad*.

Es un sueño de la mayor importancia en la tradición salesiana. Constituye, en efecto, como el otro polo del sueño de los 9 años y forma con él *un continuo* de profecía y realización de la misma. Y, además, la narración del mismo que Don Bosco escribió para que se leyera *con carác-*

ter de urgencia en el Oratorio, es, con toda certeza, el documento pedagógico más importante sobre la experiencia educativa de nuestro Padre. Se conoce como la CARTA DEL 84, cuyo centenario celebró alborozada la Familia Salesiana.

Es la “CHARTA MAGNA DE LA ASISTENCIA SALESIANA” cuya síntesis se representa en un agudo contraste: “En los primitivos tiempos del Oratorio ¿Ud. no estaba *siempre en medio de los jóvenes, especialmente en tiempo de recreo?*” le dice a Don Bosco José Buzzetti quien es el personaje-guía de esta parte del sueño.

Y por otra parte él mismo plantea:

“¿Dónde están nuestros salesianos?” (. . .)
“Los superiores no eran ya el alma de los recreos”, concluye Don Bosco.

Como quien dice: mientras la fidelidad de Don Bosco llega a su plenitud, la de sus hijos se debilita y tiende a desaparecer *en algo tan trascendental y definitivo* que tiene como consecuencia y costo inconmensurable, *el deterioro de las relaciones entre los jóvenes y Dios.*

Nos queda clara la forma en que Don Bosco manifiesta la tristeza de no estar en medio de sus muchachos y la premura en mandarles la carta que anticipa su llegada. ESTAR CON SUS MUCHACHOS es más que una actitud en Don Bos-

co. es la razón de su vida. “Cerca o lejos, yo pienso siempre en vosotros. Uno solo es mi deseo, el que seáis felices en el tiempo y en la eternidad. Este pensamiento, este deseo me han impulsado a escribiros esta carta” dice al inicio de la misma. Son de las frases en que, a pesar de su sencillez de expresión, Don Bosco hace síntesis de sus grandes pensamientos sobre la educación de los jóvenes. Sobresale en ellas el ideal de la *santidad juvenil* en la admirable unidad de *educar evangelizando y de evangelizar educando*. . . ese “ser felices en el tiempo y en la eternidad”. Todo el tono de la carta manifiesta de mil maneras la paternidad santificadora de Don Bosco, la claridad de sus objetivos, su espíritu contemplativo, la motivación de su entrega incansable al trabajo, la dedicación de su vida . . . hasta el último instante. . . por sus queridos jóvenes. Esta actitud, que es la del Sistema Preventivo, en él se ha ido afinando, aquilatando, perfeccionando más y más y en la misma medida se ha ido creciendo su santidad como cumplimiento de la voluntad divina.

La disminución de sus fuerzas físicas no ha disminuido *la intensidad de su presencia* entre los muchachos: cuando no es la presencia física con que comparte la vida juvenil, entran sus plegarias, sus mensajes, el desbordamiento de su afecto y hasta esas *presencias misteriosas* de las que hay testimonios en las Memorias Biográficas, cuando Dios interviene, por medio de Don Bos-

co a quien ven llegar y actuar, sin que haya abandonado el lugar donde se encuentra, para alejar el mal y peligros morales que acechaban a los muchachos en lugares muy distantes del Oratorio. Se trata en Don Bosco de una forma de relación con sus muchachos, en la que, como interpreta autorizadamente el Cardenal Anastasio Ballestrero, “bajo las formas de la lealtad, de la sinceridad, surgía una atención singularísima que era producida, guiada y valorizada a propósito de la diferencia entre el bien y el mal. El muchacho *bueno* no representaba un adjetivo banal. La bondad estaba colmada de un contenido riquísimo y se la contraponía precisamente al mal, como pecado”.

En este sentido se puede hablar de una correlación entre *la lejanía* de Don Bosco del ámbito de sus muchachos y *una realidad de alejamiento* de un cierto número de éstos de la amistad con Dios. Por eso le causa tanta pena a Don Bosco no estar con ellos. Por lo tanto, *la lejanía* es algo más que una mera ausencia, momentánea o prolongada, que podría traducirse en una espera más o menos pasiva del retorno de alguien que debe volver.

Esto lo aclara plenamente el sueño a que nos estamos refiriendo. Don Bosco lo tuvo en dos etapas, en dos noches consecutivas. Su inicio se confunde con un momento, llamémoslo así, de recogimiento y de plegaria: “Comencé a re-

zar las oraciones que me enseñó mi buena madre y, en aquel momento, no sé bien si víctima del sueño o fuera de mí por alguna distracción, me pareció que se presentaban delante de mí dos antiguos alumnos del Oratorio”. La época en que se produce este sueño, ya al final de la vida de nuestro Padre, la trascendencia que Don Bosco le da, su afán de comunicárselo a sus hijos, nos dan la dimensión de la sobrenaturalidad con que la tradición salesiana distingue algunos de los sueños de nuestro Padre, atribuyéndoles un carácter de visión. Lo cierto es que Don Bosco empezó a orar y comenzó a soñar. . . de la contemplación del Invisible, acrecentada de manera incommensurable a lo largo de sus años de fidelidad y de docilidad a la conducción de Dios, pasaba a la contemplación de lo visible. O mejor, en la contemplación de Dios entraba la contemplación de lo humano, de lo visible, de lo secreto, del acontecer histórico. Este sueño tiene un sentido y contenido profundamente carismático.

Don Bosco tiene en él la visión contrapuesta “del antiguo Oratorio en tiempo de recreo, cuando entre jóvenes y superiores reinaba la mayor cordialidad y confianza” y del Oratorio de 1884, en el mismo patio, cuando grupos de jóvenes. . .

**“ . . . ERAN BASTANTES
Y ESTABAN SOLOS. . . ”**

Es el aspecto central sobre el que versa la mayor parte del sueño: los muchachos están solos

porque los salesianos no están con ellos. . . “*por amor a la propia comodidad, MENOSPRECIAN EL DEBER DE LA ASISTENCIA*”, como se comenta en el sueño con palabras concretas.

“Os he afirmado una y otra vez que sois el único y continuo pensamiento de mi mente” les manifiesta Don Bosco a esos mismos muchachos dejados solos por los salesianos. El contraste era enorme: “me fijé y vi que eran muy pocos los sacerdotes y clérigos que estaban mezclados entre los jóvenes y eran *muchos menos los que tomaban parte en sus juegos*” (. . .) La mayor parte de ellos paseaban, hablando entre sí, *sin preocuparse de lo que hacían los alumnos*; otros jugaban, pero *sin pensar para nada en los jóvenes*; otros vigilaban a la buena, pero *sin advertir las faltas que se cometían*; alguno que otro corregía a los infractores, *pero con amenazas y esto raramente*”. En síntesis, se había roto la relación de amistad, de empatía, de preocupación por parte de los salesianos. Ni imitaban a Don Bosco ni trataban a los jóvenes como él los trataba. “Los superiores eran considerados sólo como tales y no como padres, hermanos y amigos; por tanto, son más temidos que amados”.

Don Bosco no podía no mirar con tristeza y amargura cómo su herencia de caridad pastoral había entrado en la penumbra, cómo sus hijos la estaban perdiendo y así desaparecía la pedagogía de la caridad, con todas sus consecuencias.

Era como si a Don Bosco se le cayera todo un andamiaje que él había levantado para subir al Cielo. Fallaban los métodos, faltaba el espíritu, se iba acabando la *asistencia*. . . porque se había perdido de vista el objetivo final. Simplemente ya no se amaba como amaba Don Bosco. “Si existe el amor efectivo, —comentaba el personaje-guía del sueño— no se buscará otra cosa más que la gloria de Dios y el bien de las almas. Cuando languidece este amor, es que las cosas no marchan bien”.

UN VERDADERO DESASTRE

La visión era tan deprimente para Don Bosco, que él mismo aseveró: “Yo continué contemplando con verdadero disgusto el recreo”. Se sentía tremendamente afectado. Claro que experimentaba la sensación del fracaso: sus salesianos le fallaban: “Yo les hablo e insisto hasta cansarme, *pero muchos no están decididos a tomarse el trabajo de antaño*”.

Tanto había luchado por asegurar el futuro de su institución y había logrado una protección tan manifiesta para ella por parte del Papa León XIII, quien además le expresó la inmensa necesidad que tenía la Iglesia del trabajo educativo de Don Bosco y de sus hijos. Y ahora, ¿se resquebrajaba el espíritu? ¿Se perdía el dinamismo de la santidad juvenil? ¿Había dejado de reinar la gracia de Dios? Ciertamente no era el ambiente animado por el lema que a Don Bosco lo había

llevado a la entrega total de su vida por sus muchachos: “da mihi animas”. Era el lema que encerraba para Don Bosco, ante todo, la claridad meridiana de su opción: la participación intensa en el plan de salvación de Jesucristo. Caminó mucho entre oscuridades de todo tipo para buscar modos y medios a fin de lograr la realización de lo que Jesús y María le habían confiado en el sueño de los 9 años. En este sentido y en esta dirección había definido su PROYECTO.

Hubo quienes no resistieron el ritmo de su caminar o se desalentaron por las dificultades del camino y, luego de acompañarlo un tiempo, lo dejaron. Esto se lo había preanunciado *el sueño del emparrado de rosas*: muchos al verlo caminar sobre rosas se habían precipitado a seguirlo; pero las espinas punzantes que estaban ocultas alejaron a un buen grupo y Don Bosco se fue quedando con una compañía escasa. ¿No eran parte de esta compañía los salesianos del Oratorio de 1884? Ciertamente sí. Estaban con él. Pero, ¿por qué no obraban como él? “¿Por qué sus salesianos no se convierten en sus imitadores? —preguntó el guía de este sueño-pesadilla de Don Bosco— ¿Por qué no insiste, no les exige que traten a los jóvenes como Ud. los trataba?” Y quien así preguntaba sí que había experimentado *el trato* de Don Bosco.

Estar con Don Bosco sin estar con él

En el citado sueño del emparrado de rosas, la Virgen le había dicho a Don Bosco: “Has de sa-

ber que el camino que tú has recorrido entre las rosas y las espinas significa *el trabajo que has de realizar en medio de los jóvenes*". Y le explicó que las rosas significaban la caridad ardiente, mientras las espinas, además de los obstáculos que habría que vencer y los padecimientos que habría que superar, eran también insidias maléficas y debilidades humanas "que *distraen la atención del educador del verdadero objetivo (. . .) y lo detienen en su misión*".

Estas explicaciones que pertenecen a "la intervención materna de María" en el hecho salesiano, nos ayudan a entender y compartir la angustia y amargura de Don Bosco ante la visión del patio de su Oratorio. Nos interesa de veras participar de esta *dolorosa comprensión* que a Don Bosco se le presenta al final de su vida. Tenemos el texto que él nos escribió para que pudiéramos comprender, con el mayor deseo de dejarnos "encaminados por la senda del Señor, que El mismo desea para vosotros".

En la carta de 1884 Don Bosco reconoce a sus compañeros de camino como "*quienes hacen mis veces*" y los llama "mártires del estudio y del trabajo y que consumen los años de su juventud en favor de quienes les ha encomendado la Divina Providencia". De modo que actúan en nombre de Don Bosco y viven la tradición del trabajo incansable y hasta agotador para educar a los muchachos. *Pero no actúan como Don Bos-*

co. Han perdido la sintonía con él. Y esto en materia grave.

La gran claudicación

No era un asunto de método. Tampoco falta de fe o de intención sobrenatural. El contraste profundo lo establece Don Bosco cuando le responde con vehemencia a José Buzzetti, en el diálogo entablado en el sueño, con el testimonio del amor que siempre ha tenido y manifestado a sus muchachos. Era el amor sin medida del que había sido testigo y objeto privilegiado José Buzzetti y ahora reclamaba. Dice Don Bosco: "Tú sabes cómo los amo. Tú sabes cuánto he sufrido por ellos y cuánto he tolerado en el transcurso de cuarenta años y cuánto tolero y sufro en la actualidad. Cuántos trabajos, cuántas humillaciones, cuántos obstáculos, cuántas persecuciones para proporcionarles pan, albergue, maestros y *especialmente para buscar la salvación de sus almas*. He hecho cuanto he podido y sabido por ellos, que son el afecto de mi vida". El amor de Don Bosco siempre se conjuga en términos de salvación. Educar como él es ser como él "*signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes*". Y esto es lo que han dejado de ser los salesianos del sueño.

En palabras del sueño, habían dejado de cumplir las reglas que Don Bosco les había dictado. Lo que significa, como afirma explícitamente el

personaje-guía, *el abandono de la actitud de Sistema Preventivo*: se deja de demostrar el amor porque se ha dejado de amar como Don Bosco amó a sus muchachos y les demostró su amor. Por este abandono, la actitud educadora queda reducida al mero ejercicio de la autoridad y de su capacidad coactiva. Se cortan con el joven los vínculos del trinomio célebre: razón, religión y “amorevolezza”. Se pierde así el verdadero objetivo que en Don Bosco es clara y absolutamente santificador y salvífico, con metas muy nítidas de santidad juvenil que Don Bosco evoca en forma muy explícita en su narración del sueño.

Este haber perdido la actitud de fondo y con ella la simpatía y voluntad de estar siempre con los jóvenes, que es lo que llamamos ASISTENCIA SALESIANA, compromete del todo la misión, *que no es otra cosa sino la participación en la misión de la Iglesia*, como hemos reflexionado ya amplia y profundamente. *Y esto es perder la razón de ser salesiana* que Don Bosco expresa en la muy conocida frase dirigida a sus muchachos: “*Aquí con vosotros me encuentro bien; mi vida es precisamente estar con vosotros*”. Este es DON BOSCO SANTO.

Comenta al respecto el Cardenal Anastasio Ballestrero: “El proyecto de Dios sobre él como apóstol de la juventud se convertía en la sustancia de su santidad. Para hacerse santo debía ser fiel a este proyecto. Santificarse iba al compás

del gastarse en la entrega apostólica a los jóvenes. Por lo que Don Bosco nunca tuvo miedo de que entregarse demasiado a los jóvenes pudiera impedir su santificación. Siempre entendió que era al revés: mientras más se daba, más se santificaba”.

La actitud contraria, la falta de *asistencia* como presencia amorosa y santificadora en medio de los jóvenes, *es la negación de la santidad salesiana*. Y nadie santifica si no es santo.

Escombros y ruinas

Si, como dice el adagio, “amor con amor se paga”, ¿qué habrá que esperar de la falta de amor? Y aquí tenemos que darle todo el enorme contenido sobrenatural-humano que le dio Don Bosco a su vida como una actitud de amor-entrega a los jóvenes, “hasta el último instante de su vida”.

Don Bosco tiene la visión de ademanes y rostros de algunos de sus jóvenes en que se “notaba aburrimiento, desgana, disgusto y desconfianza que causaron pena a mi corazón”. Percibe en ellos soledad, desaliento, aislamiento, desgano, actitudes maliciosas, alejamiento de los superiores y de los demás compañeros. Es evidente que no están a sus anchas, que se sienten como oprimidos y carecen de la alegría y espontaneidad que son propias de la edad juvenil. Están como

fuera de lugar, no se sienten en su casa, parecen abandonados a su propia suerte, se muestran infinitamente recelosos, encerrados en sí mismos, presa de la amargura. Conformaban un patio sin alma. . . muy distinto al de “la antigua vivacidad, alegría y expansión”, en los primeros tiempos del Oratorio. “¡Qué desgana en este recreo!”.

Y, lo peor de todo, se ha creado una “barrera total de desconfianza”. Cualquier obra educativa queda así seriamente comprometida. Mucho más si se trata del Sistema Preventivo, fundamentado en su esencia en la familiaridad, la cordialidad, el amor y la amistad que se dan y se reciben, la valoración incalculable de la persona del joven, la confianza en sus posibilidades extraordinarias, la concepción sagrada de su personalidad, de su misión en el mundo, la convicción inquebrantable de su dignidad que proviene del amor que Dios le tiene y del que tenemos que ser *revelación y entrega*.

La actitud desviada y altamente equivocada del educador *también educa pero al revés*. Las consecuencias de la actitud negativa de los salesianos del Oratorio en aquel momento y del ambiente que se ha generado, repercuten directamente en lo que es más caro para Don Bosco, la vida espiritual de sus jóvenes. “De aquí proviene —le dice José Buzzetti— la frialdad de muchos para acercarse a los santos sacramentos, el descuido de las prácticas de piedad en la Iglesia

y en otros lugares; el estar de mala gana en un lugar donde la Divina Providencia los colma de todo bien corporal, espiritual e intelectual. De aquí la no correspondencia de muchos a su vocación; de aquí la ingratitud para con los superiores; de aquí los secretitos y murmuraciones, con todas las demás consecuencias deplorables”. ¿Qué porvenir espera a los muchachos en estas circunstancias?

La falta de la relación amigable con los muchachos de parte del educador lleva inevitablemente a la imposición de castigos, con todas las consecuencias de hostilidad puesto que “producen desprecio para los superiores y son causa de desórdenes gravísimos”, *el más desastroso de los cuales tiene que ver con el empobrecimiento y hasta con la ruptura de las relaciones con Dios*”. “Miré y vi uno por uno a aquellos jóvenes. Pero, en estos pocos, vi cosas que amargaron grandemente mi corazón”, escribió Don Bosco (. . .) “Y ante el espectáculo de los que veía encaminarse a su perdición eterna, sentí tal angustia en el corazón, que me desperté”.

El Oratorio se estremeció con la carta de Don Bosco. Los corazones se llenaron de dolor porque amaban a Don Bosco y comprendían la magnitud de su sufrimiento. Pero porque Don Bosco los amaba mucho más, sus palabras los llenaron de esperanza: “¿Sabéis qué es lo que desea de vosotros este pobre anciano que ha consumido

toda su vida por sus queridos jóvenes? Pues solamente que, guardadas las debidas proporciones, *vuelvan a florecer los días felices del antiguo Oratorio*. Los días del amor y la confianza entre jóvenes y superiores; los días del espíritu de condescendencia y de mutua tolerancia por amor a Jesucristo; los días de los corazones abiertos con toda sencillez y candor; los días de la caridad y de la verdadera alegría para todos. Necesito que me consoléis dándome la esperanza y la palabra de que vais a hacer todo lo que deseo *para el bien de vuestras almas*".

Y, a los pocos días, estaba en casa, celebrando con sus hijos la fiesta de María Auxiliadora. . . "preludio de la fiesta eterna que hemos de celebrar todos juntos un día en el paraíso".

SI DON BOSCO SOÑARA HOY CON NOSOTROS Y LAS OBRAS SALESIANAS. . .

Vería muchos sueños cumplidos y muchos por cumplir. ¿Y también muchos sin cumplir?

Don Bosco era un gran visionario. Está, desde luego, la profunda capacidad humana, enriquecida por la experiencia, de alguien como él que se forjó *como una persona excepcional*: fue un hombre que hizo historia porque luchó, investigó, buscó caminos, abrió brecha, supo leer y comprender su ambiente cultural, el momento

que le correspondía vivir con todos sus acontecimientos y con las repercusiones de éstos; se enriqueció con el aporte de tantos y estuvo siempre abierto al progreso humano, contribuyó al mismo con su propia creatividad; asumió opciones decididas y valientes, sopesándolo todo, midiendo las consecuencias, intuyendo la perspectiva del futuro. También en estas dimensiones el sistema de Don Bosco fue sabiamente *preventivo*.

Y está, principalmente y sobre todo, la intervención de Dios por el don de su Espíritu y, como escribe el profeta Joel (III, 2): “Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones”: es todo el sentido de la profecía como testimonio de la verdad, de la revelación de la salvación por parte de Dios en su eterno presente pero encarnado en nuestra temporalidad y en nuestra inquietud con respecto a nuestro futuro. Y, en este sentido y en esta dimensión, *Don Bosco sí que es un gran visionario de lo que Dios quiere realizar por nuestro intermedio y de cómo nos confía la realización de sus promesas*. Especialmente en esta perspectiva tienen sentido para nosotros algunos de sus sueños, desde los primeros tiempos, de modo que son como el alma de nuestra tradición carismática. Por lo mismo son medulares en el examen de conciencia de la Congregación y de la Familia Salesiana. Todo gira al rededor de nuestra fidelidad. Pero, también creemos que aún “si somos infieles, El

permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo" (II Tim. II, 13).

Don Bosco hoy soñaría con un ejército de Salesianos y Salesianas, fuerza formidable al servicio de la Iglesia. Un día fuimos un verdadero milagro de expansión y crecimiento numérico. Hoy, luego de un crítico y doloroso descenso en nuestras filas, parece que ya vivimos un repunte vocacional. Con todo, lo importante es que *somos los que hemos seguido caminando con Don Bosco como en el sueño del emparrado de rosas.*

Nuestros documentos capitulares y nuestras Constituciones renovadas son el desarrollo y perfeccionamiento del *borrador* que escribió Don Bosco y que nos confió para que lo perfeccionáramos hasta llegar al texto definitivo.

Tenemos presencias audaces de frontera como el Proyecto Africa y otras formas de respuesta a los desafíos y retos que le plantean al carisma salesiano las perspectivas y las crisis de la juventud reconocida hoy *como mundo y cultura juvenil*. Y estamos especialmente inmersos en la realidad del llamado TERCER MUNDO con su realidad trágica de subdesarrollo que constituye quizás el desafío más profundo a nuestro carisma y a nuestra fidelidad y conmueve la esencia misma del ser salesiano.

Vivimos la hora de la Familia Salesiana, que representa una expansión incomparable de la experiencia espiritual salesiana, difusión del espíritu salesiano y consolidación de la santidad salesiana con su responsabilidad de mantener en la Iglesia la escuela de santidad juvenil iniciada por Don Bosco: un gran número de familias religiosas y movimientos laicales se sienten corresponsables de esta misión común, unidos por la vivencia de un espíritu. Por el lado laical la Familia Salesiana constituye una contribución providencial a la Iglesia en la hora de "Christi fideles laici" con todas sus perspectivas y en sus inmensas dimensiones".

La coyuntura histórica actual nos llama a prepararnos para asumir la responsabilidad que Don Bosco soñó de iluminación y compromiso que se encaminan desde Valparaíso hasta Pekín: ¿la hora misionera de América Latina? ¿El esfuerzo de amor y testimonio desde la pobreza para la creación de nuevas culturas enriquecidas en humanidad?

En síntesis, Don Bosco en su sueño ahora sí podría palpar la "expansión de su misión y el bien que ésta debe acarrear a la Iglesia" como le dijo León XIII en la entrevista que hemos comentado. Y escuchar, ver y sentir la ESPERANZA que la Iglesia pone en todos los hijos de Don Bosco, al convocarnos el Santo Padre Juan Pablo II a vivir y profundizar nuestra fidelidad a quien

proclama Padre y Maestro de la juventud, a conservar y hacer perenne su espíritu, a ponernos en actitud de Sistema Preventivo, para responder a las urgentes y difíciles necesidades del momento en cuanto a la educación de los jóvenes se refiere, a ser protagonistas de un testimonio audaz de amor a la Iglesia en la estela de nuestro Padre, a contribuir a la iluminación con el Evangelio de todos los esfuerzos que se hacen, desde muchos y diferentes ángulos, para el crecimiento del hombre en humanidad y dignidad. (Cf. *Iuvenum Patris*).

Y también vería Don Bosco

LO QUE LA CONGREGACION ACTUAL VE Y SIENTE

envuelta y sacudida como está *por muy grandes crisis y dificultades*. Es que los tiempos han cambiado mucho, con ritmos tales, especialmente desde mediados del presente siglo, que podemos hablar de cambio uniformemente acelerado. Es la pluralidad y novedad de culturas de los tiempos nuevos, la aparición de valores antes no imaginados, de estructuras nuevas, de formas muy diferentes de organización social, etc. Ante estos inmensos y hasta desproporcionados saltos cuantitativos y cualitativos el Papa Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II que, a su vez, convocó la Iglesia universal para su crecimiento y transformación con su inserción cada día más

profunda en este mundo cambiante y cada día más necesitado de luz y de autenticidad: se trató, desde el primer momento conciliar, de una inserción decididamente antropocéntrica desde una perspectiva absolutamente cristocéntrica. Y en esta línea eclesial nuestros capítulos generales han emprendido la gran tarea de la actualización de la vida y acción salesianas, partiendo de muy concienzudas reflexiones sobre nuestra fidelidad y sobre las nuevas exigencias de servicio eclesial. Procuramos acercarnos a la visión de Don Bosco, identificarnos con ella.

Como el trabajo salesiano está grandemente escolarizado, sobrellevamos el peso de estructuras educativas que la sociedad moderna ha moldeado con características de corte empresarial y burocrático, y en las que el estado interviene directamente, en especial en América Latina; por otra parte, nuestros colegios se han agigantado por las exigencias de la educación de masas. Estas formas nuevas han derivado en multitud de exigencias administrativas que absorben a veces totalmente el tiempo de los salesianos que, además, hemos visto disminuirse el número de nuestros efectivos por crisis suficientemente conocidas de la vida religiosa. Las estructuras y nuevas formas y organización de la escolaridad han disminuido notablemente el que podríamos llamar *espacio salesiano propiamente dicho, el de la acción pastoral*, convirtiéndonos fácilmente en meros administradores o meros profesores.

Dentro del dinamismo escolar se han cercenado las posibilidades del encuentro personal salesiano-joven, el espíritu de familia queda seriamente amenazado y las posibilidades de dirección espiritual y de vida de piedad organizadas como que no caben dentro de los engranajes con que se expande la actividad educativa. Los criterios que se imponen son los de la selección académica y social, del arribismo y de la competencia, tanto en los estudios, como en los deportes y muchas otras actividades juveniles. Dejando de lado muchos otros aspectos que sería largo enumerar y analizar, podemos sintetizar los grandes problemas que nos asedian en un gran interrogante que de todas maneras tenemos que resolver: *¿en qué sentido y en qué grado las estructuras escolares nos permiten ser salesianos y actuar como salesianos?*

La repercusión ha sido enorme sobre algo tan esencial en nuestra vida y en nuestra fidelidad y, por consiguiente, en nuestra acción salesiana y en su eficacia, como es la *actitud de Sistema Preventivo y su experiencia típica, la ASISTENCIA.*

Es una de las constataciones del Capítulo General XXI, que fue el primer examen de conciencia profundo de la Congregación sobre los primeros años de la renovación postconciliar salesiana. Habla textualmente de “ensombrecimiento *cuando no la pérdida* (al menos en ciertas zonas) *de experiencias típicas del Sistema Preven-*

tivo: la animadora presencia-asistencia, la convivencia con los jóvenes, el clima y el estilo de familia”. La triple distinción, en realidad, significa: por una parte, que no existe ni puede existir actitud de Sistema Preventivo sin *asistencia*; por otra parte, que ésta implica vivir con los jóvenes y crear el espíritu de familia con los claros contenidos que le dio Don Bosco, como expresión de amor de predilección por los jóvenes. Los conceptos de *ensombrecimiento y pérdida* tienen, pues, un significado extremadamente negativo como que tocan la esencia de nuestro ser salesiano y condicionan definitivamente la eficacia de nuestra acción apostólica. En otras palabras, se trata de ensombrecimiento y pérdida de nuestra santidad apostólica (fidelidad) y de la santidad de nuestros muchachos (eficacia).

Vivimos menos para los jóvenes, ha tenido que constatar la Congregación. Y esto porque la actitud de Sistema Preventivo la confundimos con algo negativo y protector y la *asistencia* se nos convierte en mera vigilancia-control y el paternalismo y permisividad de nuestra parte reemplazan la corresponsabilidad educador-joven base del espíritu de familia a lo Don Bosco. Y hasta ponemos en duda la validez actual del Sistema Preventivo para dejarnos invadir acríticamente por pedagogías *de moda* que en nombre de la autonomía, la libertad y otros valores indefinidos y realmente sin contenidos profundos, re-

claman para sí el monopolio de la autenticidad y eficacia educativas.

En realidad, afirma la reflexión capitular, hay que admitir que en la Congregación existe: “*una amplia ignorancia del significado histórico y científico del Sistema; falta de adaptación a la variedad de situaciones; falta de renovación y contacto con las aportaciones más aceptadas de las modernas ciencias del hombre. . .*”

Y concluye: “Y yendo más a la raíz, talvez hallemos *la mengua de la identidad y vitalidad religiosa salesiana*, que no podía sino arrastrar también al Sistema Preventivo, si es verdad que en él Don Bosco ha condensado para sus hijos toda la espiritualidad de la acción apostólica”.

AMARGA BRECHA GENERACIONAL

La hemos experimentado en una dimensión que talvez podamos afirmar ha tenido un cierto carácter mundial. Fue la pérdida de una de las figuras más características de la vida salesiana: EL ASISTENTE SALESIANO. La encarnaba *el salesiano joven*: el que, en los tiempos de Don Bosco, en edad que podríamos llamar “tierna”, se quedaba con Don Bosco, vestía la sotana y hacía votos para estar siempre con los muchachos en el patio, en el salón de clase, en el taller, en la capilla, en el dormitorio. . . en todas partes. Don Bosco los ponía *a la cabeza* de sus compañeros

de adolescencia. . . como “el venerando hombre en edad viril lo llamó y le ordenó ponerse a la cabeza de los muchachos” en el sueño de los 9 años. Y, desde entonces, *los asistentes* acompañaban siempre a los jóvenes para que vivieran y crecieran en la amistad con Dios, la vida de gracia, y para que no fueran insidiados por el mal. Fueron muchos en tiempos de Don Bosco y después de él. Una verdadera *explosión demográfica salesiana*, expresión del dinamismo y expansión de una Congregación juvenil. En la tradición salesiana formaban un grupo social muy identificable, eran parte entrañable de la misma y sencillamente se les llamaba LOS ASISTENTES.

No había casa salesiana sin ellos. Estaban en todas partes, eran el alma de todas las actividades. Su apelativo decía mucho. En realidad, estos salesianos jóvenes recibían su primera obediencia religiosa para dedicarse con prioridad absoluta y de tiempo completo a la ocupación salesiana más importante *por esencia y por excelencia: asistir a los jóvenes en todos los lugares y en todos los ambientes*. Como quien dice: *ser profesionales de la salesianidad*. En este sentido, podemos afirmar del *asistente salesiano* lo que el Santo Padre Juan Pablo II afirmó de Don Bosco: “Su juventud era la anticipación de una extraordinaria misión educativa”.

Esta experiencia la vivimos los salesianos de generaciones anteriores: al llegar a la casa salesia-

na, nos encontramos con esas figuras juveniles, llenas de entusiasmo, que nos acompañaban a sol y sombra, tan compañeros especialmente en los patios de recreo, en los paseos, en tantas otras dimensiones de nuestra muchachada. Se arrodillaban con nosotros en los mismos bancos de la capilla, rezaban las mismas oraciones, NOS QUERIAN MUCHO. Nos acompañaron, nos condujeron, nos enseñaron, ocuparon un puesto tan especial en nuestro camino: DON BOSCO CON NOSOTROS. Y qué peso el que llevaban sobre sus hombros en cuanto a la marcha de la casa.

Mucho tuvieron que ver con la clarificación de nuestra vocación salesiana y con nuestra opción por Don Bosco. Cuando recibimos nuestra obediencia de asistentes salesianos, la primera de nuestra vida religiosa, intentamos revivir la experiencia que habíamos tenido con ellos; seguir su ejemplo, ser para los jóvenes que se nos confiaban lo que nuestros asistentes habían sido para nosotros. Salimos a nuestro tirocinio con la consigna y el entusiasmo de ser Don Bosco entre los muchachos: animar su alegría, ganarnos su amistad, compartir y crear el patio con ellos. Y, principalmente, *vivíamos la convicción de que teníamos que poner a los muchachos en la imposibilidad moral de ofender a Dios*. Tal como suena. Esta es una expresión de Don Bosco, de la tradición salesiana. Sabíamos que puede haber muchachos peligrosos que pueden hacer mucho mal moral a los demás. Nos importaba que no suce-

diera. Por esta convicción *la asistencia era materia de nuestros exámenes de conciencia y de nuestras confesiones*. Primaba el entusiasmo apostólico que no medía ni tiempos ni fatigas. Y los muchachos así lo percibían. Naturalmente todo era dirigido hacia la pastoral sacramental: aconsejábamos, motivábamos. Cuántas cosas estaban en las manos de los asistentes. Y varias veces nos sucedió que muchachos que pensaban en su futuro vocacional se nos acercaran y nos dijeran: “Yo quisiera ser como Ud.” En realidad, a los muchachos los marcaba mucho la figura del asistente. Era obvio que la del sacerdote los pudiera entusiasmar y enriquecer en alto grado. Pero la figura del asistente, que tenían a la mano, más cercana, la que entablaba directa y continuamente con ellos una dinámica de amistad, esa les impresionaba más profundamente.

Estas imágenes y experiencias las hemos podido recoger de manera muy particular cuando, pasado el tiempo, nos hemos encontrado con aquellos que fueron nuestros alumnos y hoy son profesionales, padres de familia: es el mirar al pasado, como en el sueño de Don Bosco: “Ustedes nos exigían, estaban pendientes de nosotros, nos ayudaban, nos obligaban, compartían nuestra euforia, eran como compañeros, nos acompañaban en todas partes. . . cansados, como fuera, estaban siempre con nosotros, nos querían”. Y no ha faltado la ocasión en que, volviendo al colegio salesiano y especialmente en relación con

sus hijos que han matriculado en nuestros establecimientos, pregunten: ¿“Y por qué ya no es así?”

Los asistentes no sólo dejaron de ser mayoría en nuestras obras y presencias. Hemos tenido que seguir adelante y arreglarnos sin ellos durante años largos y dolorosos. En no pocas inspecciones. . . prácticamente se extinguió la generación salesiana joven. Resultado ciertamente de la crisis por la que hemos venido pasando. . . en *calidad y cantidad*. Qué vacío generacional tan sensible, generador, a su vez, de nuevas crisis. Parece que lo estemos superando poco a poco con fuerzas jóvenes entusiastas de Don Bosco. Pero con la limitación de que no tuvieron la experiencia de los asistentes que los iniciaran en la vida salesiana, que entregaran con apasionamiento sus capacidades juveniles a estar incansablemente con ellos como Don Bosco lo hubiera hecho. No tuvieron ese modelo juvenil salesiano que les hizo tanta falta. Y así, *la asistencia salesiana* parece seguir *muy ensombrecida y perdida* entre generaciones que quizás “no se sienten con fuerzas para arrostrar las fatigas de antaño” y contingentes nuevos que trabajan con generosidad pero no se sienten vibrar con ese acontecimiento tan específico y supersalesiano como es el de entrar a ejercitarse “en la práctica del Sistema Preventivo y, sobre todo, *en la asistencia salesiana*”, como expresa el artículo 115 de nuestras Constituciones. No han tenido en dónde ni cómo vi-

vir esta experiencia tan típica e indispensablemente salesiana. Les hizo falta aquel que debía ser por antonomasia, como decía Don Bosco: “maestro en el aula y hermano en el patio”.

SOÑANDO HOY CON NUESTROS PATIOS

¿Habrán vuelto a “florecer los días felices del antiguo Oratorio”? Todo depende de cómo nos vea Don Bosco:

— ¿Cómo verá Don Bosco nuestras casas y su ambiente de familia?

— ¿A los salesianos nos encontrará en el patio como animadores de la alegría, compañeros de juego de nuestros muchachos, interlocutores simpáticos y válidos de sus inquietudes, que los llamamos por su propio nombre, que nos hacemos sentir como amigos?

— ¿En qué grados podrá leer el termómetro de la familiaridad, de la confianza mutua entre salesianos y jóvenes?

— ¿Verá que los muchachos cuentan con nosotros, que nos abren el corazón, que estamos incondicionalmente para ellos, que están seguros de que la amistad que se ha iniciado será estable y creciente?

— ¿Nos verá amorosamente vigilantes para im-

pedir el mal, para promover el bien, para animar, corregir, prevenir, sostener, acompañar?

— ¿Podrá constatar que con los muchachos nos encontramos bien y que nuestra vida es realmente estar con ellos, como afirmaba Don Bosco de sí mismo?

— ¿Contemplará a los jóvenes alegres en nuestra casa? ¿Percibirá que se sienten realmente en *su casa* precisamente porque es la casa de Don Bosco?

— ¿Constatará que comprenden lo mucho que valen por lo mucho que los queremos?

Y, de modo muy especial y definitivo, dependerá de cómo podamos responder a la inquietud y pregunta fundamental que Don Bosco nos plantea:

¿ESTAN MIS JOVENES EN PAZ CON DIOS?

II. UNA EXPERIENCIA LLAMADA “ORATORIO”

Porque nos damos cuenta de que vivimos tiempos de carencia y necesidad, *son tiempos de esperanza*. La misma tónica de Don Bosco cuando, como respuesta a la profunda crisis que ha constatado, nos pide a sus hijos realizar su deseo de que “vuelvan a florecer los días felices del antiguo Oratorio”. Es la responsabilidad de la herencia: un “modo de vivir y trabajar, para comunicar el Evangelio y salvar a los jóvenes con ellos y por medio de ellos” (Const. 20).

Volver al Oratorio no es la nostalgia ni el recuerdo. *Es marcha hacia el futuro*. Porque la profecía expresa el dinamismo de la tradición *no como reflejo del pasado sino como encaminamiento al porvenir*. Don Bosco lo plantea como reflorecimiento de primavera. Según el Evangelio, la participación en la resurrección pasa por el “volver a nacer” (Cf. Juan III, 1 ss.).

Por otra parte, el PROYECTO de Don Bosco, *conducido por Dios y llevado adelante con la intervención maternal de la Virgen María*, no es susceptible, como tal, de estancamiento. *Somos nosotros los que podemos estancarnos con respecto a él.* En Don Bosco no hubo estancamiento. Lo proclamó la Iglesia con la canonización. Y lo ha vuelto a proclamar solemnemente el Papa Juan Pablo II al convocar a la Iglesia universal a honrar a Don Bosco con el título de *Padre y Maestro de la juventud*. Es la glorificación de Don Bosco como don a la Iglesia y el Magnificat con que ésta da gracias a Dios por el don que recibe en la persona de Don Bosco y en su carisma para la construcción del Cuerpo Místico de Cristo.

En la celebración del centenario de la pascua de Don Bosco, la Iglesia se ha encontrado con nuestro Padre, como lo expresa la *Iuvenum Patris*. Es el encuentro con el santo, con Don Bosco perenne, el redescubrimiento y proclamación de su santidad como indispensable para la Iglesia. Nosotros sus hijos, al celebrar el centenario de la pascua de Don Bosco y en el espíritu de la renovación postconciliar que anima a la Iglesia, para concretar nuestra fidelidad, volvemos a las fuentes, a “los días felices del antiguo Oratorio”.

ORTOPRAXIS EN VALDOCCO

El Oratorio fue meta de llegada y punto de

partida. Al llegar a Valdocco y sentar allí sus reales, terminaba la etapa nómada del Oratorio y se iniciaba su expansión. Lo expresa tan bella e incisivamente la basílica de María Auxiliadora que Ella misma ordenó a Don Bosco construirle, señalándole el sitio preciso en el corazón de su obra. Esta basílica estaba coronada con un anuncio profético: “De aquí saldrá mi gloria. . .” eco del Magnificat. *Por eso, para partir. . . tenemos que volver al Oratorio.*

Es una peregrinación sin punto de llegada, porque el Oratorio no es propiamente un sitio; ni es volver atrás, porque no es una época; ni es mirar lo que fue como si ya no tuviera que ser, porque no es una mera y simple evocación; como tampoco es examinar una praxis de ayer a la luz de los descubrimientos científicos de hoy, porque no es ni una revaluación ni una crítica.

El oratorio es *una experiencia de santidad* en la que nos queremos sumergir, como cristalización que es de una fidelidad, la de Don Bosco, al llamamiento de Dios. Podemos hablar de *ortopraxis*, porque todo comienza por la libre iniciativa de Dios, iniciativa que es toda verdad y bondad en relación con sus creaturas: lo es para Don Bosco y, por su intermedio, lo es también para los jóvenes. En el plan de salvación es el bien de sus hijos el que Dios quiere y, además, están los medios y modos para lograr dicho bien. Es lo que, en lenguaje de todos conocido, signi-

ficamos al hablar de *la economía de la gracia*, con todo su contenido y con su gratuidad. Lo expresa San Pablo cuando, al tratar del trabajo en la obra de la salvación, con el acento puesto en la acción de Dios, escribe a los Filipenses: “. . . Dios es quien obra en vosotros a la vez el querer y el obrar, como bien le parece” (II, 13).

El “querer y el obrar” nos remiten a la respuesta humana, al concurso que ésta presta a la libre iniciativa de Dios. San Pablo, quien al inicio de varias de sus cartas presenta sus credenciales al definirse como *apóstol por voluntad de Dios*, dice con inigualable claridad en su primera epístola a los Corintios: “Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!” (IX, 16). Para continuar luego con la descripción de su modo de evangelizar, es decir, de todo lo que hace para transmitir el mensaje de salvación, “para ser partícipe del mismo”, para “ganar a los que más pueda”.

Descubrir la propia misión es la gran tarea de todo ser humano: tiene que descifrar el porqué y el sentido de su vida en relación con Dios y en relación con los demás. Lo que significa buscar, conocer y aceptar lo que Dios quiere de cada uno de nosotros. Presupone una actitud continua de confrontación con Dios, quien nos expresa por el profeta Isaías: “Así dice Yahveh, tu redentor, el Santo de Israel: Yo, Yahveh, tu Dios, te

instruyo en lo que es provechoso y te marco por el camino por donde debes ir” (XLVIII, 17).

Es un camino lleno de dificultades el que hay que recorrer. El proceso de aprendizaje es largo. El problema subyace en las limitaciones humanas, en las equivocaciones, en las infidelidades. Se necesita una confrontación humilde y sincera con Dios, una purificación continua del corazón, rectificación de las intenciones, disponibilidad a las urgencias del llamamiento y la actitud de vigilancia de que tanto nos habla el Señor en el Evangelio. Pero el camino que se nos marca, una vez descubierto, sabemos que implica la abnegación personal y la asunción cotidiana de la cruz. No podemos transitar por senderos distintos de los de la redención. Además, todas las vías que conducen a la Pascua pasan por el Calvario. Y la Pascua nos trasciende de tal manera que ningún esfuerzo humano la puede alcanzar: es don de Dios, don gratuito de Dios.

Por eso hablamos de la experiencia de santidad. Dios no nos instruye mostrándonos lo que no tenemos para que lo conozcamos, *sino que nos da lo que no tenemos para que amándolo lo conozcamos*. Y es el mismo Jesús quien nos dice: “Yo soy el camino y la verdad y la vida” (Juan XIV, 6). Entrega que penetra en nuestra historia, se hace vida nuestra para que nosotros realicemos lo que dice la Escritura: “Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, pues irás

delante del Señor para preparar sus caminos y dar a su pueblo conocimiento de salvación por el perdón de los pecados, por las entrañas de misericordia de nuestro Dios. . .” (Luc. I, 76).

El acento no puede colocarse únicamente sobre la libre iniciativa de Dios. Tampoco sobre la mera actitud humana. Hablamos de santidad como un abrirse al amor de Dios, dejarse invadir por él, experimentar la misericordia divina, dejarse transformar por ella, convertirse en instrumento consciente de Dios para que otros tengan la misma experiencia, buscar cómo hacérsela vivir, cómo encarnar a Cristo en la propia vida para que otros lo conozcan, lo vean, lo tengan, lo amen como camino, verdad y vida. Todos son contenidos divino-humanos y hasta el pecado entra como experiencia de limitación pero esencialmente como experiencia del amor de Dios que nos perdona: así lo testimonia San Pablo en su primera carta a Timoteo, al confiarle la experiencia de su vocación (I, 12 ss.).

Cuando Don Bosco llegó al cobertizo Pinardi

ya había hecho un largo camino y un también largo y difícil aprendizaje. En el sueño de los 9 años se le había prometido una Maestra. Pero nada había sido fácil en la búsqueda del sentido de su vida y de cómo realizarlo en el sacerdocio. Muchas cosas dolorosas lo marcaron: la experiencia de la persecución, del desalajo, de la in-

comprensión, de la fatiga y de la dura ley del trabajo sobre los hombros de un niño. Anticipaba así en carne propia las condiciones en que iba a encontrar envueltos a sus muchachos, las necesidades brutales de sus vidas. Pero también lo marcó indeleble y profundamente la ternura de Mamá Margarita, la experiencia de Dios que ella transmitía, su realidad de intermediación de la Providencia de Dios para su Juan. Ningún camino torcido le quitó su meta sacerdotal ni la voluntad de llegar a ella para trabajar con los jóvenes; pasó por todas las dificultades sin que importaran las puertas que se cerraban. . . porque Dios le iba haciendo encontrar otras.

Su arribo al sacerdocio intensificó su confrontación con Dios: su opción por los jóvenes pobres y por un estilo de vida correspondiente fueron siempre muy claras. Se confirmaron cuando *miró en derredor* y encontró la grey que Dios le confiaba. Pero en qué estado y en qué circunstancias. *Se entregó a ellos como respuesta*. Fue una opción clara, nítida, irreversible. Pero, ¿cómo ser esa respuesta? Siguió la búsqueda, compartió con ellos todos los momentos que podía, reflexionó sobre los medios de su tiempo, fue buscando cómo ser presencia en su vida, ganarles el corazón, darles alegría. Encuentros, juegos, paseos, pan, caramelos, amistad, calles, prados, esquinas, cafés, muros de un viejo cementerio, pequeños catecismos, alguna fiesta litúrgica, el alquiler de un prado, la vida errante, los conti-

nuos desalojos, las humillaciones, la atracción que ejercía sobre los jóvenes, el desprecio de muchos, la ceguera de los eclesiásticos que lo calificaron de loco, por fin un cobertizo. . . la opción final de dejar la seguridad de un salario fijo que tanto necesitaba para cuidar su salud deteriorada y la Providencia que se manifiesta al hacerle encontrar un humilde cobertizo. . . un lugar suyo y de sus muchachos, un espacio para concretar sus sueños y responder a la misión que Dios le había confiado. Llegaba a la tierra prometida.

Dios había escogido. Don Bosco también había escogido. . . lo escogido por Dios. Las necesidades de los muchachos iban marcando la pauta. Con su opción por los jóvenes, opción definitiva, la vida de Don Bosco se alejaba de los moldes comunes y corrientes de una carrera clerical en esa época tan alejada del contacto con los pobres y tan distante de los muchachos. La nueva dirección apuntó hacia un cobertizo que compartiría con sus muchachos pobres: un ambiente nuevo para ellos y para él, en un prado, cabe una capillita humilde para encontrarse todos con Dios. Era el objetivo dominante de Don Bosco. Y los muchachos tendrían dónde y cómo ser muchachos: juegos, alegría, libertad.

Cuando pudo, y fue muy pronto, completó un muro, colocó un portón y organizó la entrada. No era una puerta que se cerraba. *En la en-*

trada Don Bosco acogía a los muchachos y en el recinto cuidaba de todos y de cada uno. No había acepción de personas como en otros oratorios. Para todos sin discriminación, con preferencia para los más pobres y necesitados, había puerta abierta, corazón abierto, brazos abiertos, amistad, afecto, interés. Ya había una dirección para los sin casa, un punto de referencia para aquellos cuya única perspectiva era vagar sin rumbo y allí estaba el amigo de los muchachos . . . de todos y de cada uno. Su Oratorio iba tomando perfil.

Casi un cuarto de siglo antes había tenido Juanito Bosco el sueño de los 9 años. El gran momento del cobertizo se inició el 12 de Abril de 1846. Treinta y ocho años después vendría el sueño que tanta tristeza produjo a Don Bosco y que ya hemos comentado. Y a los cuarenta y dos años del inicio de su obra, en ese mismo lugar Don Bosco empezaría su pascua eterna. Son hitos de tiempo que encierran un inconmensurable proceso de conducción de Dios, de protección de María y de respuesta fiel de Don Bosco.

Y este proceso es el que llamamos una experiencia de santidad. Don Bosco había ido concretando un tipo de acción apostólica con un estilo propio: fruto de la iniciativa y creatividad de Don Bosco, de su reflexión ante los acontecimientos y de su contemplación del Invisible. Era su compromiso con el “hágase tu voluntad” de

la oración dominical. Y era la santificación en la verdad que Jesucristo pidió a Dios en la oración sacerdotal (Cf. Juan XVII, 19). *Saber con la sabiduría de Dios y obrar según ella con la fidelidad del hombre es la ortopraxis de Don Bosco.*

En este sentido Don Bosco había recorrido un trecho inmenso. Multiplicaba sus encuentros con los jóvenes, cada día les dedicaba más tiempo de su vida, luchaba por hacerlos ser alguien, porque tuvieran un puesto en la vida. Ahora empezaba a construir para ellos y con ellos

el Oratorio de Valdocco

donde el encuentro Don Bosco-jóvenes se convertiría en una presencia continua de Don Bosco en medio de sus muchachos para compartir su vida, acompañar su camino, construir con ellos su futuro, que se conoce con el nombre de ASISTENCIA SALESIANA.

Don Bosco era un amigo de los jóvenes que les daba respuestas concretas. Por eso empezó a construir para ellos un mundo que les era negado, un espacio en que se pudiera realizar la relación de amistad educador-educando con los muchachos y caminar junto a ellos y con ellos en la búsqueda de la verdad, del bien, de la felicidad. Don Bosco había comprendido que se necesitaba un ámbito para entablar el diálogo educativo con los jóvenes, en el que se pudiera definir y hacer-

les sentir su dignidad y el respeto que merecen y así pudieran emerger y salir a flote su grandeza y toda la esperanza de que son portadores; era indispensable que pudieran encontrar la razón de la fe en sí mismos, de confianza en sus posibilidades para su autonomía y libertad, su inserción en la comunidad y su puesto protagónico en la historia de la salvación.

El Oratorio empezó así *a ser casa* a la que Don Bosco invitaba a sus muchachos para que *conocieran y vivieran un espíritu de familia* que también tenía sus exigencias pero que sería el *espacio vital* del joven, ambiente de expansión y de espontaneidad pero también de responsabilidad, en que pudieran ir plasmando su personalidad, sus convicciones, enriqueciendo su inteligencia, formando su voluntad, su capacidad de solidaridad, compromiso y entrega, pensando en su porvenir, encontrando su camino. Don Bosco quería que *el joven pudiera ser joven* y que, desde la realidad juvenil, se proyectara hacia el futuro. La casa de Don Bosco era, pues, lugar, espíritu, clima de amistad, confianza, diálogo, compañía, que Don Bosco iba creando para ofrecerles a sus muchachos y para compartir con ellos la experiencia de Dios.

Salto cualitativo inconmensurable

fue el de la calle al Oratorio. Y lo fue tanto para Don Bosco como para sus muchachos. Para Don Bosco significó pasar de los encuentros sal-

tuarios con los muchachos, tan afectados negativamente por la atmósfera agobiante y destructora de callejuelas y tabernas, correccionales y pandillas, a una atmósfera distinta que permitía respirar mejor, ver con mayor claridad, como espacio de una cultura nueva, con valores diferentes, todo lo cual abría lugar a la continuidad de la acción de Don Bosco en pro de los muchachos. En su nuevo territorio se liberaba de muchos condicionamientos negativos opuestos a su acción apostólica. Y los muchachos pasaban del anonimato destructor de la calle y de sus inmensos riesgos de despersonalización, a dimensiones nuevas en las que el reconocimiento de su propia identidad era el punto de partida para un futuro de esperanza.

El encuentro de Don Bosco con los muchachos y de éstos con Don Bosco se convertía de esta manera en un proceso. Todo converge a la creación del ambiente y de la comunidad como medio de educación y de progreso. A los jóvenes con quienes se encuentra Don Bosco, los invita a su casa, al Oratorio. Y junto con el crecimiento de la comunidad juvenil presidida por Don Bosco, va madurando el proyecto educativo y se van sistematizando las actividades, las estructuras y la organización. Todo bajo la conducción de Dios y la intervención de María quien presidirá la obra desde su basílica en pleno corazón de aquella.

Pero los jóvenes no son meros invitados al Oratorio, para que entren a un ambiente preparado para ellos. Entran a construir, a darle rostro a la comunidad, a marcarla con su identidad juvenil. Don Bosco empezó a presidir *una comunidad juvenil*, es decir, forjada por la experiencia y por la esperanza de los muchachos junto con la experiencia y esperanza de Don Bosco.

Y esa experiencia son los recuerdos de su orfandad y de la lucha por sobrevivir que se convirtieron en techo y comedor para sus muchachos; las memorias del pequeño saltimbanqui y la Sociedad de la Alegría que se proyectaron en el patio de recreo; la bondad y ternura de Mamá Margarita que animó e iluminó la presidencia de Don Bosco como padre de los jóvenes; el largo y penoso camino para instruirse que lo hizo maestro y formador; la tragedia dolorosa del encuentro con los muchachos en las cárceles que le dio el espíritu protector y preventivo. Y se podrían agregar muchas otras dimensiones que se convirtieron en el amor multiforme de Don Bosco por los jóvenes, formas variadas que le fueron dando forma *a la asistencia*.

EN EL NOMBRE DE DIOS BUENO Y PROVIDENTE

Sabemos que la experiencia de Dios es la experiencia más fuerte y definitiva en la vida de Don Bosco. Por un lado, está la formación reli-

giosa sencilla pero muy profunda que recibió de Mamá Margarita y que, desde los más tiernos años, le dio a Juanito Bosco el sentido profundo de Dios para su vida, traducido en la amistad divina y en el crecimiento en la vida de gracia, acompañada de un horror visceral por el pecado. Aprendió a descubrir a Dios en la naturaleza, a leerlo en los acontecimientos, a sentirse envuelto en sus bondades, a agradecer sus beneficios. Su formación espiritual se fue intensificando más y más hasta el seminario, en la preparación inmediata de su ordenación y en los primeros años de su vida sacerdotal dedicados a la oración, la profundización teológica y la búsqueda de los caminos en que Dios lo quería. Todo lo cual se consolidó en el Don Bosco contemplativo que conocemos y queremos, *que vivía como si viera al Invisible*, con su corazón siempre puesto en Dios.

Por otro lado están la intervención directa de Dios en su vida, la conducción divina tan manifiesta y la protección maternal de María Santísima para él tan significativa y tan palpable. Don Bosco las experimentó, las vivió y daba continuamente testimonio de las mismas. Demostró la conciencia que tenía de ser instrumento de lo alto. Y así llegó a ser *la perfecta unión con Dios*.

Don Bosco experimentó a Dios especialmente en su amor de Padre, en su preocupación por todas y cada una de sus creaturas, en los bienes de que nos colma. Es el Dios del Emmanuel, "Dios

con nosotros” por la encarnación de Jesucristo. Dominaba en Don Bosco la percepción de Dios a nuestro lado, de nuestra parte. Esta relación tan intensa de Dios con nosotros es la que expresa el salmista con gratitud: “Bendigo a Yahveh que me aconseja; aun de noche mi conciencia me instruye; pongo a Yahveh ante mí sin cesar; porque El está a mi diestra, no vacilo” (XVI, 8). Este Dios que vela por sus creaturas y provee a sus necesidades es el que evoca la palabra *Providencia*, actitud de Dios que nos revela particularmente Jesús al descubrirnos la ternura de Dios, al demostrarnos su confianza en El, al encarnarlo en su actitud de *Buen Pastor* que da la vida por sus ovejas.

Esta fue la actitud de Don Bosco para con sus muchachos: la del Buen Pastor. Les entregó su vida, se comprometió a estar con ellos, a acompañarlos, a hacerles sentir todo su amor, para revelarles y entregarles la existencia de un Dios que es amor y para convencerlos de todo el amor que Dios les tiene. Toda su experiencia personal de Dios la volcó participativamente a sus jóvenes, con plena conciencia de ser intermediario del Altísimo. En su presencia entre los jóvenes Don Bosco era y se sentía agente de la Providencia de Dios. De aquí su actitud de Padre en el más profundo sentido sobrenatural, para llevar a sus muchachos a la relación personal con Dios y para acompañarlos en este itinerario de crecimiento hasta la santidad juvenil.

Era el clímax de la fe de Don Bosco y de su fidelidad traducido en una profundísima actitud y presencia de bondad humana. Se trata de la “*amorevolezza*” que caracteriza al Sistema Preventivo, *cuya experiencia más típica es la asistencia*. Anota el Cardenal Anastasio Ballestrero: “Esta desbordante e inagotable bondad del Santo era componente de su sistema educativo: era él dentro de la vida y crecimiento de sus muchachos (. . .) Estar dentro, no quedarse mirando, no quedarse gobernando, no quedarse presidiendo, sino estar comprometidos dentro del dinamismo del desarrollo afectivo del muchacho que es el más importante de su edad y de su condición juvenil. Es el método de ser padre, amigo, hermano de sus muchachos. Si tuviera que elegir uno de estos términos: amigo, hermano, padre. . . no sabría cuál elegir. Lo más cierto es que no haya que escoger nada sino elegirlo todo, es decir, convertirse en la síntesis de todo lo que estos términos expresan como valores indivisibles y que yo llamaría *la plenitud de la caridad apostólica*”.

La asistencia salesiana es Don Bosco en medio de sus muchachos y en la más auténtica presidencia de la caridad, en nombre de Dios y con su amor, para la promoción humano-divina de los jóvenes. Don Bosco la convierte en una experiencia concreta, el Oratorio, como espíritu, escenario, organización, dinamismo. . . el ambiente humano y social en que se despliega la

Providencia de Dios. Es la concreción salesiana de la pedagogía de la encarnación: “El Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Juan I, 14).

Por fin podía Don Bosco darles cuerpo a sus pensamientos. Empezaba la etapa de la institucionalización. Pero no era la llegada a la meta. Por lo tanto no es el encasillamiento dentro de moldes que encierran los pensamientos para protegerlos. El Oratorio expresa un espíritu con todo su dinamismo y la fuerza de una misión que tiene que expandirse. Es un encuentro entre las necesidades de los jóvenes, sus esperanzas y anhelos y un Dios, fin supremo de toda dignidad humana, que coloca a Don Bosco en medio de los muchachos para que juntos hagan el camino. Es, por lo tanto, *una iniciativa sin confines de tiempo y de espacio, tan universal y perenne como la voluntad salvífica de Dios.*

Por eso volvemos los ojos al Oratorio en la perspectiva que traza el Apóstol San Pablo cuando escribe a los Filipenses sobre su colaboración en la propagación del Evangelio: “. . . quien inició en vosotros la buena obra, la irá consumando hasta el día de Cristo Jesús” (I, 6). Nos sentimos responsables de esta consumación de la acción apostólica emprendida por Don Bosco en el Oratorio y proyectada hacia el futuro por nuestro intermedio.

Vienen muy a propósito a este respecto algunos comentarios que nuestro Rector Mayor, P. Egidio Viganó, escribió para los Salesianos sobre la realidad carismática del Oratorio: “Con este tipo de actividad pastoral nuestro Padre se convirtió en signo y portador del amor de Cristo para los jóvenes pobres y las clases populares; en el Oratorio inventó la síntesis práctica del Sistema Preventivo; en él llegó a la meta de su vocación guiado siempre por María; allí releyó y meditó el Evangelio para hacer presente en la sociedad en evolución el Misterio de Cristo.

“El Oratorio es el primer lugar de la misión histórica de Don Bosco, donde se encendió y de donde flamea la chispa inicial de su propósito de seguimiento del Señor, donde se encuentra el manantial impetuoso de aquella caridad pastoral que correrá como un río en la tradición salesiana.

“El Oratorio es el lugar de la peculiar intuición evangélica de Don Bosco, de su genialidad apostólica, de su originalidad espiritual, porque es la sede privilegiada de su experiencia del Espíritu. Y este *Oratorio, lugar teológico* de la misión salesiana, no se explica sin Jesucristo y su Evangelio”.

Y concluye el Rector Mayor diciendo que “el tema del Oratorio nos ayuda a examinar en profundidad nuestro carisma. Es la óptica para leer e interpretar bien las Constituciones SDB reno-

vadas. Dicen, entre otras cosas, que para nosotros el criterio permanente de nuestra renovación es precisamente el Oratorio, como metro de la pastoral salesiana”.

DEL ANONIMATO AL RECONOCIMIENTO DEL “YO” JUVENIL

Como en la creación, el punto de partida de Don Bosco lo podríamos llamar *la nada social*. No en el sentido de la no existencia sino de la destrucción y del aplastamiento de la personalidad de los jóvenes *como una constante* de ese tramo de la historia. No tenían presente distinto de la lucha por la supervivencia y esto en los más ínfimos grados de la escala social y no tenían futuro pues se les cerraban las oportunidades del desarrollo de su personalidad hacia la meta de la adultez. Desechos de la historia, migrantes obligados, centenares, millares de muchachos se hundían cada día en el anonimato del ambiente de la pobreza con la pérdida de posibilidades de actitudes personales para convertirse en miembros de un submundo de desesperación, *sin más identidad que esta pertenencia*.

El Oratorio es el ambiente opuesto, animado, sostenido, realizado por la fe de Don Bosco. Y no nos referimos tanto a la fe en Dios sino a su traducción en el reconocimiento de la persona de los muchachos con toda su potencialidad de crecimiento y de perfeccionamiento en todo sen-

tido. *La búsqueda de los muchachos en sus circunstancias, en sus necesidades, da paso a la acogida en el Oratorio, en la que se privilegiaba la dimensión personal de cada uno.* La bondad de Don Bosco, su actitud paternal, su dedicación y entrega empezaban a interpelar cada una de las identidades perdidas, a sacarlas a flote, a ayudarles a descubrir y a afianzar a cada uno de sus muchachos su propio yo como una primavera humano-divina, es decir, como protagonista de la propia existencia, creador de la comunidad humana y llamado a la plenitud en su destino eterno. El *ambiente juvenil* del Oratorio no es una masa sino una familia en la que cada uno de los muchachos es reconocido y querido, acompañado, sostenido, animado, respetado, valorizado y hecho responsable de sí mismo y corresponsable del mantenimiento y crecimiento de su nuevo ambiente.

Lo comenta con extremada fineza y particular sensibilidad el Cardenal Anastasio Ballestrero: “Don Bosco siempre estaba rodeado por una multitud de muchachos. Turbas tan inquietas que le merecieron muchos y continuos desalojos. Pero para él eran personas que conocía una por una, que recogía una por una, que cultivaba una por una y en su conjunto, valorizando, en el crecimiento y en la educación de la persona, todas las implicaciones de relación que constituían la persona. Porque una persona es un sujeto de relación. Y la dimensión individual de la

formación, o mejor, de la formación de cada una de las personas, se armonizaba en modo estudiando con aquel método gracias al cual los jóvenes jamás eran individuos solitarios sino una brigada de inquietos que, poco a poco, crecían hacia una comunidad de hombres”.

Con toda sencillez Don Bosco sintetizó toda esta perspectiva que implicaba una enorme actividad, en un breve comentario: “El día festivo estaba todo dedicado *a asistir* a mis jóvenes; a lo largo de la semana iba a visitarlos durante sus trabajos en los talleres, en las fábricas”. En tan pocas palabras quedan encerrados los primeros tiempos del Oratorio. Y se revela esa actitud tan personalizante de Don Bosco para con sus muchachos. Y jamás abandonó el piélagos de la calle en que pululaban los muchachos sin nombre para invitarlos al Oratorio, acogerlos en él y ayudarlos a descubrir su propia individualidad y a ponerle la cara. Aceptando a cada muchacho tal como era, mostrándole que confiaba en él y demostrándole todo su amor, su amor inmenso, le daba la posibilidad de descubrirse y de aceptarse auténticamente. Y en dicha actitud Don Bosco le manifestaba que si era aceptable y digno de confianza y de amor, lo era por su condición de hijo de un Dios que lo ama intensamente y tiene toda su confianza en él.

Era, pues, *una dedicación a los jóvenes extremadamente compleja, sumamente rica en for-*

mas, actitudes y contenidos, creativa e innovadora en la dimensión plena de la genialidad de Don Bosco, con la inmensa acumulación de su experiencia de vida y con la eficacia de la asistencia de Dios para Don Bosco y, por intermedio suyo, para los muchachos.

LOS MUCHACHOS LE SALVARON LA VIDA

Las responsabilidades de la nueva etapa de su apostolado, el Oratorio, le exigieron a Don Bosco prodigarse en un ritmo de actividad sin medida. Esta había sido su trayectoria habitual pero ahora las urgencias de la caridad apremiaban mucho más: el momento carismático a que habían llegado y cuyas perspectivas eran ilimitadas acabaron de minar las ya debilitadas fuerzas de quien se había hecho “humilde, fuerte y valiente” como se le dijo en el sueño de los 9 años y negras nubes cerraron el horizonte del mundillo juvenil que a su derredor y con su guía se abría a la vida y a la esperanza: “Don Bosco se nos muere” fue la infausta nueva que se propagó entre la muchachada de Turín, con la velocidad del rayo. Se había desmayado al concluir un domingo *la jornada festiva* para sus muchachos y, a las pocas horas, su estado se había agravado de tal manera que su vida estaba en muy serio peligro. Recibió, entonces, los sacramentos para prepararse al paso a la eternidad.

Ya no estaba en el prado, junto al cobertizo,

para recibir a sus muchachos, ni se trepaba a los andamios ni entraba a las fábricas ni se sumergía en las callejuelas oscuras para encontrarse con sus jóvenes ya conocidos, ni para conocer a los que Dios le mandaba cotidianamente para que pudieran tener un rostro y un nombre. Pero los muchachos habían aprendido la lección. Se cambiaron los papeles. Y se dedicaron a *asistir a Don Bosco* en su debilidad, en su delirio, en su fiebre, en su inmensa necesidad. No importó que no pudieran llegar hasta su lecho de enfermo para acompañarlo. Apenas lograban reunirse junto al cancel y mirar a su ventana. Pero sabían que contaban con otros medios y habían aprendido que Dios Padre nos ama y nos escucha. Y lo creían. Entonces se dedicaron a hacer toda la violencia posible al corazón de Dios: coronaban el cansancio del trabajo del día con noches enteras de oración, se reunían en grupos delante del altar de María Santísima, se turnaban para una guardia ininterrumpida y de petición a la Virgen, multiplicaban comuniones sacramentales, plegarias y promesas, algunos aumentaron el hambre de la escasez en que vivían con ayunos voluntarios y no faltaron quienes ofrecieron su vida, esa vida que Don Bosco les había enseñado a amar, en cambio de la vida de Don Bosco. Y se salieron con la suya: volvieron a Don Bosco a la vida. Y un domingo volvió la luz al Oratorio, se desbordó la alegría cuando, luego de un mes de trepidación, angustia y tristeza, apareció Don Bosco demacrado, débil, apoyado en un bastón, que ape-

nas podía caminar, pero sonriente, amable, acogedor. Los muchachos enloquecieron de dicha, lo levantaron triunfalmente en andas, hicieron procesión con él y lo entraron triunfalmente al patio.

Don Bosco se emocionó hasta las lágrimas y les prometió: *“Mi vida os la debo a vosotros. Pero podéis estar seguros: de hoy en adelante la gastaré toda por vosotros”*.

¿Podía gastarla más si había estado al borde de la muerte por su entrega al trabajo por sus muchachos? No era asunto de cantidad. Don Bosco les manifestaba su propósito de fidelidad a los jóvenes expresado en una entrega total, incondicional, irreversible. Para Teresio Bosco, biógrafo e intérprete de nuestro Padre, “son las palabras más grandes que Don Bosco haya dicho en su vida. *Son el voto solemne con que se consagró para siempre a los jóvenes y sólo a ellos*”. Este iba a ser el espíritu del Oratorio: una actitud que imprime carácter.

LA ARQUITECTURA DE UN ESPIRITU

Sobre esta pauta de amistad, de bondad y de entrega se fue construyendo el Oratorio. Las circunstancias y necesidades irán imponiendo condiciones y suscitando respuestas. Pronto, muy pronto, el cobertizo sería insuficiente. Sólo Jesús y su Madre Santísima habitaban allí bajo

techo. Los muchachitos sin techo constituían una demanda de refugio. Hacía falta una cocina para los que necesitaban de una sopa caliente. Don Bosco sentía la necesidad de mayor presencia en la vida de sus muchachos, de dimensiones más amplias de entrega. Convenció a Mamá Margarita de compartir con él la entrega de su vida a la redención juvenil y ambos se instalaron en la extrema pobreza de Valdocco para compartir vida, techo, necesidades, pobreza y una comida nunca abundante y, eso sí, un ambiente de mucho amor y de alegría, con muchachos profundamente necesitados que fueron llegando uno a uno y luego formaron un grupo en aumento e iniciaron la nueva etapa del Oratorio: la casa de Don Bosco. El Oratorio se convertía en familia.

Fue el despliegue de la paternidad de Don Bosco con su presencia constante entre los jóvenes como característica fundamental. La comunicación se hacía más intensa de parte y parte y se iba imponiendo la apertura del corazón. Y juntos, Don Bosco, Mamá Margarita y los muchachos vivían la misma experiencia de Dios y la protección maternal de María Santísima.

Un rasgo particular que tuvo este Oratorio desde sus inicios *fue la familiaridad con Dios. Lo "natural" era lo sobrenatural.* Don Bosco lo presidía en nombre de Dios, en la plenitud de su vida sacerdotal. La vida de familia no sólo tenía tinte divino sino que expresaba en la alegría, en

la serenidad, en la armonía de las relaciones, la amistad con Dios. Tanto más que la pobreza con todas sus estrecheces e incertidumbres para una familia que iba en aumento sólo se podía enfrentar con una confianza absoluta en la Providencia de Dios. Así se construyeron dormitorios, clases, talleres, patios, la basílica de María Auxiliadora como un verdadero milagro de expansión. A Dios se lo tenía siempre presente desde el momento de levantarse y la Misa cotidiana, en la alegría de los recreos y en la responsabilidad del estudio y del trabajo, hasta las “buenas noches” de despedida para que también el descanso estuviera invadido por el pensamiento de Dios.

Don Bosco se multiplicaba entre sus muchachos y en favor de sus muchachos. Se prodigaba en todo sentido. Les pedía colaboración, contaba con ellos. No dudó en confiarles responsabilidades en la creación del ambiente de familia y en su crecimiento. Un buen grupo se fue convirtiendo en colaborador directo de la obra de Don Bosco. Varios sentían que valía la pena ser como él. Se desbordaron en iniciativas para el bien de sus compañeros. Don Bosco ya no estaría solo. Eran los mejores frutos del Oratorio. Fueron tomando la decisión de quedarse con Don Bosco. Se convirtieron *en los primeros asistentes*, multiplicaron la presencia de Don Bosco. Y con ellos como punto de partida Don Bosco inició su PROYECTO de perennidad y expansión del Oratorio.

Todo estaba animado directamente por Don Bosco cuya personalidad lo llenaba todo, constituía el ambiente, le iba dando forma y rumbo definitivo a ese mundo nuevo que estaba creando con sus muchachos. Y se destacaban cada vez mejor los rasgos que caracterizaban este proceso, tan propios de la genialidad y santidad de Don Bosco. Bellamente sintetiza este modo de acción con su dinamismo progresivo y su carácter de escuela de formación apostólica, el P. Luis Ricceri, Rector que fue de la Sociedad Salesiana como sexto sucesor de nuestro Padre: “Qué fineza en dar confianza a todos, en valorizar aun a los elementos menos dotados, en saber explotar los recursos de cada uno para el bien común. Qué sabiduría en confiar, a su debido tiempo, graves responsabilidades pero ayudando a sobrellevarlas, guiando el gobierno, lanzando a los hombres de los que podía disponer al camino de un apostolado casi impensable para ellos”.

LA CLAVE “PREVENTIVA”

Toda la actitud, la relación educativa de Don Bosco con sus jóvenes *es preventiva*. Como tal, califica su Sistema. Por consiguiente, identifica de manera especial la expresión típica del Sistema Preventivo: *la asistencia*. Algo más, ésta es la realización práctica del carácter preventivo del Sistema.

Se trata del proceso que se inicia con un encuentro en nombre de Dios y que desemboca, por definición, en comunión con Dios.

Un concepto tan definitivo y tan definitorio amerita una atención muy particular. Desde el punto de vista etimológico, se revela muy rico de contenido: encierra el sentido de “llegar con antelación”. Y esta llegada no sólo remite a la *toma de iniciativa* del encuentro, como quien dice dar los primeros pasos hacia el otro, en su búsqueda, con todo lo que entraña de interés, de confianza en el otro, de amor por él; sino que también resalta la preparación del encuentro, la superación de los obstáculos que se le oponen, el allanamiento de las dificultades que lo rodean, voluntad de realización y de éxito.

Pero la que más cuenta es la visión teológica del concepto. En realidad, en éste Don Bosco condensa un enorme significado. Nuestro Padre vive la conciencia de que es Dios quien actúa: todo es iniciativa divina, plan de Dios, gratuidad absoluta. Es la obra de la salvación que se concreta en la redención de Jesucristo. La Providencia Divina *lo previene todo con la gracia*, lo acompaña en su realización y lo lleva a su culminación. La Providencia es ese *amor preventivo de Dios* que, *desde antes* y, más aún, “ab aeterno”, (“antes de la fundación del mundo” escribe San Pablo en los comienzos de su carta a los Efesios), escoge lo mejor para nosotros: “eli-

giéndonos *de antemano* para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad” (Ef. I, 5).

También entra profundamente en el pensamiento de Don Bosco la eficacia de la acción de Dios en pro de sus hijos. *Por eso llega a la audacia de proponer la meta de la santidad juvenil.* Dios no se desdice, ni falla en su amor. Es el Dios omnipotente que espera con paciencia, que trata con misericordia, que confía y *que no revoca sus promesas.* Si Dios lo envió a transformar a sus muchachos, Don Bosco lo sabe a su lado y *actuante* para el bien total de la grey que le ha entregado. Don Bosco tiene toda su confianza, su seguridad puesta en Aquel que promete por boca del profeta Isaías: “. . . así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié” (LV, 11).

Pero igualmente sabe Don Bosco que las promesas de Dios se cumplen con nuestro concurso y somos los responsables de las mismas. Lo siente y lo asume con su máxima responsabilidad. Es su conciencia de *ser instrumento de lo alto*, realizador del plan de Dios para los muchachos. Lo traduce *haciéndose presente* en la vida de los jóvenes, colocándose a su lado, acompañándolos, velando por ellos. . . en nombre de la Providencia Divina. Esa actitud que se expresa en el trabajo incansable y colosal de Don Bosco y en

su entrega incondicional a los jóvenes hace de nuestro Padre una encarnación de la plegaria del salmista: “Despierta (Pastor de Israel) tu poderío y ven a salvarnos” (LXXX, 3).

Por eso *sale al encuentro con sus muchachos* . . . en las cárceles y reformatorios, en calles sórdidas, en placitas, en cualquier recoveco de la ciudad, sótanos o andamios. . . y luego entra la acogida en el Oratorio. Don Bosco es quien lleva adelante el protagonismo del encuentro, da los primeros pasos. . . *búsqueda, acogida*. . . realiza la iniciativa de Dios. Su contemplación de Dios y de su plan de salvación se hacen historia en cada uno de los casos. *E! encuentro es gracia*, la gracia de Dios que comienza a ser evidente para el muchacho. Se quiere que descubra, que sienta que la gracia lo envuelve, que experimente que Dios lo ama, que descubra y asuma la relación con Dios en que está envuelto y que, hasta ahora, quizás, ha tenido como único protagonista a Dios. . . que se inicie el diálogo. Hasta ahora había muchos ruidos y circunstancias que no permitían la escucha de Dios. Por eso el *no-encuentro*. Pero la gracia ya estaba presente, aunque no fuera evidente.

El encuentro, como gracia, no es un mero momento. *Es una relación que se inicia*. ALGUIEN entra definitivamente en la vida del joven. Todo como expresión del amor divino. De aquí la presencia de Don Bosco como inicio de una amis-

tad, compañía que se inaugura, intención de continuidad y crecimiento. Hay que demostrar amor, mucho amor, para que el muchacho sienta, experimente que Dios lo ama. Y este amor se demuestra en el interés por cada persona concreta, en suscitar su interés, en la simpatía por sus intereses: “Que amen lo que les agrada a los jóvenes —proclama el guía del sueño de 1884— y los jóvenes amarán lo que les gusta a los superiores”. Para lograr lo cual se requiere una presencia continua, incansable, perseverante, activa, constructiva, bondadosa, intensa por parte de quien inició el encuentro en nombre de Dios. Sólo así se podrá crear un *nuevo ambiente*. Para Don Bosco es el ambiente de la gracia como amistad divina, como vida. Por lo que toda su premura para que la amistad con Dios crezca, se amplíe, se profundice, se mantenga por encima de todo, Don Bosco la vuelca *en la asistencia*. Que, a su vez, operativamente, se identifica con

la vigilancia:

Encarna *la cualidad preventiva* en todas sus dimensiones. El “mirar en derredor” que tanto interpeló a Don Bosco, le dio un conocimiento profundo de las circunstancias de los muchachos. Comprendió en todo su significado *esa realidad del no-encuentro*. La nada social en que se debatían los muchachos constituía un muy serio peligro moral: o por vacío moral o por un ambiente negativo y opuesto a los valores morales cristia-

nos. La situación de desechos humanos en que se encontraban grupos muy considerables de jóvenes desplazados a las periferias urbanas, empobrecidos, despojados de toda esperanza, revelaba muy a las claras, negación de derechos humanos y aplastamiento de personas, con todas sus secuelas de degradación humana. Situaciones éstas que los documentos eclesiales de Medellín y Puebla hoy identifican como *situaciones de pecado*. En su tiempo Don Bosco las sintió de la misma manera y sacó, como consecuencia de los datos sociológicos, que los muchachos más pobres, los más abandonados y los más ignorantes “tienen mayor necesidad de ayuda para perseverar en el camino de la salvación eterna”.

Sabemos que en Don Bosco ésta no es una actitud espiritualista; en él siempre primó la visión integral del muchacho y, por consiguiente, se constituyó en respuesta de salvación integral. Por eso el Oratorio es también techo y pan, dones de la Providencia Divina. Pero el énfasis de Don Bosco está puesto siempre sobre la trascendencia. Lo expresa el “da mihi animas”. Y, en este sentido de trascendencia, la prioridad de su actitud apostólica la constituyen los más pobres, abandonados e ignorantes cuyas circunstancias ponen en peligro su salvación.

El Oratorio es el ambiente del encuentro en oposición al ambiente del no-encuentro. Pero el tránsito de éste a aquel, con todo su significado,

no destruye el pasado de un momento a otro. Resalta de manera muy oportuna y clarificadora el más profundo estudioso y conocedor del Sistema Preventivo, P. Pedro Braido: "Don Bosco no es un optimista a ultranza en relación con lo que son de hecho los jóvenes. Si bien es un optimista impenitente cuando interpela su responsabilidad (aun en el joven más desorientado existe siempre un punto de acceso a la acción educadora), no lo es cuando se considera la situación espiritual de los muchachos en el momento de entrar a alguna de sus instituciones. Es más bien pesimista". Esta actitud bien puede estar influenciada por el jansenismo de la época. Pero Don Bosco se basaba en su experiencia que era muy grande: el debilitamiento espiritual de los muchachos por el ambiente de abandono del que provenían no sólo era una realidad insoslayable sino que la asumía como objeto central de su preocupación y acción apostólicas. Don Bosco, que iniciaba *el encuentro* con cada uno de los muchachos y lo iniciaba en *la realidad de la gracia* como relación de amistad con Dios, encaraba igualmente no sólo la posibilidad sino la amenaza *del des-encuentro y de la des-gracia*, como decimos en términos de la teología actual.

En esta perspectiva Don Bosco *identifica la asistencia con la vigilancia*, con el sentido y significado de compromiso de su parte con la nueva realidad, *para velar por ella*, conservarla, prevenir los peligros que se puedan cernir contra ella,

apuntalarla, ayudarla a crecer, a solidificarse, a realizarse. En relación con los muchachos, Don Bosco estaba plenamente consciente de su debilidad personal, de la fragilidad de su voluntad y de las huellas destructoras del ambiente de proveniencia, allá donde los había encontrado, interpelado e invitado a su Oratorio. De modo que la vigilancia, según Don Bosco, significa esa presencia suya de compromiso con cada muchacho para ayudarlo, sostenerlo, acompañarlo en su crecimiento humano-divino. Es *la asistencia* “como eficaz acción positiva, de dirección, de orientación, de influencia continua y persistente” como subraya el P. Braidó. Todo lleva a la promoción del bien, al crecimiento de la gracia que confiere a la vida humana su sentido pleno, que ilumina y aclara todo.

Pero tampoco se excluye la preservación del mal. Don Bosco tiene plena conciencia de que para el hombre la gracia, como encuentro y amistad con Dios, está unida a la posibilidad *de la des-gracia*. La Sagrada Escritura habla del “poder de las tinieblas” (Cf. Luc. XXII, 53): es el misterio del mal con toda su capacidad en contra nuestra. Por eso el ser humano tiene que luchar contra el mal y contra todas sus consecuencias de destrucción y de aplastamiento de su dignidad, de su destino. En su primera carta San Pedro nos previene: “Vuestro adversario. . . ronda como león rugiente buscando a quien devorar” (V, 8). Y nos impone *estar vigilantes*. La vigilan-

cia es una necesidad de cada uno, una actitud de responsabilidad personal, infinitamente personal, en la que no podemos ser suplantados. Pero también expresa *una solidaridad comunitaria*. Proceso complejo y difícil, por una parte; inminencia del mal, del peligro, por otra. En su sentido práctico, Don Bosco encara la posibilidad de la des-gracia con la asistencia vigilante: para defender a los jóvenes de la influencia y de la posible actitud destructora de algún compañero maleado, de lecturas perniciosas, de cualquier otra forma de contaminación y peligro. Es la vigilancia en todo su sentido preventivo.

Es evidente que no se trata de proteccionismo paternalista ni de aislar a los jóvenes en las mejores condiciones posibles de una asepsia espiritual. Lo que llevaría a formas de infantilismo espiritual muy negativas. La vigilancia, es cierto, tiende a proteger al joven en su debilidad, en su inexperiencia, en su inmadurez. *Pero esencialmente pretende suscitar la actitud de vigilancia personal para su autodefensa, su autoprotección y ayudarlo en su crecimiento y en la asunción de sus responsabilidades para que pueda ser cada día más libre y autónomo en las determinaciones que atañen a su vida y a su trascendencia*. Por eso la asistencia vigilante es una relación intensamente personal, amistosa, providente. Crea y constituye *un ambiente educativo* en todo el sentido que brinda la etimología de la palabra EDUCAR: conducir, acompañar, liderar. Pero, más

que ambiente, es comunidad educativa porque se basa en la confianza mutua entre Don Bosco y sus muchachos, en la apertura de corazón, en la comunión de ideales, en marchar juntos. . .

Resalta un estudioso que “ningún fundador ni educador ha exigido a sus discípulos tanto empeño de vigilancia y asistencia en el trabajo de educación juvenil como Don Bosco. . . *Es un hecho absolutamente característico del sistema salesiano y es único. La asistencia y la vigilancia se elevan en él al grado supremo. El método salesiano es verdaderamente, en el sentido de la Escritura, la exaltación de la asistencia*”.

ENTREMOS AL ORATORIO. . . CAMPO DE LA EXPERIENCIA MISTICA. . .

para vivir un clima de Pentecostés en la experiencia colectiva del Espíritu Santo. Es una realidad, no una metáfora ni algo que haya existido sólo en el mundo de la fantasía. Don Bosco lo domina todo: “nada de cuanto sucedía —dicen las Memorias Biográficas— escapaba a su atenta observación, bien consciente de qué peligros podía ser causa la aglomeración de jóvenes de diversa edad, condición y conducta. Y no interrumpía esta su vigilancia ni siquiera cuando tuvo clérigos y sacerdotes asiduos en la *asistencia*, queriendo ser él el primero en establecer con su ejemplo el método tan importante de no dejar nunca solos a los jóvenes”.

Entremos para comprobar, en nuestra experiencia, cómo ama Don Bosco envolviéndolos a todos y a cada uno como “en una atmósfera de contento y de felicidad” de la que da vívido testimonio su segundo sucesor el P. Pablo Albera: “Oh, era su amor que atraía, conquistaba y transformaba nuestros corazones. Y cuanto se ha dicho a propósito de esto en su biografía es muy poco comparado con la realidad”.

Entremos para experimentar “qué profundidad de sentimientos —como puntualiza Pietro Stella— podía suscitar en los jóvenes sentirse cerca a Don Bosco, hombre de Dios, santo penetrado por el poder divino, en el Oratorio, en un terreno santo como el Horeb, impregnado de la presencia del Altísimo”.

Entremos para vivir “el espíritu de familia que Don Bosco instaura y que es consanguinidad espiritual” para que también a nosotros nos transmita “la vida alcanzada en la unión con Dios por medio de la vida de gracia en la Iglesia”.

Entremos al Oratorio para constatar cómo “el ansia de salvación establecía la continua presión afectiva de Don Bosco sobre los jóvenes y la dilatación de su obra en el mundo”.

Entremos para sentir cómo Don Bosco NOS ASISTE DESDE SU PASCUA ETERNA, para volcar esta experiencia sobre nuestro futuro y

para comprender que sin *asistencia*, como dinamismo profundamente sobrenatural como experiencia que es de la Providencia de Dios, no hay Sistema Preventivo, expresión de la santidad salesiana. *La asistencia de Don Bosco y a lo Don Bosco debemos recuperarla para la salvación de nuestros muchachos y nuestra.*

III. PENSANDO CON EL CORAZON

Estamos hoy envueltos en el imperio de la racionalidad. Los que predominan son los cánones científicos. Se destaca, como nunca, la grandeza intelectual del ser humano, grandeza que lo hace centro del mundo y explorador del universo. La verdad es de marca intelectual, fruto y, al mismo tiempo, fuente de la ciencia como proceso progresivo e ilímite. Y no sólo se le han arrancado a la naturaleza sus secretos sino que se la ha dominado (mandato bíblico) con la técnica. Se proclama, entonces, que se acabó el misterio. La ciencia lo explica todo.

También es el conocimiento científico el que rige el desenvolvimiento del complejo de relaciones humanas que llamamos sociedad. Acelera sus dinamismos de cambio y precisa objetivos cada día más claros y definidos en relación con el destino del hombre y el tipo de sociedad que se anhela. Entran aquí las organizaciones ideales de

sociedad, correspondientes al modelo de las naciones del bienestar y la riqueza y un tupido conjunto de definiciones de dignidad, libertad, trascendencia.

Y la ciencia se ha volcado con apasionamiento sobre el hombre. Ha logrado el conocimiento pleno de las funciones de su organismo biológico y ha cuantificado y establecido sus parámetros ideales. Así ha dominado la "naturaleza" del hombre con la tecnología de las ciencias de la salud, que ha prolongado la esperanza de vida doblando la parábola vital sobre los promedios de inicios del presente siglo.

El avance científico no se ha quedado en estas dimensiones. Se ha dedicado a escudriñar en profundidad lo intangible del hombre, lo que se había considerado insondable, *su yo íntimo, precisamente en su capacidad de pensar, de determinar, de esperar, de amar, de sufrir*. Se han creado multitud de pruebas, índices, coeficientes, modelos que ya parecen encasillar al ser humano, predecir su comportamiento, anticipar el uso de su libertad. Con el psicoanálisis *parece que se ha ido desvelando lo más profundo de la esencia humana*. Todo este esfuerzo científico ha desembocado en una filosofía cada día más intensa del "superhombre" como expresión de la máxima perfección, en cuya búsqueda y logro se empeñan tantas escuelas psicológicas, pedagógicas, etc. acompañadas por los grandes conocimientos que

se han logrado en el campo de la genética y por la manipulación y control real de la misma en los laboratorios de experimentación. En síntesis, toda la atención e interés modernos se han desbordado sobre el hombre y las ciencias humanas pretenden el dominio exhaustivo sobre su realidad y su misterio.

En este contexto la educación ha llegado también a ser una ciencia con muy alta jerarquía dentro de las sociedades. Nos referimos al enorme esfuerzo que ha tenido que hacerse en la vida moderna para crear y consolidar los sistemas educativos que hoy son integrantes de la estructura social. Estos se han convertido *en el canal obligado de tránsito hacia la sociedad adulta*, lo que ha hecho de la escolaridad no sólo un valor universal sino también un monopolio de la educación de la juventud. Ser joven trae consigo la imposición ineludible de la escolarización. Los conocimientos y la formación escolares, refrendados por títulos académicos, son los reconocidos en la competencia del mercado ocupacional y los que ofrecen garantías para el futuro. Se seleccionan los conocimientos que hay que transmitir, las dimensiones de la cultura que hay que asegurar, las metas sociales que hay que privilegiar, todo en el sentido de la formación del hombre técnico, científico, intelectual. En todos estos aspectos se imponen la racionalidad educativa, los cálculos de recursos humanos según las necesidades de los sistemas, los tipos de

hombre para los tipos de sociedad que se quieren construir. Y se considera que ya se han logrado establecer leyes pedagógicas suficientemente experimentadas que forman parte del acervo universal de la ciencia. Los delegados a los que la sociedad confía esta tarea *son los profesionales de la educación*, provistos de diplomas y jerarquizados según su competencia científica.

Los Salesianos, muchísimas de cuyas obras están insertas en los sistemas escolares, ¿en qué sentido y en qué grado *podemos reconocernos y ser reconocidos como delegatarios de la sociedad en este campo de la educación formal*? Todo depende de la capacidad que hayamos adquirido en ciencias humanas, de nuestra calidad profesional, de nuestra capacidad científico-pedagógica. Estamos involucrados en un proceso competitivo en alto grado, en campos de tensiones ideológicas radicalizadas, ante decisiones de poder político que son las que, de hecho, manejan las decisiones educativas. De la pertenencia *de hecho* a los sistemas escolares, en ocasiones pionera y llena de benemerencias, tenemos que ir pasando a la *de derecho*, ampliarla y asegurarla. Competimos. Y en condiciones cada vez menos favorables. Debemos buscar posiciones de vanguardia en la pedagogía científica. Con una visión perspectiva, ciertamente, que no se quede encasillada en la escolarización ni mucho menos prisionera de ésta.

Esta evolución, que ha sido particularmente rápida en las últimas décadas, nos ha afectado de manera sustantiva: por una parte, tememos quedarnos a la zaga en los adelantos y transformaciones educativas, al tiempo que experimentamos la dificultad de los logros de los altos niveles y exigencias científicas en el quehacer pedagógico moderno; por otra parte, es muy propio de cierto ambiente intelectual la tendencia a la descalificación de formas de conocimiento, de divulgación del mismo cuando no se ajusta a determinados cánones, de épocas anteriores de la cultura y aun de negación del estatuto de verdad científica a determinadas formas de pensamiento y de saber, como se evidencia en las agudas discusiones epistemológicas.

El encanto de las corrientes nuevas también nos ha llevado a dudar de la validez y actualidad de aspectos que fueron centrales en nuestra tradición educativa, cuando no a ponerlos en tela de juicio. *Tal es el caso de la asistencia salesiana*: ¿podrá ser compatible con las definiciones nuevas de libertad, de autonomía, de creatividad, de autoformación y de otros conceptos por el estilo y con la abreviación legal de la juventud que, en la mayor parte de las naciones, a los 18 años se ve obligada a asumir las responsabilidades adultas en opciones políticas y sociales? ¿No queda superada *la asistencia* por los análisis y conclusiones científicas de escuelas pedagógicas modernas, por las teorías conductistas, por los nuevos

sentidos y metas, propios de los sistemas educativos actuales?

Lo cierto es que acusamos una crisis muy definitiva en cuanto a la *asistencia salesiana* se refiere, imposibilitada muy frecuentemente por las transformaciones educativas cualitativas y cuantitativas en la era de la educación de masas. Y tal vez tengamos que admitir que por un conjunto heterogéneo de causas, algunas de las cuales hemos estado enunciando, se ha producido un empobrecimiento y aun vaciamiento del concepto de *asistencia*, pese a ser parte integrante y constituyente del Sistema Preventivo esencia y expresión de la “santidad pedagógica y genialidad metodológica” de Don Bosco, y, por lo tanto, *algo de lo que no se puede prescindir sin comprometer fundamentalmente la acción salesiana.*

UN SIGLO ANTES

Don Bosco inició su obra, pensó, maduró y lanzó hacia el futuro su proyecto cuando iban tomando cuerpo estos procesos de transformación científica y educativa. Muy concretamente su Oratorio se vio amenazado en nombre del sistema escolar incipiente, por las leyes que intentaban monopolizar el control de las escuelas. La ciencia, con todo su dinamismo de experimentación empírica, ya se estaba abriendo paso y multitud de ideologías se apoyaban en aquella para explicar al hombre y ofrecerle las nuevas formas

de respuesta a sus necesidades y hasta de redención en cuanto a su destino total y definitivo. Había corrientes pedagógicas tradicionales de gran renombre que se vieron desafiadas y suplantadas por concepciones nuevas del hombre y de la educación.

Inmerso en este mar de transformaciones y de reordenamientos sociales, Don Bosco los observó atentamente; siguió con gran interés las nuevas corrientes de pensamiento, cotejó con ellas las escuelas tradicionales y sus experiencias, especialmente en lo referente a la educación; tuvo en cuenta los planteamientos de grandes pedagogos que habían formado escuela, lo mismo que las perspectivas que aparecían en el campo educativo, con su enorme carga de novedad y la exigencia de cambios rápidos y de virajes muy profundos. Se mantuvo abierto a todos los progresos, para hacer tesoro de lo que pudiera ser más útil en la formación de sus muchachos, como lo demostró en sus talleres que siempre quiso de vanguardia en la tecnología. No hay nada de extraño en todo esto: desde su infancia, Don Bosco había tenido una brillante trayectoria estudiantil: tenía fe en la ciencia y fue sobresaliente por la amplitud de sus conocimientos. Y en estos senderos de formación y seriedad científicas encaminó a sus primeros salesianos enviándolos a las universidades públicas. Su formación histórica, seria y ponderada, le brindó a Don Bosco una posición de privilegio para sopesar

circunstancias, situaciones, problemas, soluciones. Fue enriqueciendo esta posición con la búsqueda de caminos, el análisis de soluciones a la luz del de la realidad que vivían sus muchachos, midió resultados, aceptó aquellos consagrados como válidos por experiencias de otros, haciendo síntesis de todas estas convergencias del pasado para encarar creativamente la nueva cultura cuyo punto de partida y cuyo norte eran la ciencia y la tecnología.

En este nuevo contexto observó, estudió de manera participativa, comprendió la realidad histórica de los muchachos para los que se definían valores nuevos y esperanzas pero, al mismo tiempo, se les cerraban los caminos, se ejercía discriminación contra ellos, los explotaban. Don Bosco los encontró perplejos ante la vida, con ilusiones marchitas, sin esperanzas, desesperados, abandonados a su propia suerte; para muchos se abrían, esos sí muy amplios, los caminos de conductas desviadas, los riesgos o las realidades de la criminalidad. Especialmente los jóvenes quedaban por fuera de las perspectivas de esta revolución científico-tecnológica que iba tomando tanta fuerza: era el trabajo y la explotación de los niños. . . era una multitud de formas de aplastamiento: ¿mecanismos de discriminación? ¿formas de marginación? ¿circunstancias inevitables? Estos y muchos otros interrogantes asediaban a Don Bosco a medida que avanzaba en el conocimiento de todo lo que abrumaba a los mucha-

chos y actualmente vemos como preludio de la desesperanza abismal que envuelve a legiones inmensas de jóvenes hoy. Eran muchas las dimensiones humanas, constató Don Bosco, que se escapaban a las definiciones del hombre como objeto de las nuevas corrientes científicas. *La verdad intelectual no era la verdad completa sobre el hombre ni éste quedaba definido completamente como ser intelectual.* Dichas aproximaciones con frecuencia dejaban de lado la trascendencia humana, cuando no la impugnaban, desconocían el misterio del hombre, cuando no lo aplastaban.

Este misterio fue el que abordó Don Bosco en la persona de sus muchachos. Sabía muy bien que aquella no entra al mundo por sí misma sino por otros. *Lo que implica que sea deseada y amada por esos otros y acogida al nacer.* Y a lo largo de su existencia tiene que ser continuamente creada hasta que pueda llegar a la plenitud que no posee desde el principio. Es todo un camino en el que tiene que ir encontrando su identidad en el encuentro con los demás. Es decir, toda la realidad que les era negada a tantos muchachos que Don Bosco había encontrado, a los que había sido enviado en el sueño de los 9 años. *Era una verdad que se negaba,* que no aparecía tan estrictamente científica. La ciencia es tan exacta cuando define las cosas y las leyes de la naturaleza. ¿Lo será igualmente cuando define al hombre? ¿Cómo definir en este sen-

tido estrictamente científico su itinerario hasta la plenitud. ¿Cuál plenitud?

Don Bosco entendía muy bien que toda creación humana, como acto inicial y como proceso, es un llamamiento, una convocación. En la perspectiva de la fe decimos que Dios crea las cosas, las lanza a la existencia. Pero al hombre *lo llama a la vida*, a una vida semejante a la suya. . . “Lo creó a su imagen” dice el Génesis (I, 27), o sea, como objeto de su amor. *Convocación a la vida que entraña la unicidad de la persona en una relación de amor con Dios que la convoca. Es un amor personal, único, incomparable.* Y la creación de las cosas es una de las expresiones de este amor de Dios en cuanto son creadas para que el hombre las domine y las transforme. Esta plenitud estaba escondida para los muchachos que preocupaban a Don Bosco; algo más, era una plenitud impedida por las circunstancias que los envolvían, casi imposible de alcanzar y hasta negada. Era el aniquilamiento del sentido de su existencia, lo contrario; más aún, *lo opuesto al llamamiento de Dios a la vida y al amor.*

Los adelantos científicos no siempre representan adelantos en humanidad. Tenemos la experiencia de que el crecimiento y refinamiento de la ciencia, con todos sus resultados espectaculares, expresan la grandeza y posibilidades de los sabios pero sus beneficios quedan muchas veces tan circunscritos que no se puede decir que hayan hecho más sabio al género humano. Hoy

como ayer millones de hombres se quedan sin respuesta, alimentándose de las migajas, abandonados a su suerte. En muchos casos se constata que el poder manipula la ciencia y, por su intermedio, maneja el destino del hombre. *Lo cual es particularmente doloroso en el caso de las generaciones jóvenes que serán el mañana sin poder ser el hoy.* La crisis de la juventud con respecto a su futuro es hoy gigantesca. Don Bosco la vivió en su tiempo, no por incipiente menos grave.

LA GRAN VERDAD

Su respuesta la maduró en su experiencia del mundo juvenil, en el conocimiento profundo de sus necesidades, en la constatación científica de los hechos, sus causas, sus consecuencias. Trazó, entonces, su proyecto educativo con una gran verdad como punto de partida e inspiradora de toda su acción, de su método y de sus metas: *LA VERDAD DEL HOMBRE HAY QUE PENSARLA CON EL CORAZON.* Su escuela pedagógica asimiló muchos esfuerzos humanos, se valió de experiencias comprobadas como válidas, hizo acopio de los adelantos de su época, pero tuvo un perfil muy nítido que le dio Don Bosco quien fue trazando sus propios caminos, inéditos en muchísimos aspectos y con metas absolutamente claras para ayudar a sus muchachos a superar los obstáculos que se oponían a su plenitud humana. No fue un educador más entre los de su época. Como educador, hay algo que distingue y

caracteriza a Don Bosco, en lo que ha sido único: *Don Bosco, educador juvenil, ¡ES EL GENIO DEL CORAZON!*

Se abrió así franca y real la proyección de la esperanza y del optimismo. . . como en la convocación con que Dios llama a cada hombre a la vida. Nos lo expresa con diafanidad nuestro Rector Mayor, P. Egidio Viganó: “. . . miró a los jóvenes no sólo porque estaban abandonados, ni sólo porque eran pobres y preteridos, ni sólo porque eran los últimos y víctimas de estructuras inadecuadas, sino también y de forma intensa que impregnó todo su método, porque intuyó y valoró la riqueza de su corazón, portador de nuevos valores en la esperanza. De ahí que su convivencia con ellos le estimulara a crear un ambiente de alegría basado en convicciones de verdadera posibilidad de éxito. No fue augur de catástrofes ni contestador amargado, amasijo de pesimismo y agitador de tristezas. Se presentó como discípulo del Señor en la alegría, heraldo de los mensajes de la victoria pascual, lleno de fe en las energías juveniles sin arrugas ni canas, guía de nuevas levadas que caminan en busca de la verdad salvífica atraídas por grandes ideales y animadas por aspiraciones generosas”.

“PORQUE ME AMASTE ME HICISTE AMABLE”

Esta expresión de San Agustín sintetiza admi-

rablemente la VERDAD DEL HOMBRE. *El hombre es verdad porque Dios lo ama de verdad.* Y es la verdad de la que tenemos que ser portadores y comunicadores en la escuela de Don Bosco: “Signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres” dicen las Constituciones Salesianas.

La razón de signo de Don Bosco la tradujo operativamente en *la asistencia*. Profundicemos aquí su calidad de *encuentro*. Había hallado a los muchachos a la deriva, sin metas hacia donde dirigirse. Convocados a la vida y a la relación de amor con Dios —el sentido pleno y total de la gracia— se veía interrumpido, entenebrecido este *proceso vocacional*. Habían quedado envueltos en la ausencia: hay circunstancias que no permiten escuchar el llamamiento. Es cierto que se puede acallar la voz de Dios. Situación de *no-encuentro y hasta de des-encuentro*. No hay ausencia de Dios. El Dios de la Biblia es *el muy cercano* (Sal. CXIX, 151), cuyo espíritu está en todas las cosas (Sab. XII, 1), es *el Emmanuel, Dios con nosotros* (Is. VII, 14). Lo que sí hay es ausencia con respecto a El, no percepción de su presencia. Es la situación que hay que transformar. . . (en el sueño de los 9 años las fieras se truecan en corderos. . .).

Don Bosco lo comprendió muy bien y optó por renovar, reconstruir para sus muchachos el proceso divino de la convocación a la vida en el

que Dios está siempre presente, algo más, expresión por antonomasia de la presencia y del amor de Dios. Desde que Dios llama a la vida su amor es *Providencia* que vela por sobre sus creaturas, que provee a sus necesidades, que les da el alimento a su debido tiempo. . . porque es “fiel a sus palabras y amoroso en todas sus obras” (Sal. CXLV, 13).

La misión de Don Bosco es *personificar para sus muchachos el amor providente de Dios*: “El hombre venerando. . . —dice del sueño de los 9 años— me llamó por mi nombre y me ordenó ponerme a la cabeza de aquellos muchachos”. En otras palabras, le confió a los que amaba; la Señora, de quien el Personaje que interpela a Juanito se identifica como Hijo, los llama, a su vez, “*mis hijos*”. Se establece una fraternidad muy significativa.

“No con golpes”. . . si de golpes estaban saturados porque la vida había golpeado inmisericordemente a muchos de ellos. . . y sus blasfemias sólo expresaban la ausencia del amor en sus existencias, la no experiencia de la ternura de un Dios amoroso y providente.

“. . . Sino con la mansedumbre y el amor. . . *te los harás amigos*”: la interpelación, el amor que convoca a quien es amable, es decir, digno de amor y capaz de amar. La amistad ostenta en este sueño-visión de Juanito Bosco el más profundo sentido religioso. Por una parte, está pre-

sentada en la dimensión de la “preciosidad de la virtud” y contrapuesta al pecado. Por otra parte, es evidente su calidad de “re-ligare”, o sea, el “re-encuentro” para un *proceso de relación* que parte de Dios. La Señora, que junto con su Hijo, convoca a Juanito para una gran tarea, le señala *como campo de su acción* el grupo de los muchachos alegóricamente representados por los animales feroces que se transforman en corderos. El campo es el grupo humano.

Los Personajes del sueño llaman a Juanito a hacerse cargo de *la iniciativa y del protagonismo de una amistad*. Es el significado pleno de la misión de Don Bosco: *es enviado a ser amigo de los jóvenes. Lo cual sólo puede realizarse estando en medio de ellos y entrando en relación personal con cada uno*: y esto sí que lo entendió Don Bosco cuando se encontró con generaciones de muchachos convertidos en masa informe por la miseria y en anonimato por el abandono y la soledad. “Al ver que a la juventud la amenazaban grandes peligros —comenta de Don Bosco el teólogo luterano Walter Nigg— comprendió que debía ser ayudada y que sólo acercándosele con señales de amistad podría ser salvada”. Para enfrentar tan tremendo problema, el de la generación futura, *la actitud de Don Bosco fue el Sistema Preventivo y su concreción, la asistencia*. Desde la misión es como podemos entender la santidad de Don Bosco, *no sólo como santidad personal sino como una nueva forma de santidad*

y como génesis de la santidad juvenil. La fidelidad de Don Bosco al llamamiento de Dios lo pone con facilidad fuera de los moldes eclesiales tradicionales y en contravía en relación con dinamismos sociales degradantes pero que parecen tan normales en una cultura de la desigualdad humana y social que entonces se iniciaba y que hoy se ha agravado infinitamente pero camuflada en las justificaciones de la competencia y de la meritocracia. La realidad que tuvo que descubrir Don Bosco fue no sólo de abandono sino de rechazo a los muchachos pobres, identificados muchísimas veces con “la canalla”, menospreciados por ser precisamente jóvenes, es decir, inútiles económicamente para el sistema. Estorbaban porque eran perturbadores de la realidad. Para ser su amigo y para hacérselos amigos, *Don Bosco creyó en ellos y se colocó para siempre a su lado, para estar junto a ellos.*

Con esta presencia Don Bosco asumió los designios divinos y se hizo responsable del plan de Dios sobre los jóvenes; se apersonó, para su cumplimiento, de “ese plan de Dios que subsiste por siempre y de los proyectos de su corazón para todas las edades” (Sal. XXXIII, 11). Como amigo de los jóvenes, *se hizo intermediario de Dios.* Y, en este sentido, *del amor preventivo de Dios.* Esto encierra toda la gratuidad de la convocación para entrar en el ámbito de la amistad divina y dejarse colmar de sus beneficios. Y le da *a la asistencia* las características con que Don Bosco

la vive y nos la transmite: la sonrisa, la bondad, la presencia incansable, la entrega incondicional, el amor divino-humano en toda su plenitud, perceptible, sensible.

Viene tan al caso, a este respecto, lo que comenta el teólogo Leonardo Boff sobre la gracia como actitud de benevolencia: “Una persona muestra la gracia y lo que ella significa *relacionándose con los demás de manera amistosa*: es benévola, cariñosa, acogedora, simpática con todos; es buena y benevolente no porque lo sean los otros, sino porque es así por actitud. *Es acción que brota de dentro, es modo de ser. No es re-acción ante la bondad de los demás.* La gracia designa la actitud nativa y originaria de la persona; no es reacción ni fruto obligado de la bondad de los demás. Evidentemente, esta gracia debe superar la tentación que constituye la maldad de los otros y la cerrazón de las situaciones malévolas. Cuando, pese a todo esto, la persona continúa mostrándose amorosa, benévola y abierta, dispuesta siempre a mantener una relación amistosa con todos, entonces aparece el verdadero sentido de la gracia como acción y actitud fontal que no se deja dominar por la malicia que viene de fuera. De ahí que el Nuevo Testamento pueda hablar de la misericordia de un Dios que no se deja limitar por la maldad de los hombres. Dios es amor y sigue amando a los malos e ingratos (Luc. VI, 34), continúa en su *actitud* de gracia frente al hombre”. Dicha acti-

tud de gracia es la del Sistema Preventivo, concretado en la *asistencia* con todo su contenido y traducción de amistad en nombre de Dios y transmisora de Dios.

La asistencia no es, pues, un método pedagógico sino la expresión del amor de Dios por cada uno de los jóvenes, la manifestación de la ternura y de la benevolencia divinas, la empatía de Don Bosco con los anhelos y expectativas de Dios con respecto a los muchachos. Por eso para definir y comprender la santidad de Don Bosco hay que mirarlo entre sus muchachos. Y sin esta presencia-asistencia no hay ni puede haber santidad salesiana.

Lo que no constituye, en modo alguno, una acción unilateral. *La gracia no es una imposición sino una convocación a la amistad.* En el lenguaje divino hablamos de "alianza". La iniciativa en nombre de Dios, lo mismo que la iniciativa de Dios en cada creación, espera una respuesta: se trata de entrar en el dinamismo de la reciprocidad. La iniciativa de Dios sólo es camino cuando encuentra acogida. "Contad con que todo lo que yo soy —decía Don Bosco a sus muchachos en unas buenas noches— *lo soy para vosotros, día y noche, mañana y tarde, en todo momento.* Yo no deseo otra cosa que vuestro bien moral, intelectual y físico. *Para triunfar en esto, necesito vuestra ayuda; si vosotros me la dais, os aseguro que la del Señor no faltará* y entonces tened la

certeza de que haremos grandes cosas". Don Bosco interpela directamente al corazón. Y el secreto del éxito de Don Bosco, como se afirma, es su aguda intuición del corazón juvenil: está convencido de que la confianza engendra confianza y que el amor que el joven siente y recibe lo lleva al amor sin condiciones ni fronteras. Lo nuevo, lo propio, lo específico de Don Bosco, resalta agudamente el P. Rodolfo Fierro Torres, es "haber fraternizado con los hijos del pueblo para elevarlos a la dignidad de hijos de Dios". *La presencia de Don Bosco entre los muchachos tiene que ser definida y comprendida como una convocación a la santidad*: es interpelación, llamamiento, compañía, ayuda, conducción, marchar juntos, compartir, crecer juntos. . . esbozo, proyecto, realización de la primera escuela de santidad juvenil en la historia de la Iglesia. "Ponte a la cabeza de esos muchachos. . ." se le había ordenado.

"DEBES HACERLO POSIBLE . . . CON LA ADQUISICION DE LA CIENCIA"

El discurso de la ciencia ocupa un lugar preponderante en el sueño vocacional de Don Bosco. La relación con lo que se le manda a Juanito, es decir, con la misión que el Personaje del sueño le confía, es evidente.

Juanito ha manifestado su desconcierto.

“Aturdido y espantado dije que yo era un pobre muchacho e ignorante”.

Y expresó luego toda su sensación de impotencia: “¿Quién sois para mandarme estas cosas imposibles?”.

Las respuestas del Personaje no eran para disipar las perplejidades de Juanito. Para él seguirían siendo objeto de interrogantes. Eran parte de la apertura vocacional que este sueño, hito importantísimo en su vida, inauguraba. Juanito tendría que ir resolviendo el misterio de su vida, luchando por encontrar claridades, buscando caminos. Y a fe que lo hizo. De todos modos, como las respuestas a que aludimos no sólo tienen que ver con la vocación concreta y personal de Juanito Bosco sino también con la misión salesiana que recibimos en herencia, para nosotros son veneros de reflexión, precisamente ahora cuando nos asedian enormes dificultades en nuestra responsabilidad de realizar en estos tiempos y para estos tiempos el PROYECTO de Don Bosco.

La adquisición de la ciencia que se le propone a Juanito para hacer posible lo que parece imposible no es propiamente una contraposición a la ignorancia que él confiesa y que lo hace sentirse “incapaz de hablar de religión a esos jovencitos”. Esta era la situación de un muchachito campesino con muchos anhelos de conocimientos ciertamente, pero con perspectivas demasiado

inciertas al respecto. En este sentido, el concepto de "ciencia" con toda seguridad no pertenecía a su léxico. Entraría en éste más tarde y Don Bosco ocuparía un puesto notable y hasta descollante por sus conocimientos y por promover a sus hijos, salesianos y alumnos, hacia metas de alta preparación científica y técnica. Sin embargo, no es la adquisición de conocimientos la que nos da el sentido del sueño.

— "¿Dónde y cómo podré adquirir la ciencia?" fue la reacción de Juanito Bosco ante la respuesta recibida.

Si pensamos que todo llamamiento divino entra en la perspectiva de la fe, Dios no se comunica para dejar en un laberinto. Es cierto que el camino de la fe es oscuro pero no por ello deja de ser seguro. La palabra "misterio" que expresamos para abordar el destino del hombre, el esfuerzo de su mente y de su corazón para encontrar a Dios, para entrar en sintonía con El, es algo muy opuesto a la confusión. La relación con Dios es esencialmente y por encima de todo algo que se inicia porque Dios así lo quiere. Se llega a Dios porque El se revela, el primero. Se busca a Dios porque El ya se hizo encontrar. Dios nos revela su esencia: *SER AMOR no como un concepto que se transmite sino como una experiencia que nos hace vivir, como una presencia que podemos percibir, como Providencia que nos acompaña.* Todo nos lleva a confesar a Dios

no en abstracto sino como *ligado a nosotros* (etimología ya expresada de religión como re-ligare). La religión es así esencialmente lo que Dios hace por nosotros hasta la culminación, lo supremo, en el Emmanuel, Dios con nosotros.

A Juanito Bosco se le promete que comprenderá. Pero si se le habla es para que comprenda. El concepto de ciencia en el sueño no aparece solo. Hay un binomio: obediencia y ciencia. Podemos pensar en una apelación a la experiencia ya vivida y acumulada por Juanito en sus escasos 9 años. La obediencia nos remite a su relación profundísima con Mamá Margarita, relación llena de ternura, dinamismo espléndido de conducción pedagógica que constituyó el ambiente en que se fue forjando la personalidad del santo. Ella sí que había sido para su hijo la mejor expresión de la Providencia. Luego lo sería, en el corazón de la obra de Don Bosco, para cada uno de sus muchachos. Hoy toda la Familia Salesiana para ahondar en su espiritualidad y para comprender y amar más a Don Bosco tiene que evocar la memoria de Mamá Margarita *tan presente* en la vida y obra de su Juan.

Esta relación no sólo estuvo impregnada de ternura y de firmeza sino del sentido de Dios. Para Juanito fue, sin duda alguna, una experiencia de la bondad divina. Y esto fue para él una gran lección. De la misma y de los labios y ejemplo de Mamá Margarita, *aprendió a Dios como*

verdad y, sobre todo, la gran verdad de Dios: que nos ama de verdad. La filiación divina no la aprendió como concepto sino como experiencia. Los conceptos vendrán después. Juanito se preocupará por ellos. Lector bisoño se volcará sobre el catecismo. Adolescente, hará de la escuela una meta y buscará ávidamente los conocimientos como requisito para el logro de su anhelo sacerdotal. Habrá aceptado la ciencia y la amará en función de sus ideales. Pero el Juanito de los 9 años, fruto de la “escuela” de Mamá Margarita, más que la ciencia encontramos la sabiduría, don de lo alto, esa de que nos habla la Escritura como sentido de Dios y percepción de su amor.

La respuesta del Personaje del sueño nos da pie para enrumbar nuestra reflexión en esta dirección: “Yo te daré una maestra bajo cuya dirección puedes hacerte sabio y sin la cual toda sabiduría no es más que necedad”. Don Bosco, y con él la tradición salesiana, siempre han identificado en la maestra a la Virgen María. Es la misma Señora del sueño a la que el Personaje remite a Juanito presentándose como su Hijo. Ella lo toma de la mano y le da las primeras consignas: “Hazte humilde, fuerte y valiente”, le promete que comprenderá todo y bondadosamente le pone la mano sobre su cabeza. Empezaba a ser su maestra.

Don Bosco sentirá siempre la protección maternal de María, su manto sobre el Oratorio y

cada una de sus obras, su intervención directa en el hecho salesiano, su conducción en los caminos difíciles. La presentará a sus jóvenes en una relación maternal especialísima con cada uno de ellos. La advocación de AUXILIADORA la sentirá, vivirá y propagará como la síntesis más preciosa del modo de pertenencia de María en el plan divino de la redención y como la expresión más completa de la maternidad divina: la que trae al mundo a Cristo y *es ejemplo de fidelidad a Dios*; y de la maternidad para con nosotros en el orden de la gracia, con la que nos demuestra y nos da el amor que Dios nos tiene, y *es luminoso ejemplo de servicio*. María, AUXILIADORA de Dios y de los hombres, *es maestra y modelo de toda asistencia*.

Esta dimensión del *auxilio de María*, que no es otra cosa sino su protagonismo vocacional en la obra de Jesús, nos la presenta el Documento de Puebla en pocos renglones de inefable grandeza y de sin par profundidad: “María, Madre, despierta el corazón filial que duerme en cada hombre. En esta forma nos lleva a desarrollar la vida del bautismo por el cual fuimos hechos hijos. Simultáneamente ese carisma maternal hace crecer en nosotros la fraternidad. Así María hace que la Iglesia se sienta familia” (295). La filiación mariana será siempre una de las características de Don Bosco, vivida tan intensamente, que la tenemos que considerar esencial en su espiritualidad. Y toda su acción apostólica, la fra-

ternidad que señala Puebla, es la expansión y comunicación de esta *marianidad*. Es en referencia a la maternidad de María, sobre todo en las dimensiones expresadas, como Don Bosco dice: "Ella lo ha hecho todo".

La trascendencia que se da en el sueño *a la maestría de la Virgen*, sin cuya dirección toda sabiduría se convierte en necedad, revela a las claras que no estamos en el campo del conocimiento humano. María es maestra como portadora y dadora del Verbo, revelador que es del misterio de Dios. Por eso la Iglesia la alaba como "*sede de la sabiduría*". Su maestría para Juanito no es enseñanza; tiene carácter de revelación y entrega. Así María lleva a Juanito de la mano para que, como se dice de Jesús en el Evangelio de San Lucas, crezca y se fortalezca, "llenándose de sabiduría. . . y de gracia. . . ante Dios y ante los hombres (II, 40, 52).

El sueño fue encaminando a Juanito en la experiencia del amor de la redención. Este se fue haciendo cada vez más objeto de su contemplación. Vivía así la presencia de Dios y en ella la voluntad divina que quiere lo óptimo para cada uno de sus hijos. En presencia de los muchachos a los que Dios lo enviaba se sintió conmovido porque no tenían la experiencia de Dios. Había comprendido que DIOS NOS PIENSA CON EL CORAZON y se decidió a ser el maestro de esta gran verdad. Quizás sus muchachos sabían que

hay Dios. Pero no sentían que los amara. Había que demostrárselo, convencerlos. No era cuestión de conceptos. Era experiencia. Dócil a la conducción maestra de María, *se hizo presencia entre los muchachos*, como expresión de la bondad divina, como apelación a su capacidad de amar, escondida para muchos y aun casi desaparecida. Tal es el sentido de su pedagogía de la amistad para con los jóvenes que no es otra cosa sino “el amor erigido en sistema”. Su experiencia de la presencia de Dios la tradujo en la presencia-entrega entre los jóvenes que él llamó tan sencillamente *asistencia*.

Es lo que *convence de santidad* y crea convergencia al rededor de la misma, por encima de diversas experiencias eclesiales cristianas, como lo proclama exultante el ya citado teólogo luterano Walter Nigg: “El amor divino fue en él un viento impetuoso que penetró en el amor humano. El ágape arrasó todas las dificultades y nada pudo detenerlo. Por su inmensa capacidad de amar, *Don Bosco se hizo un loco de amor, en forma tal que en la historia de la Iglesia es considerado uno de los más grandes santos del amor*. Su amor desbordante nos induce a hablar de un sacramento del amor al prójimo, una expresión si se quiere rara e insólita pero acertada. En el santo de Turín el amor hacia los más pobres presentó realmente el carácter de un sacramento. Era evidente en él la fuerza irresistible

ble del amor, la irradiaba y vivía en función de ella”.

En el espíritu de la carta de San Juan podemos afirmar que los muchachos de Don Bosco empezaron a creer en el amor de Dios que nos amó primero al tener y sentir a Don Bosco con ellos. (Cf. I Juan, IV).

UN SIGLO DESPUES

“Querido santo —exclamó el Papa Juan Pablo II en una de sus homilías al visitar el escenario en que vivió y trabajó Don Bosco— qué necesario nos es tu gran carisma. Aunque nos dejaste hace cien años, sentimos tu presencia en nuestro hoy y en nuestro mañana”.

Es una plegaria que tiene la dimensión de la Iglesia universal y brota de lo que experimenta la Iglesia en su inserción en el universo actual: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren. . .”.

Hablamos de *universo* en referencia al mundo y a la humanidad. Tal vez podemos decir que *los abarcamos*. Creemos que los conocemos. Los sentimos tan cerca. Los medios de comunicación los han puesto de tal manera a nuestro alcance que el prójimo ya no es únicamente el vecino

("proximus") sino el hombre, simplemente el hombre, cualquiera sea la latitud en que se encuentre.

El concepto *universal* se emplea en muchas dimensiones y fundamentalmente con una connotación positiva: involucra y representa logros del esfuerzo humano en creación de respuestas a los anhelos del hombre, como solución a sus necesidades, como creadores de nuevos valores y perspectivas de crecimiento. Así se habla de valores universales tales como la libertad, la democracia, el bienestar, la persona humana, los derechos de la misma, etc.

Todo lo cual está en relación directa con el principio de la universalización de la ciencia. Esta concreta la inconmensurable experiencia de la humanidad en su avance en el tiempo y el espacio y en su lucha por vivir, lo mismo que toda la capacidad de modificar y transformar la existencia, capacidad que parece no tener límites, como tampoco los tienen los deseos de las personas y grupos. La ciencia constituye, en este contexto, un modelo obligado de referencia en cuanto, se tiene como axioma, brinda lo mejor para la humanidad toda.

La educación se reconoce también como una necesidad universal, un derecho de todos y de cada uno. Los sistemas escolares han surgido como una realidad también universal. Y, como ya hemos subrayado, han aparecido y se han es-

tablecido pedagogías de proyección universal, con su cristalización en modelos y sistemas ideales.

Habría que citar muchas otras dimensiones de la perspectiva y universalización del progreso. Unas ya existen en la realidad. Otras están germinando y bullen en la inquietud humana y serán realidad. *Con todo siempre queda el misterio del hombre y su deseo de ser misterio: ¿hasta qué punto se podría válidamente hacerlo objeto de respuestas universales, sujeto de metas universales?*

También está la otra cara de la moneda que ostenta igualmente dimensiones universales: se expanden acumulativamente la pobreza y sus consecuencias de subdesarrollo humano, las tensiones sociales y se agravan de manera muy notoria los problemas del universo juvenil con todas sus formas de marginamiento y conductas desviadas especialmente en las naciones bienestantes y con las de violencia y muchas otras expresiones de la desesperanza masiva en los países pobres. Y ha crecido en proporción inconmensurable la posibilidad de aniquilamiento de la vida humana y de toda vida sobre el planeta como fruto del armamentismo en expansión.

HACIA UNA UNIVERSALIZACION DE LA ESPERANZA

El Vicario de Cristo, en nombre de la Iglesia

cuyo camino es la humanidad, y con toda su autoridad, nos ha convocado a todos los que formamos la Familia Salesiana y nos ha enviado a insertarnos, como Don Bosco, en el corazón de las necesidades actuales: “*Sed siempre y doquier misioneros de los jóvenes. Educad con la mirada puesta en Cristo, divino educador del pueblo de Dios, como hizo Don Bosco. Hoy se necesita, más que nunca, un método pedagógico que sepa tomar las aportaciones de las ciencias humanas, elevándolas al nivel vivificante de la caridad pastoral. Hay verdadera hambre de sabiduría pastoral que no se contenta con descifrar e interpretar al hombre, sino que se dedica eficazmente a transformarlo a la luz de los fines y con la fuerza de los dinamismos que Dios puso en el corazón de la Iglesia y de la humanidad. En este campo Don Bosco es verdaderamente un testigo, un padre y maestro que puede iluminar la labor actual de la educación, a fin de que responda a las graves interpelaciones del mundo moderno*”.

Podemos decir que la Iglesia *renueva nuestro envío y reitera nuestra misión hacia los jóvenes*, al tiempo que expresa la necesidad, la autenticidad y validez del carisma salesiano como gracia eficaz de Dios para los “gozos, esperanzas, tristezas y angustias” de la humanidad. Llama al carisma salesiano a completar la ciencia con la dimensión de la trascendencia y a transformar al hombre ayudándolo a crecer “en sabiduría y en

gracia". Nos pide creer en los jóvenes como semilla del mañana, portadores de esperanza, capaces de renovación.

Y, sobre todo y por encima de todo, nos pide creer en Don Bosco como la Iglesia cree en él al proclamarlo y declararlo el Sumo Pontífice, en virtud de su potestad apostólica, ¡PADRE Y MAESTRO DE LA JUVENTUD!

Don Bosco lo es estando entre los jóvenes. Lo hizo en su vida que les dedicó hasta el último instante. Ahora les entrega su eternidad. *Ser padre y maestro es su modo de amarlos. Don Bosco es el prototipo de la pedagogía del amor y la amabilidad y el sabio del corazón.*

La proclamación del título con que el Papa establece que sea honrado e invocado en la Iglesia, nos dice nuestro Rector Mayor P. Egidio Viganó, "encierra, en síntesis brevísima pero certera, la calificación más autorizada de la vocación y misión de Don Bosco y de su carisma en el pueblo de Dios. Podemos afirmar que constituye un reconocimiento eclesial de su Sistema Preventivo".

Se nos creció Don Bosco. Un siglo después de la humildad del Oratorio de Valdocco, "ha llegado a ser un don para la Iglesia universal, superando los confines de nuestra Congregación", escribe el P. Pedro Braidó. *Se ha convertido en un*

valor universal, fuente de esperanza, faro luminoso, profeta de la sabiduría del corazón. Con Don Bosco la Iglesia se descubre a sí misma mirándose en los jóvenes.

Volvamos a vivir en medio de los jóvenes para que perdure en la vida de la Iglesia el carisma salesiano y sienta la presencia de Don Bosco en el hoy y en el mañana.

IV. VADE MECUM

Es una expresión de vigor incomparable. Constituye un momento muy particular y definitivo en el itinerario vocacional y específicamente en la respuesta que exigen las circunstancias. Podemos decir *que completa y concreta el llamamiento de Dios*. Este *VEN CONMIGO* es la interpelación de los destinatarios de la misión.

“Pablo tuvo una visión, —narran los Hechos de los Apóstoles—. Un macedonio estaba de pie suplicándole: Ven a Macedonia y ayúdanos. En cuanto pasó la visión, inmediatamente intentamos pasar a Macedonia, *persuadidos de que Dios nos había llamado para evangelizarlos*” (XVI, 9-10). Es el paso a la acción apostólica.

Transcurrió tiempo entre el sueño de los 9 años y el *VADE MECUM* de los destinatarios de Don Bosco. Pero es un proceso en que sobresale una admirable unidad. Está caracterizado por

varios hitos que, de ninguna manera, son meros momentos efímeros y, menos aún, aislados los unos de los otros. Por eso no podemos comparar el juicio de Walter Nigg, en su por demás bellísima presentación de la santidad de Don Bosco como la santidad para los tiempos modernos: "Evidentemente este sueño infantil (el de los 9 años) contenía el germen de la obra de Don Bosco; pero como no lo entendió no es lícito interpretarlo como *vivencia vocacional*". Ya hemos subrayado en nuestra reflexión anterior que el Señor le habló a Juanito con interpelaciones a experiencias de vida que le eran muy propias. La promesa de "a su tiempo lo comprenderás todo", que se refiere a la culminación del camino, no niega la comunicación-intelección del sueño. La vivencia vocacional no se identifica con supremas claridades. La infancia y la niñez de Juanito no quedan al margen de la conducción de Dios y de la intervención de María que luego serán una conciencia clara y permanente en la vida apostólica adulta. La vivencia de los estadios infantiles y de la niñez en los que Dios ya estaba preparando a Juanito para su apostolado futuro eran, por lo tanto, vivencias vocacionales. Estas no son conscientes en los períodos iniciales pero lo van siendo poco a poco. Eso sí, hay en ellas un profundo dinamismo vocacional pues es Dios quien está en acción en el *llamamiento* que hace y en la *preparación-consagración* de quien tiene ya una misión para cumplir en el porvenir, misión que Dios conoce perfectamente.

El sueño de los 9 años es un hito maravilloso, especialísimo en el camino vocacional de Juanito. Sabemos cómo lo marcó: precisamente por su carácter de novedad pero no como algo completamente extraño. En cierto modo fue un punto de llegada de su infancia y un punto de partida como preludeo y anuncio de lo que Dios quería y que Juanito tendría que ir comprendiendo y buscando analizar.

Los caminos de la búsqueda humana son oscuros pero están siempre bajo la luz de Dios: en esta dimensión tenemos que situar las vivencias y las comprensiones. De todos modos, el Dios de amor y de bondad siempre está actuando con sus dones en nuestra vida y haciendo de nuestra vida un don. Pero su acción aquí siempre la “vemos como en un espejo, en enigma” y sólo cuando “venga lo perfecto . . . veremos cara a cara”, es decir, entraremos en la adoración y agradecimiento eterno de ese Dios que realizó su plan en nosotros y por nuestro intermedio. Será, entonces, *la claridad eterna de la eterna claridad*. (Cf. I Cor. XIII, 12).

En este *claro-oscuro divino-humano reside el mérito de la fidelidad*. Y ésta es por esencia búsqueda, intención de entender, esfuerzo por acertar, petición y compromiso del “hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. Hay todo un dinamismo de comunión desde el extremo humano con el misterio de Dios. *Dios se revela haciéndose buscar*.

Y Don Bosco consagró sus primeros años después de ordenado y las primicias de su vida sacerdotal a lo que expresa el salmista: "En tus ordenanzas quiero meditar y mirar a tus caminos" (CXIX, 15). Era el diálogo intenso con ese Dios que afirma "Yo digo: mis planes se realizarán y todos mis deseos los llevaré a cabo" (Is. XLVI, 10). Fueron los años del Convictorio Eclesiástico bajo la dirección espiritual de San José Caffasso. Don Bosco los sintetizó en una frase muy significativa: "Se aprendía a ser sacerdotes". Por esta intensificación de su formación sacerdotal, había dejado de lado las posibilidades instaladas de ejercicio ministerial en función del logro y mantenimiento del "status clerical". Lo mismo que las formas tradicionales de cura de almas, entonces desafiadas por problemas nuevos, antes impensados. Desde la perspectiva sacerdotal enriquecida por una vida de oración intensa y por la profundización de los estudios de teología (¿hoy en día hablaríamos de estudios de postgrado?) Don Bosco se fue insertando en una nueva realidad cultural y social que se abría delante de él: la de Turín, en la ebullición de una rapidísima transformación, lo que significaba un enorme salto cualitativo con respecto al ambiente en que había nacido y crecido nuestro Padre.

**"TUS HERMANOS ESTAN FUERA Y TE
BUSCAN"(Mc. III, 32).**

Los métodos científicos actuales privilegian *la*

observación participante. Don Bosco sí que la practicó. Leyó la realidad circundante entrando en ella: calles, plazas, mercados, ferias, canteras, fábricas, construcciones, fondas, inquilinatos, hacinamientos humanos, cinturones de miseria desbordantes de malestar social . . . Y todo lo iba reflexionando delante de Dios: después de mirar el rostro de la ciudad, escrutaba el rostro de Dios para preguntarle: *¿Qué tengo que hacer?*

Algún día había dejado volar su mente hacia las tierras de misión y soñado con grandes travesías para la implantación de la Iglesia. También se había sentido atraído por la paz conventual franciscana. Examinó en el contexto de la nueva cultura las instituciones de beneficencia con que la Iglesia se prodigaba por las necesitados con las obras de misericordia. Y hasta sucedió que, en toda la plenitud de su caridad sacerdotal, en una ocasión subió al cadalzo para hacer menos amargo el final de un pobre desgraciado al que la justicia humana se arrogaba el derecho de quitarle la vida: pero fue demasiado para Don Bosco, quien se desmayó, se enfermó luego y tuvo que concluir que no podría seguir en ese servicio ministerial las huellas de su director espiritual el Padre José Cafasso, conocido como “el sacerdote de la horca”, por su caridad para con las víctimas de tamaña aberración.

Pero en ese deambular apostólico y de búsqueda, el fenómeno juvenil era el que más atraía

su interés. Juan Bautista Lemoyne, uno de los biógrafos de nuestro Padre, describe lo que Don Bosco descubrió como un verdadero mercado *de brazos juveniles*: “El barrio vecino a Porta Palazzo era un hormiguero de vendedores ambulantes, vendedores de cerillas, limpiabotas, limpiachimeneas, mozos de cuadra, expendedores de folletos, mozos de cordel para el mercado, todos pobres muchachos que trampeaban como podían la jornada”. Los muchachos pululaban por todas partes. Pero ese no era el fenómeno que preocupaba a Don Bosco. En esa época de alta natalidad y no muy larga esperanza de vida, la población era masivamente juvenil por la edad. El fenómeno doloroso era el de la nueva organización social que desplazaba multitudes y confinaba a los muchachos en el abandono: la pobreza, en todos sus ambientes, se llenaba de muchachos. Se les estaba acabando la vida. Don Bosco rememoró su niñez y su juventud campesina: había pobreza pero había esperanza. Esta comenzaba a escasear de manera alarmante ahora.

No era fácil acercarse a estos muchachos golpeados por la vida. La actitud predominante era la desconfianza que se traducía en rechazo. “Se tropezó —dice su sucesor el hoy Beato Miguel Rúa— con muchos jóvenes de todas las edades que vagaban por calles y plazas, especialmente en los alrededores de la ciudad, jugando, riñendo, blasfemando y haciendo de todo”.

Se delineaba un problema social inmenso. Don Bosco lo fue comprendiendo. En términos sociológicos hoy hablaríamos de costos sociales y políticos. Es una jerga científica que generalmente se expresa en estadísticas anónimas. Los porcentajes no suelen conmover mucho. Es que o no expresan o hasta esconden pavorosas tragedias humanas. Estudiosos contemporáneos hablaron de la ley de bronce, de la plusvalía; los empresarios de racionalidad económica, de inversión y de lucro. El ser humano quedaba expresado en términos de “poseedor o desposeído. . . de capaz por su talento o de incapaz”, como sinónimo de pobre. Y por las mismas calles que recorría Don Bosco, se paseaba Federico Nietzsche, el de filosofía del “superhombre”.

Don Bosco midió las circunstancias, captó el problema. Pero no fue ningún analista social. Con todo, su *observación participante* lo llevó a conclusiones exactas. Esos crecientes contingentes de muchachos que vomitaba sobre Turín una rabiosa y forzada inmigración se estaban deshumanizando. Sobre ellos se cernían los peligros más espantosos. Muchos se podrían volver criminales. Estaban en la rampa que los llevaría a pavorosos estadios de degradación. Era un ambiente definitivo de perdición, condicionante también del destino eterno en que creemos por la fe. Hoy la ciencia le da toda la razón a Don Bosco: los análisis de la cultura de la pobreza demuestran con todo rigor científico que los ambientes

infrahumanos producen personalidades deformadas, seres despersonalizados, conductas patológicas e incuban toda clase de posibilidades de alta criminalidad.

Las cárceles que visitó lo hicieron estremecer de conmoción y angustia. Se demostraba la tesis. Allí estaban encerrados tantos muchachos a los que la sociedad les había negado todo y ahora la sociedad los castigaba por haber tenido que recorrer caminos vedados para sobrevivir. Del confinamiento a la cárcel de la calle habían pasado a la cárcel del estado. De ésta pasarían al cadalzo o volverían, mayormente degradados, a las circunstancias que los habían deformado humanamente, para volver nuevamente a las cárceles.

Todo esto se convirtió en el centro de sus preocupaciones. Se volcó del todo sobre la ciudad "para hacerse una idea sobre las condiciones morales en que se movían los jóvenes". Y éstas fueron la interpelación definitiva para Don Bosco. *No eran necesidades anónimas. Todas tenían rostros de muchachos, muchos de los cuales prematuramente ensombrecidos, sin sonrisa, aniquilados.* Como los que describe el Documento de Puebla en la realidad latinoamericana: "Rostros de niños golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables; los niños vagos y muchas veces

explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar. . . Rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación” (32, 33).

Cada muchacho, cada rostro concreto se convirtió para Don Bosco en un imperioso *VADE MECUM*, en un desesperado *S.O.S.* Como San Pablo, se encontró delante de su Macedonia y *decidió pasar, persuadido de que Dios lo llamaba.*

SOMBRAS BRILLANTES

Sería sacerdote para los muchachos. Era una entrega incondicional de su persona, irreversible. Ante tantas necesidades había que buscar una respuesta. Su opción fue constituirse en respuesta. Había llegado y se iba a quedar. Cuánta profundidad, cuánta entrega hay en una de sus expresiones favoritas: “*Aquí con vosotros me encuentro bien; mi vida es realmente estar con vosotros*”. Se incorporó a ese mundo juvenil, lleno de necesidades, que había descubierto. De semejante lección, dura y estremecedora, *había aprendido cómo ser sacerdote según Dios quería de él.* Su itinerario vocacional lo había llevado a este punto de arribo: fue la conjugación de una cantidad de experiencias, expectativas, dudas,

vacilaciones, consejos, plegarias, confrontaciones, descubrimientos, meditaciones y la *gran interpelación juvenil*. Por fin se hacía luz. Empezaba a entender como se le había prometido en el sueño. Era el campo que le había señalado la Señora de aspecto majestuoso. Ahora había que emprender la tarea por cumplir: la gran transformación.

Seguramente evocó muchas veces los contenidos del sueño: "Hacerlos amigos". Pero, ¿cómo si eran rostros endurecidos en un submundo cuyos mecanismos de rechazo experimentaba y sufría? Algunas simpatías se había ganado entre los muchachos de la cárcel que visitaba. "Pero, de repente, —dice uno de sus biógrafos— todo ha cambiado. De nuevo caras duras y voces sarcásticas insinúan blasfemias. Don Bosco no logra siempre vencer el desaliento. Un día rompe a llorar. Es un instante de duda". Pero no fue uno sólo. Fueron miles.

Mucho tuvo que invocar a la Maestra que se le había dado. La consigna ya era muy clara: "No con los golpes. . . sino con la mansedumbre y el amor". Pero la evidencia de las circunstancias a las que se tenía que enfrentar era *la de cosas imposibles*. Sí, había que dar una respuesta. Pero, ¿CUAL? No, el horizonte seguía envuelto en profunda oscuridad.

El encuentro de Don Bosco con esta brutal

realidad juvenil que lo interpelaba era también brutal, traumático y muy difícil. Comenta autorizadamente el P. Pedro Braidó: "Era una experiencia radicalmente nueva. Ciertamente, no le había preparado a ella el mundo rural en que había vivido, la escuela de Latín en Chieri, ni, tampoco, al menos prácticamente, la ciencia teológica del seminario. Para él es una nueva escuela que se inicia y no termina con las primeras experiencias, sino que, al contrario, el variar de épocas y circunstancias le obliga a una continua reestructuración del modo de ver la realidad y del correlativo modo de actuar en ella. Por otro lado, siendo un temperamento realista y abierto a las situaciones históricas, mente asimiladora por excelencia, Don Bosco, ya desde su niñez se muestra particularmente sensible a las reacciones psicológicas de sus compañeros. Por eso no ha de extrañar si, también más adelante, su rigurosa fidelidad a los ideales, objetivos y principios, no le impedirá percibir las necesidades, demandas y carácter de los destinatarios, o más bien, de sus jóvenes interlocutores, tan diversos a través del amplio arco de su actividad educativa (. . .) y en diferentes condiciones históricas, sociales y culturales".

La etapa acababa de comenzar. Y no era claro el camino. Por de pronto ya Don Bosco estaba en él. Su finísima sensibilidad humana no lo hizo enfrentarse a la masa. Sino en la dimensión *del cada uno*. No se trataba para él de un mon-

tón de necesidades sino de muchachos necesitados de un montón de cosas. Por eso privilegió la dimensión individual. Es lo que corrobora el oportuno comentario de Walter Nigg: “Don Bosco, adelantándose a los tiempos, supo intuir las necesidades sociales de la época moderna, que no consideró como simples ocupaciones de los políticos o economistas, con las cuales los cristianos no tuvieran nada que ver. No cabe duda de que, para él, los problemas sociales entraban en el misterioso plan de Dios y exigían una respuesta de parte de los cristianos. El había visto un hermano en cada muchacho huérfano y abandonado, al cual le salía al paso sin darse aires de bienhechor. El resorte interior que lo movía a la acción no era el humanismo, sino el amor a las almas y el afán de salvarlas”.

Había que hacer camino. No existía para los muchachos, la definición de cuyas circunstancias era precisamente que se les cerraba el camino. Las obras tradicionales de la Iglesia se iban quedando a la zaga, superadas y desbordadas por los acontecimientos. Muchos sacerdotes, religiosos educadores y laicos de buena voluntad o no se percataban siquiera de los nuevos desafíos de los problemas emergentes o preferían ignorarlos por temor a enfrentarlos, por una cierta dosis de cobardía o con pretextos de prudencia que más bien expresaban el miedo a su desacomodamiento en las posiciones a que habían llegado. Don Bosco, en su búsqueda y hallazgo de su campo

de acción, recibió la voz de aliento y el consejo autorizado de su santo director espiritual y empezó a ver cómo podría realizar la tempestad de pensamientos, sentimientos y soluciones que le asaltaban la mente al palpar y constatar la situación de los muchachos. Se sentía en un laberinto a este respecto. *Tuvo que reiniciar la búsqueda y ponerle la cara al mundo: inauguraba una nueva forma de santidad.*

Entrar a ese submundo de los muchachos ya era mucho. No eran aún sus muchachos pero tendrían que serlo. El ingreso de Don Bosco no fue anónimo sino supremamente personalizado y resuelto: había que hacer algo y lo iba a hacer aunque no supiera todavía qué. Fue un ingreso hecho con carácter de grave urgencia pues no se podía esperar. No tenía nada entre sus manos, no llevaba ningún regalo. Era él, con su sonrisa que, al decir del P. Alberto Caviglia, conocedor profundo del espíritu de Don Bosco, *“era la mitad de su pedagogía”*. Es que había que hacer amigos y él estaba dispuesto a ser amigo. *Y decidió marchar con los muchachos, buscar con ellos un rumbo, hacer camino con ellos, participar de las contingencias de la marcha y llevar el aporte de su esperanza a la desesperanza que los envolvía.* Se había convencido, y esto era obra de la gracia del Señor, que su camino para ir a Dios era ir a los jóvenes y caminar con ellos para ayudarles a encontrar los caminos de Dios.

Con esta actitud Don Bosco era la personificación del hombre nuevo, profeta de los tiempos nuevos. Y haría escuela. Tenía muy claro que se trataba de hacer crecer la persona de los muchachos, de ayudarla a comprender el valor de la comunidad humana, a ser protagonista del plan de Dios. *Por eso se propuso estar junto a cada uno, en relación de amistad personal.* Toda esta experiencia espontánea irá adquiriendo luego la forma de una espiritualidad consistente.

“Esta armonización de atención a cada uno —apunta con sabiduría el Cardenal Anastasio Ballestrero— para hacerlo crecer y convertirse en comunión de vida explica los rasgos característicos de espontaneidad, de libertad, de afectuosidad, de amistad que siempre hizo surgir en su compromiso con su misión, valorizando así los recursos naturales con que el Señor lo había enriquecido, pero también empeñándolo en un esfuerzo personal pesado y fatigante. Porque se dice con facilidad: era el santo del método preventivo, de la espontaneidad, de la amistad. Pero en un ambiente turbulento como en el que se veía obligado a trabajar, el dominio de sí, la entrega, el no dejarse nunca vencer por el cansancio, estar siempre alegre, eran itinerarios de perfección personal muy arduos para recorrer y para enseñárselos a otros”.

Con la llegada de Don Bosco al mundo juvenil de sus tiempos, *comenzó a despuntar la aurora*

para los muchachos. . . aunque para él la búsqueda seguiría siendo oscura y misteriosa, sembrada de dificultades, incomprensiones, desalijos. Pero era el camino en que iría acompañando a sus muchachos y acompañado por ellos. Caminar juntos: se iniciaba así la marcha de la amistad Don Bosco-grupo juvenil, que tendría que ser de bondad y alegría, de sinceridad y de mutua colaboración, de familiaridad y de optimismo, natural y sobrenatural. . . la marcha que la Iglesia nos pide a los que hoy somos la Familia Salesiana reiniciar, renovar, enriquecer, . . . en la perennidad del espíritu de Don Bosco. Es caminar con Don Bosco, siendo Don Bosco cuyo estar entre los jóvenes es, ante todo, y significa

UNA PRESENCIA TUTELAR

La asistencia salesiana como presencia tutelar es una inmanencia (im-manere = permanecer dentro) en el mundo juvenil pero como fermento, como levadura, es estar con los muchachos para ayudarlos a cambiar, a crecer, para conducirlos y acompañarlos a la trascendencia.

La trascendencia es una actitud y una meta. El sentido etimológico es muy rico: subir más alto. Entramos al mundo juvenil no para ser como los muchachos ni para que nos confundan con ellos. Tampoco para perpetuar la condición juvenil ni para reproducir actitudes, niveles, con-

textos de la misma. Las enormes crisis y contradicciones de los sistemas educativos, generadores, por lo mismo, de crisis juveniles dependen de su carácter reproductivo: como demuestran los estudiosos del tema (baste citar a los muy conocidos Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron), los sistemas educativos repiten los mismos moldes de la cultura que representan y de la sociedad a que pertenecen, sobre todo en sus defectos y son muy poco innovadores. De aquí que no sean promotores de jóvenes sino selectores de los mismos. Nuestra conciencia tiene que ser muy clara: llegamos a los jóvenes para lograr metas muy altas que sean la respuesta a las situaciones que los agobian impidiéndoles su realización. Queremos estar con ellos para innovar con los muchachos, para que sus condiciones cambien, para ayudarlos a progresar.

Esta dimensión tutelar de la asistencia salesiana implica un sentido de superioridad en el educador: no se trata de jerarquizaciones de tipo social y que exigen rendimiento de pleitesía. Menos aún de actitudes paternalistas que degradan al joven, lo infantilizan, lo estancan; no podemos llegar a los jóvenes a quitarles sus responsabilidades, dudando de sus capacidades: lo cual sería una velada manifestación de menosprecio. Tampoco significa que nos sintamos y creamos los banqueros de la vida, capaces de girar cheques de experiencia y de modelos de existencia.

No es la actitud que vemos en Don Bosco. La suya expresa su convicción de estar cumpliendo una misión de lo alto, de ser portador de la buena noticia, el Evangelio, de ser gestor de la esperanza para los muchachos, de estar a su lado en nombre de Dios y, por lo tanto, de ser para ellos presencia de Dios. Don Bosco se siente padre y pastor que transmite vida y que lidera. En esta conciencia está toda la convicción de la superioridad por el origen de la misión, por la gracia que encarna, representa y transmite, por la capacidad que implica el tener que ser pastor, capacidad que Dios da para el éxito de la misión, de modo que también implica la omnipotencia divina. Es una superioridad que queda envuelta en lo que expresa la Sagrada Escritura sobre David puesto a la cabeza de su pueblo por Dios, quien dice: "He encontrado un hombre según mi corazón, que realizará todo lo que yo quiera" (Hechos, XIII, 22).

Nuestra experiencia personal es la de que somos hijos de *una Congregación que ha sido tutelar para cada uno de nosotros*: ha sido ambiente de la realidad que somos como vocación-consagración-misión, acompañante de nuestro crecimiento en el ser salesiano, formadora de nuestra personalidad, meta de nuestras aspiraciones. Somos fruto maduro de la *asistencia salesiana*. Por eso somos la concreción actual del PROYECTO de Don Bosco y los responsables de

su efecto multiplicador. Esta experiencia de trascendencia que hemos vivido, sentido y asimilado es la que tenemos que encarnar en nuestra presencia en medio de los muchachos. Para ello entregamos, como Don Bosco, todo nuestro ser, lo divino y lo humano. Para dicha trascendencia Dios nos hizo carisma salesiano con sus dones de naturaleza y gracia (nuestra consagración), dones de los que tomamos conciencia, asumimos y perfeccionamos con nuestra profesión y con nuestro esfuerzo de fidelidad para responder a la interpelación de Dios.

Por eso tenemos que afirmar que esta trascendencia de nuestra actitud tiene que ser perceptible para los jóvenes ya que entra en la razón de signo de la gran verdad de que somos portadores con nuestra presencia en medio de los muchachos: *la trascendencia del hombre, según el modelo supremo, Jesucristo, Dios y hombre verdadero*. Lo que nos lleva a concluir que es una trascendencia *en la que debemos crecer con nuestra apertura a la gracia y con el cultivo de todas nuestras cualidades humanas, recibidas de Dios para ser carisma salesiano*. La asistencia salesiana, así concebida, es para nosotros camino de santificación personal y medio de santificación de nuestros muchachos. *Por lo cual, ser asistente es definición esencial de ser salesiano*. Las verdades que vivimos y la santidad que tenemos es lo único que podremos transmitir.

SIN PRESENTE Y SIN FUTURO. . . Y ¿LA LIBERTAD?

En la cultura contemporánea se pone un énfasis enorme en valores tales como autodeterminación, autonomía, independencia, libertad. Por consiguiente, y en el mismo grado de énfasis, se tiene alergia a toda forma de verticalismo en las relaciones sociales y a los principios tradicionales de autoridad: "Prohibido prohibir" escribieron en muchos muros, comenzando por los de la universidad, los estudiantes franceses en Mayo de 1968. Las obras de beneficencia han tenido que dar paso a las instituciones de seguridad social en sus múltiples formas y aun el concepto de "caridad", tan significativo y tan rico de contenido en el Evangelio y en la tradición cristiana, aparece devaluado como sinónimo de dádiva o de proteccionismo cuando el discurso predominante es el del hombre como sujeto de derechos y estos están definidos en el ámbito civil.

Especialmente en la dimensión educativa estos valores y muchos otros por el estilo han tenido una repercusión inmensa. Y dado que los sistemas educativos han sido y son el espacio social del encuentro categoría juvenil-mundo adulto, también han sido inevitablemente un campo de tensión que ha llegado hasta la confrontación de carácter conflictivo. El surgimiento de la categoría juvenil con la cultura que lo expresaba sorprendió al mundo adulto. Y los jóvenes se em-

briagaron de autosuficiencia que tradujeron en exigencias de protagonismo propio y de capacidad de decisión autónoma en la sociedad. El Concilio Vaticano II, en su momento, reconoció que “los jóvenes ejercen en la sociedad actual una fuerza de extraordinaria importancia” pero también que. . . “al paso que aumenta de día en día su importancia social e incluso política, parecen como imprevistos para sobrellevar como es debido las nuevas cargas”.

Don Bosco no conoció la juventud como categoría social en el sentido que acabamos de describir. Entró en contacto con grupos de muchachos absolutamente desubicados en el presente y hacia el futuro. Con todo, enfocó un problema generacional, como escribe Walter Nigg: “Don Bosco se fue dando cuenta cada vez con más claridad de cómo se malograba la juventud y *de cómo con ella se perdía la nueva generación* (. . .) Ante los ojos del joven sacerdote no sólo se dibujaba una juventud indisciplinada y rebelde. *El problema era mucho más grave, porque descubría a una juventud desamparada y al borde del abismo.* Don Bosco la veía correr a la perdición (. . .) El resultado fue que se propuso evitar este destino preñado de amenazas atrayéndose la juventud en peligro de miseria, tanto corporal como espiritual”.

Su punto de partida fueron las inmensas necesidades que tenían los muchachos. Su presencia

entre ellos fue para ocuparse de los que nadie se ocupaba: estaban desamparados y al borde del abismo. Y la raíz de todo se hundía en las condiciones de miseria que los agobiaban. Hablamos, entonces, *de presencia tutelar de un Don Bosco que se propuso amparar a los desamparados*. Qué lejos estaban los jóvenes de aquel tiempo, los muchachos concretos que interpelaron a Don Bosco con el VADE MECUM, del *modelo juventud* que se ha venido imponiendo en nuestros tiempos, con su suficiencia y exigencias. En este caso, la categoría juvenil moderna se presenta como grupo capaz de ejercer presión, de pedir, de exigir y de lograr. La característica de los muchachos de Don Bosco iba muy por otro lado: un altísimo grado de incapacidad de ser, de pedir, de obtener. *Estaban inermes ante una tremenda ausencia de libertad y de futuro*.

Los muchachos no tenían la posibilidad de ser muchachos ni de ubicarse positivamente en una sociedad que los rechazaba, tuvo que concluir Don Bosco y había que protegerlos.

— “Necesitaban *una escuela y un trabajo protegido* que les garantizaran un porvenir más seguro (exigencias sociológicas).

— “Necesitaban *ser muchachos*, es decir, un clima de familia en el cual se sintieran protegidos y amados; y tiempos de juego para dar rienda suelta a sus deseos de correr y de saltar sin estar

entristecidos en los andenes y sin dejarse absorber toda las energías por el trabajo productivo (exigencias psicológicas).

— “Necesitaban *encontrarse con Dios*, para descubrir y realizar su dignidad de hijos de Dios y para hallar el sentido de su vida (exigencias cristianas)”.

Fue lo fundamental en el proyecto-respuesta que se trazó nuestro Padre, como afirma en su biografía Teresio Bosco. *Y la protección aparece como esencial*: el muchacho, indefenso como estaba, tenía que ser defendido; oprimido, tenía que ser liberado; confundido y desorientado ante la vida, tenía que ser *e-ducado*, es decir, conducido hacia la dignidad que le era tan esquiua y hacia el futuro que le era tan incierto, con la mira puesta en la plenitud del encuentro con Dios, fuente de toda trascendencia.

Es todo un proyecto de salvación en el más profundo sentido teológico. Aunque Don Bosco, dentro de los moldes culturales de su tiempo, lo exprese más a menudo en términos de salvación del alma, como quien dice del “más allá”, lo que caracteriza al PROYECTO es que está concebido en función del muchacho total, es decir, de la salvación integral, contando y comenzando con el “más acá”. Lo condensa en una síntesis espiritual y pedagógica tan sencilla como profunda: “Ser buenos cristianos y ciudadanos ho-

nestos”, verdadero proyecto de muchacho, según las necesidades de esos tiempos.

La dimensión de protección expresa el espíritu tan realista de Don Bosco y, al mismo tiempo, su aprecio humanístico de los valores terrenos y de las posibilidades que dependen, positiva o negativamente, de los condicionamientos sociales. Contrapone, por su parte, un ambiente opuesto al que envuelve a los muchachos, en el que puedan estar para ser, encontrar y manifestar la alegría, vivir la individualidad y la pertenencia al grupo, salir del montón para encontrar su identidad, ser reconocidos en ella y, desde esa perspectiva, descubrir y ensayar sus posibilidades y encarar su futuro.

JUVENTUD. . . GRANDEZA Y DEBILIDAD

Así la entendió Don Bosco. Porque la encontró envuelta en su debilidad, su grandeza circundada y opacada por toda suerte de peligros y de amenazas. Muchos de aquellos muchachos, colocados en un plano de mera y durísima supervivencia, ya no podían creer en ellos mismos y se sentían mimetizados con la pequeñez y la desventura. Habían perdido de vista su grandeza y con ella el sentido de la trascendencia. Don Bosco, en cambio, la vislumbraba y creía en ella. *Por eso comenzó por responder a la debilidad.*

No era solamente la inexperiencia de la vida sino el no tener cómo superarla. Estaban, además, todos los mecanismos de discriminación social con su enorme carga de desprecio por el ser humano. *La debilidad se confundía, entonces, con una enorme carencia de amor y todo su significado en la formación de la imagen e identidad propias.* La discriminación social entraña una imagen deformada y hasta monstruosa de la persona discriminada y, como comprueban hoy muchos estudios avanzados, la gente, en esas circunstancias tan negativas, tiende a asimilar esas imágenes peyorativas de sí misma que le proyectan los otros.

Por eso, la primera dimensión de la protección tutelar de Don Bosco para sus muchachos fue “la creación de un ambiente educativo rico de humanidad, de alegría y de esfuerzo, que es ya por sí mismo vehículo y expresión de valores y de propuestas”. Era obvio para Don Bosco que no bastaba sacarlos de las circunstancias en que estaban. *Había que colocarlos en otra dimensión que sacara a la evidencia ante los ojos de los muchachos lo que su situación ahogaba.* Más que un lugar, es entrar en la amistad, empezar a caminar con una dirección concreta, comenzar a tener metas y a quererlas, sentir la posibilidad de ser, de crecer, de realizarse. El artículo 38 de las Constituciones Salesianas expresan que el Sistema Preventivo, como dinamismo apostólico, “asocia en una misma experiencia de vida a edu-

cadores y a jóvenes, dentro de un clima de familia, de confianza y de diálogo”.

Esto fue a lo que Don Bosco le fue dando cuerpo en el Oratorio. Los muchachos tenían necesidad de sentirse queridos para poder creer en la vida: por eso Don Bosco les brindó lo mínimo indispensable para suplir sus carencias: techo, comida, ropa, etc. *Nada de esto, sin embargo, como mera beneficencia sino como expresión de amor y de respeto.* Por eso rogó a Mamá Margarita que se asociara a su obra. El plato caliente, la ropa pobre pero limpia y remendada, el humilde jergón para pasar la noche, fueron sobre todo expresión de ternura maternal, de la solicitud desinteresada por el bien de cada uno, el llamamiento más bello a ese “yo” que hasta ahora había sido pisoteado. No habían tenido nada no porque aún no lo hubieran logrado, sino porque nadie se lo daba y hasta se les negaba. Ahora había quien pensara en ellos para que ellos, a su vez, pensarán en sí mismos y comenzaran a amar como se estaban sintiendo amados. Se abría delante de ellos una visión distinta de la vida. Los iba envolviendo la Providencia de Dios, por intermedio de la actitud paternal de Don Bosco para con ellos. Pero, mucho más allá de la repuesta a su necesidad con el don de lo que habían menester, la persona y la vida de Don Bosco era toda para ellos, el mayor de los dones. Y compartir con sus compañeros el techo y el patio y el pan, la plegaria y la ilusión, se con-

vertía en un medio y un modo de fraternizar. Esta protección de Don Bosco creaba así para ellos un nuevo estado de cosas y los colocaba en él para que pudieran sentir y revelar su verdadera condición humana y pudieran tener la experiencia de un Dios que iría apareciendo más y más como padre lleno de bondad y de amor concreto y personal.

Ahora, cuando la cultura y la sociedad en que vivimos son tan diferentes a las de los tiempos de Don Bosco sentimos que las páginas de los inicios del Oratorio son una historia que nos pertenece como un conmovedor recuerdo del pasado. Pero estamos en la era de los derechos no de las dádivas. La educación ha quedado separada de la beneficencia. Y nuestra misma organización funciona en este sentido. Son cambios que imponen las nuevas concepciones y concreciones de sociedad.

El *modelo juventud* surgió en este contexto que asumieron y proyectaron los jóvenes cuando empezaron a hacerse sentir como grupo de presión. El escenario fueron los países ricos pero se hicieron sentir en el ámbito mundial. En su idealismo se hicieron voceros de la juventud del mundo. Pensando en una prosperidad ilimitada soñaron con que se ampliara también ilimitadamente su cobertura. Sintieron que en el mundo debía haber puesto para todos. En esta concep-

ción de cosas la beneficencia y la suplencia quedaban como etapas definitivamente superadas.

La realidad fue muy otra. Una profunda crisis estructural envuelve en la actualidad a los sectores juveniles. La prosperidad soñada no parece ni ilimitada ni universalizable. Los caminos que se creyeron abiertos están erizados de obstáculos. Los nuevos enfoques sobre las perspectivas de los jóvenes hablan de penuria, desocupación, privaciones, incertidumbre, ansiedad. Se subrayan las condiciones de dependencia en que ha entrado el grupo juvenil y los dinamismos de marginación y de discriminación social que se ciernen sobre los muchachos. En síntesis, es la crisis del *modelo juventud*. Y su declinación.

Este agotamiento del modelo, que sume a legiones de muchachos en circunstancias reales de desesperanza en los países del bienestar es un *VADE MECUM* que nos llega desde dimensiones nuevas de debilidad y frustración de la juventud. De aquellas se derivan diversas formas de conductas desviadas, al tiempo que se amplían los dinamismos creadores de marginalidad social y se amplían sus espacios. Son ambientes que socializan desdibujando sueños e ideales de dignidad, actitudes de generosidad, preocupaciones de comunidad. Son modalidades diferentes pero no por eso menos efectivas de aplastamiento juvenil, carencia de amor, ausencia de futuro. ¿Podemos decir que las conocemos? ¿Que nos preo-

cupan? ¿Qué actitud tomamos ante ellas? *Lo cierto es que Don Bosco estaría respondiendo a estas circunstancias y que para ello estaría en medio de los jóvenes, como don para ellos, amigo y confidente, padre que busca para ellos y con ellos perspectivas nuevas de trascendencia y caminos de esperanza.*

Claro que esta interpelación nos convoca a la *asistencia salesiana*. Difícilmente podríamos pensar en las formas de protección que ya hemos tenido como objeto de nuestra reflexión. Son las circunstancias concretas las que, como interpelación, nos exigen determinados contenidos en nuestra respuesta. La *asistencia*, como presencia nuestra, se tendrá que ir definiendo al compás de las necesidades. *Quizá hoy tengamos que poner el acento en diversas actitudes de solidaridad con los jóvenes*, creación de frentes comunes, búsqueda con ellos de superación de las dificultades que, de hecho, son inmensas, pues son víctimas de poderes e intereses establecidos. Se trata, de modo muy especial, de necesidades de formación para la lucha política en nombre, precisamente, de la dignidad humana en el modelo que siempre tenemos que tener delante de los ojos, Jesucristo.

¿Protección trasnochada y recalentada?

Más de un siglo nos separa de lo que Don Bosco emprendió y de como lo realizó. Las cosas

han cambiado profundamente. Somos un nueva cultura. Sentimos que ya no nos podemos expresar en términos de protección económica y social, ni de beneficencia. Muchas de nuestras obras, la mayor parte quizás, están insertas en sistemas modernos, especialmente en la actividad educativa, de los que, desde la perspectiva de la sociedad, somos funcionarios. Nuestra organización y nuestro dinamismo corresponden a estas perspectivas. Somos educadores en el sentido moderno. Regentamos e impulsamos colegios e instituciones afines. En esta mentalidad no tienen cabida las obras de beneficencia. Hay una especial sensibilidad que evita palabras como asilos, orfanatrofios, institutos para desamparados.

Lo que no quiere decir que se hayan acabado ese tipo de necesidades a las que respondió Don Bosco dando protección a los muchachos precisamente porque estaban desamparados y este desamparo obstaculizaba seriamente y hasta impedía su crecimiento humano y su realización personal. Algo más: estas necesidades son masivas y hasta más graves cuantitativa y cualitativamente en el llamado Tercer Mundo y también en grupos minoritarios de las naciones del bienestar. Se puede afirmar, con todo realismo y éste es indispensable, que hoy, más que nunca, la mayoría de la generación juvenil está abocada a la tragedia de la negación de sus posibilidades de futuro y de inserción digna en la sociedad adulta. Lo que la mayor parte de los jóvenes enfrentan es

la desesperanza. No pueden ser jóvenes. Desde muy temprana edad tienen que enfrascarse en la lucha por sobrevivir. Las sociedades concretas carecen, en muchos más casos de los que uno pueda imaginar, de proyectos sobre ellos. Podrán haber pasado de moda las nomenclaturas pero no la necesidad de respuestas como las dio Don Bosco. ¿No es éste uno de los interrogantes más incómodos que tenemos sobre nuestra fidelidad al PROYECTO de Don Bosco? ¿No estaremos aceptando pasiva y acríticamente la elitización de muchas de nuestras obras? Si ya es excepcional que tengamos instituciones para los desamparados, ¿será, en nuestro caso, un progreso o un franco retroceso? ¿Será únicamente cuestión de nombres o de nuevos ritmos y tipos de acción o crisis de principios?

Lo cierto es que las necesidades están, brutales y frustrantes, para grandes, inmensos grupos juveniles, cuyas condiciones son de abierto despojo de su dignidad humana, carentes de ese ambiente mínimo que Don Bosco pretendió crear para sus muchachos como punto de partida de un camino que los condujera a Dios. ¿No estaremos de alguna manera envueltos en esa carencia? Reiteremos la constatación del Capítulo General XXI al denunciar el ensombrecimiento y hasta la pérdida de experiencias típicas del Sistema Preventivo: señala concretamente la falta de “la animadora presencia-asistencia, la convivencia con los jóvenes, el clima y estilo de familia. . .

se está menos en medio de los jóvenes y la gente sencilla, se vive menos para ellos” (98).

Las condiciones dolorosas de los muchachos que encontró Don Bosco fueron el VADE MECUM imperativo al que él respondió con su presencia tutelar y con su amor de padre. ¿A qué nos tendrá que llevar el VADE MECUM desesperado de las nuevas circunstancias? La actitud “protectora” sigue siendo indispensable, inevitable, a pesar de los predicamentos y valores sociales proclamados en la actualidad. De nuestra fidelidad y de nuestra creatividad “a lo Don Bosco” deberán surgir nuevas actitudes y respuestas propias, en cantidad y calidad, de las nuevas situaciones.

**“... MI ROCA, MI BALUARTE, MI
LIBERTADOR. . .” (Sal. XVIII, 3)**

“La libertad —afirma Leonardo Boff— es la forma en que y por la que la persona, expresándose en el mundo, se construye y se conquista a sí misma”. Don Bosco la vivió en plenitud en la entrega de su vida a los muchachos, a la escucha de su *VADE MECUM*. Se puso en camino con ellos con la generosidad sin medida que propone el Evangelio en la entrega e inmolación de sí mismo: “Al que te obligue a andar una milla, vete con él dos” (Mat. V, 41). Estar con los muchachos, *la asistencia*, fue la grande opción de su vida y el compromiso incondicional de su consa-

gración a ellos, la expresión de su libertad como obediencia a Dios y a la interpelación de los jóvenes. Ya en los últimos cuatro meses de su vida, cuando apenas si lograba medio moverse y aún daba algunas audiencias, confesaba con cierta regularidad a los muchachos mayores del Oratorio; preocupado y hasta angustiado por su bien, comentó como en una síntesis de su existencia y de su obra: "Mientras me quede un hilillo de vida, lo dedicaré a su bien y provecho espiritual y temporal", narran las Memorias Biográficas. *Y esta fue la experiencia de libertad que quiso participar a sus muchachos.*

En el proyecto-respuesta que trazó Don Bosco emerge muy nítida la dimensión de la libertad: primero que todo, se trataba simplemente de que pudieran ser jóvenes y expresarse como tales. Por lo que procuró crear con ellos un ambiente de familia, lleno de afecto y el patio que es central en la pedagogía salesiana. En este mismo sentido de la posibilidad de ser, la solución de las necesidades más urgentes no era otra cosa sino quitar obstáculos a la libertad. Con palabras muy sencillas pero claras y profundas Don Bosco solía afirmar: "Hay que darles total libertad de saltar, correr, gritar a gusto". Es evidente que esta dimensión de la libertad, *poder ser jóvenes*, no es para nada secundaria en la visión de Don Bosco.

Pero fue mucho más a fondo en el concepto

de libertad. Partió del empobrecimiento de la misma por las circunstancias de la miseria social y moral en que había encontrado a los muchachos que Dios le confiaba. Por un lado estaba la pobreza intelectual que disminuye y opaca los horizontes de la libertad: Don Bosco se preocupó enormemente por la instrucción y capacitación de los muchachos pues asumía la necesidad que tenían de que se los entrenara para la vida, se los promoviera y encaminara. Es una dimensión que podemos llamar histórica puesto que tiene que ver con la inserción en la sociedad, con la participación en sus procesos y con el control del propio destino. Como eran muchachos que estaban fuera de los sistemas escolares incipientes, Don Bosco les brindó las oportunidades que no tenían. Hoy, con los sistemas escolares consolidados y nosotros como parte integrante de los mismos, a muchísimos muchachos se les niega la promoción escolar, se les excluye como incapaces por razones de criterios académicos. *Si somos Don Bosco hoy, ¿qué actitud asumimos para no ser selectores de los muchachos "según sus méritos" sino promotores para que puedan ocupar un puesto digno en la vida?*

Construirse y conquistarse a sí mismo, que es lo fundamental en la dimensión de la libertad, Don Bosco lo entendía con respecto al plan de Dios, la actitud vocacional de cada ser humano. Se situó en el plano de la gracia, de la necesidad del encuentro con Dios y se preocupó por los

obstáculos opuestos a este orden sobrenatural y provenientes, además de la debilidad propia de la naturaleza humana, de las circunstancias que habían envuelto tan cruelmente a sus muchachos: por eso tuvo muy en cuenta esas voluntades debilitadas por las condiciones infrahumanas en que estaban, vulneradas por los malos ejemplos y también heridas por fallas personales que habían sido inevitables. Se podría decir que eran realidades de *des-encuentro* y también de *rompimiento* en cuanto a las relaciones con Dios se refiere. Situación que llevaría a una vida adulta alejada de Dios, comprometiendo gravemente el destino eterno del joven.

En esta perspectiva Don Bosco extremó su actitud tutelar. Y aquí sí que tiene significado la dinámica preventiva: había que impedir, a toda costa, la contaminación moral, el contagio del mal. Sobreabundan en sus escritos y recomendaciones los llamamientos a la vigilancia de personas, lugares y la insistencia en que los jóvenes no estén nunca solos. Preocupación toda esta que ha quedado acuñada en una frase muy central en la tradición salesiana: "Poner a los jóvenes en la imposibilidad de ofender a Dios". ¿Habrá pasado de moda ante los valores de la autonomía y de la autenticidad personal que son claves en la concepción educativa de hoy?

Sólo un malentendido muy serio y la tergiversación del pensamiento de Don Bosco podrían

llevarnos a esa conclusión. Como señala tan oportunamente el P. Juvenal Dho, de feliz memoria, hay que partir del presupuesto de que, “en primer lugar, Don Bosco parte de la perspectiva de la fe, cuyos valores iluminan totalmente su vida y su misión; que, para él, la acción del educador debe tender fundamentalmente a dar testimonio de la iniciativa absoluta que es la redención. . . Su presencia es una presencia religiosa. En segundo lugar, Don Bosco pone como fundamental la actitud de amor. . . La presencia entre los jóvenes es una presencia de amor”.

La libertad Don Bosco la entiende para poder vivir la filiación divina. La superación de *la no-libertad, o sea, de la esclavitud* es llegar a la condición de los hijos de Dios. Es la verdad que nos testimonia San Pablo: “En efecto, todos los que son guiados por el espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: Abbá, Padre. . . Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo. . .” (Rom. VIII, 14-17).

Se trata, en realidad, como lo acuñan los grandes estudiosos de la tradición salesiana, de *una pedagogía del temor de Dios, como don del Espíritu Santo*: Don Bosco quería llevar a cada uno de sus muchachos a la experiencia del amor que Dios nos tiene, a cultivar esta relación filial,

a vivirla, a crecer en ella, a defenderla. De aquí el temor a la ofensa de Dios, para usar los términos que empleaba Don Bosco. Pero la imagen que predomina es la de un Dios de bondad que nos ama, nos acoge, nos perdona, nos sostiene, nos ayuda y nos salva precisamente porque nos ama, porque es nuestro Padre. En esta pedagogía Don Bosco traducía la formación que había tenido de niño bajo la dirección de Mamá Margarita: estaba dominada por el pensamiento de *DIOS TE VE* y que constituía una atmósfera de bondad y de confianza. Lo que se fue convirtiendo para Don Bosco en esa dimensión profunda del *VEO A DIOS* del contemplativo que llegó a ser y que constituía la atmósfera de su vida y acción y la fuente de su bondadosa amistad y de la confianza que inspiraba. De la misma manera, con su presencia tutelar en medio de los jóvenes, trascendente y llena de paternidad, se empeñó en conducir a sus muchachos para que pudieran entrar en esa atmósfera de la presencia divina y a descubrir y vivir la belleza de la plenitud de la amistad con Dios.

El P. Pablo Albera, venerado sucesor de Don Bosco y quien se formó junto a nuestro Padre en este clima, nos transmite su vivencia con palabras muy expresivas: "Todo se reduce (en el Sistema Preventivo), a infundir en los corazones el santo temor de Dios: digo infundirlo, o sea, radicarlo de modo que quede para siempre, aun en medio de las tempestades y borrascas enfureci-

das de las pasiones y vaivenes humanos. . . Esto fue lo que hizo nuestro venerable Padre durante toda su vida; lo que quiso que sus hijos tengamos siempre en mira en la práctica del Sistema Preventivo. Toda su atención, todas sus solicitudes más que maternas *tenían directamente como fin impedir la ofensa de Dios y hacernos vivir en su presencia como si realmente lo viéramos con nuestros propios ojos*".

En ninguna época se puede prescindir de la prevención: hay que evitar la influencia del mal; hay que sostener la debilidad del muchacho. Hoy se discuten y se programan tantas cosas para librarnos de la contaminación y en las ciencias de la salud se privilegia la inmunología. Don Bosco no rodeaba al muchacho de barreras: le enseñaba a defenderse. Lo expone tan hermosamente Juan Pablo II en la *Iuvenum Patris*: "Hay que recordar, ante todo, su voluntad de prevenir el surgimiento de experiencias negativas, que podrían comprometer las energías del joven u obligarlo a largos y penosos esfuerzos de recuperación. Además, en el término *preventivo* se significan también, vividas con intensidad peculiar, intuiciones profundas, opciones precisas y criterios metodológicos concretos como estos: el arte de educar en clave positiva, proponiendo el bien en experiencias adecuadas y envolventes, capaces de atraer por su nobleza y hermosura; el arte de hacer que los jóvenes crezcan desde dentro, apoyándose en su libertad in-

terior, venciendo los condicionamientos y formalismos exteriores; el arte de conquistarse el corazón de los jóvenes, de manera que caminen con alegría y satisfacción hacia el bien, corrigiendo las desviaciones y preparándolos para el mañana por medio de una sólida formación de su carácter”.

MI TRASCENDENCIA Y “NUESTRA” LIBERTAD

La concepción de libertad de Don Bosco no tienen ocaso. Pero tiene asedios distintos según las épocas y las culturas. En este sentido nunca está completa y definitivamente enunciada. Y, además, tiene diversos estadios. El artículo 38 de las Constituciones Salesianas nos remite a Dios, en cuyo nombre y por cuyo amor “acogemos a los jóvenes tal como se encuentra el desarrollo de su libertad. Los acompañamos, para que adquieran convicciones sólidas y progresivamente se vayan haciendo responsables del delicado proceso de crecimiento de su humanidad en la fe”.

La comprensión de la libertad implica para nosotros ser actuales en el ideal del ser. Nuestros muchachos quieren ser. Pero . . . *¿qué quieren ser? ¿Qué podrán ser? ¿Qué podemos decirles nosotros que podrán ser? ¿Cuáles son las utopías de realización humana que les señalamos a los jóvenes?*

Los jóvenes de hoy ven amenazada su libertad por el miedo. Se les prometió mucho. Pero, en realidad, se les ofrece muy poco. Hay pesimismo. Tienen miedo del futuro. También de la libertad: *¿Cómo autodeterminarse? ¿Hacia dónde dirigirse? ¿Qué esperar?* El *modelo juventud* para los muchachos de los sectores ricos del mundo tuvo camino muy corto y para los muchachos de los sectores pobres nunca llegó.

Son signos y acontecimientos que tenemos que leer, comprender, compromisos que tenemos que adquirir. Tengo que ser *portador de la buena noticia, de la novedad* que va a ayudar al futuro del "yo" en la individualidad del muchacho en relación conmigo, con la Familia Salesiana, con la sociedad, con la Iglesia. Tenemos que construir camino con él, en un descubrimiento mutuo de cosas, circunstancias, metas que nos llevan a realizar el ideal de Don Bosco. El muchacho aprende. Pero depende de la calidad de mi amistad con él, de la novedad que le apporto, del contenido de la verdad. Su vida es frágil, hay en ella incertidumbres y vacíos. Tiene miedo. También yo tengo miedo, pero lo quiero superar para sostener, animar, dar la mano, mirar con optimismo, caminar juntos. No puedo ser determinista, ni lo puedo empujar, menos aún coaccionar. Tenemos que buscar juntos cómo realizar la gran novedad que, como salesiano, tengo para él, para que él opte libremente y decida lo mejor.

Vivir la concepción de Don Bosco sobre la libertad, concretarla, encarnarla en las nuevas necesidades. . . esto quiere decir que no puedo definir mi libertad, como calidad de mi filiación divina y de mi fidelidad, sino en relación con la libertad del muchacho. No podré hablar de *mi libertad sino de nuestra libertad*. Todo depende, por mi parte, de mi trascendencia, de mi presencia tutelar: ésta es diálogo, reconocimiento del otro, amistad profunda y sincera, diálogo de razón a razón para que haya crecimiento de la persona en el amor.

Y todo depende de mi trascendencia como anclaje en Dios, visión clara, percepción del futuro y mi convicción sobre la gran verdad que todo lo anima: el Evangelio y, en él, el modelo de toda humanidad, el Verbo hecho carne. Estar en medio de los muchachos como signo y sacramento del Infinito, portador de la verdad y gracia de Dios para con sus hijos, en la experiencia de mi propia filiación divina en la dimensión salesiana. Es la trascendencia que expresa con tanta profundidad la teología moderna cuando dice: “La dimensión de la gracia aparece *cuando el acontecimiento posee tal densidad humana y existencial que provoca en el hombre una decisión con respecto a Dios*. La plenitud significativa del hecho aparece tan manifiesta que remite inmediatamente a una instancia trascendente e invita a la acción de gracias”.

¿Podríamos responder de otro modo al *VADE MECUM* de los jóvenes de hoy?

V. AMISTAD A LO DON BOSCO: EN CAMINO HACIA EL FUTURO...

La amistad a lo Don Bosco tiene significación muy profunda. No es una simple relación de simpatía. El P. Egidio Viganó, nuestro Rector Mayor, resalta *la caridad apostólica como un aspecto típico de nuestra santidad salesiana*. Y aquí entra de lleno la concepción salesiana de la amistad. Especialmente en la carta de Roma, Mayo de 1884, Don Bosco la condensa en dos dimensiones: *AMAR Y HACERSE AMAR*. Pero son la concreción de *un solo proceso de convergencia y reciprocidad salesianos-juventud*.

Don Bosco la bebió en el Evangelio: “Sois mis amigos si hacéis lo que os mando. . . a vosotros os he llamado amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Juan XV, 14-16). Y la vivió como experiencia en su relación filial con Dios Padre, cuyo modelo perfecto es Cristo. Por eso, como nos dice el Capítulo General Especial, Don Bosco “se siente también llamado a ser el revelador de este Padre, pa-

dre también de sus jóvenes, a los que quiere promocionar a su total dignidad de hijos de Dios. De esta forma, el salesiano comprende más a fondo a Don Bosco en su unión con Dios y en su sentido extraordinario de paternidad” (90).

Don Bosco expresó y vivió su paternidad en *la asistencia* que es, al mismo tiempo, el concepto más específico y la expresión multifacética y total de la caridad pastoral. Se multiplicó en toda clase de testimonios, en mil formas, en las manifestaciones más variadas. Pero el centro de todo es la amistad según el Evangelio: dar a conocer al Padre. Su presencia entre los muchachos, su relación con cada uno de ellos, tiene el sabor de la expresión de Jesús: “El que me ve, ve al Padre” (Juan XIV, 9).

En términos del espíritu y de la tradición salesiana, manifestamos esta perspectiva *definiendo la asistencia salesiana como*

UNA PRESENCIA SIMPATICA Y AFECTUOSA

Pío XI, el Papa de la canonización, en su sermón a la Iglesia representada por la enorme multitud que aclamaba al nuevo santo en esa pascua inolvidable de 1934, lo nombró como Don Bosco. Y luego, en la audiencia que concedió a los representantes de toda la Familia Salesiana del mundo en la basílica de San Pedro, al referirse a nuestro Padre con el título de San Juan Bosco,

añadió: “*a quien el mundo seguirá llamando, sin embargo, Don Bosco*”. Este título tradicional tan familiar, tan cercano era, había sido y sería sinónimo de santidad, de esa santidad amable, risueña, infinitamente cercana, familiar, alegre, llena de dulzura y del espíritu de San Francisco de Sales. Así quedó también canonizado y universalizado el apelativo de Don Bosco para quererlo, admirarlo, invocarlo, profundizar su vida como prototipo de *una santidad realmente simpática y afectuosa*: “Don Bosco es un viejo simpático, de facciones marcadas y sonriente” escribía en su tiempo un reportero de un diario no muy clerical de Milán. Refiriéndose a la canonización, el entonces Rector Mayor, P. Pedro Ricaldone, dijo en sus palabras de agradecimiento al Sumo Pontífice Pío XI: “La precedió una expectación intensa y mundial, cargada de simpatía, reconocimiento y admiración. La figura de Don Bosco, tan querida en vida, se mantiene todavía así en el recuerdo de quien lo conoció y se presenta a la mente de quien nunca lo vio, aureolada de una bondad serena, indulgente y bondadosa, cuyo atractivo no se resiste”. Y en nuestros tiempos es Walter Nigg quien escribe: “La alegría contagiosa que transmitía a sus muchachos los hacía cantar y gritar. . . Su risa tenía mucho de angelical, por lo cual jamás se estaba tan alegre como cuando se estaba con Don Bosco”. Juan Pablo II lo define “amigo de los jóvenes” y lo proclama Padre y Maestro de la juventud.

Las Memorias Biográficas traen lindas reminiscencias de Don Bosco quien, en sus últimos años recordaba de sus muchachos: “Me querían tanto que cualquier cosa que les hubiera dicho, la habrían hecho”. Los estimulaba a superarse con expresiones como ésta: “Porque le gusta a Don Bosco, que es tu amigo y busca tu bien. . . A estas palabras se conmovían, me tomaban la mano y la besaban. . . derramando a veces lágrimas de consuelo. Yo les decía esto para inspirarles cada vez más confianza”.

Se podrían multiplicar las palabras y expresiones a este respecto, que nos dan ciertamente la fisonomía espiritual de Don Bosco y son imágenes de su santidad. Sin embargo, no es lo que hace falta. Para ir más allá del anecdotario, de la simple evocación, aun de la misma hagiografía, *tenemos que asumir, agradecer, renovar el sentido de nuestra relación con Don Bosco*. Porque si ese nombre es cada día más familiar para la Iglesia y para la historia contemporánea y cualquiera se sigue hablando simplemente de Don Bosco con toda la proyección de su figura bondadosa que entraña este apelativo, *nosotros le agradecemos a Dios que nos lo ha dado como Padre y Maestro*.

El nombre familiar de Don Bosco nos envuelve en una amistad de la que ya tenemos experiencia: nos cautivó y por eso nos hicimos salesianos, nos quedamos con él. Pero ¿habremos se-

guido con él? *Su paternidad para con nosotros, preñada del sentido de amistad según el Evangelio, nos hizo realidad de carisma salesiano, personas en vocación-consagración-misión para estar en medio de los jóvenes, como compañeros de camino, signos y portadores del amor de Dios para ellos. Nacimos como hijos de Don Bosco, realidad en la que vivimos nuestra filiación divina. ¿Habremos crecido como hijos, es decir, habremos intensificado esa relación concreta, real y personal con nuestro Padre?*

Don Bosco vivo no es el Don Bosco que fue y que ya llegó al cielo. Su inmortalidad no es la de los recuerdos grandes e imborrables que dejó. Sino es el que, habiendo llegado al culmen de la perfección, en su participación en la resurrección de Jesús, *sigue unido al sacerdocio sempiterno de Cristo con su actividad incansable en la redención humana*. Es el Don Bosco que, en el misterio de la comunión de los santos, sigue presente en la Iglesia, entre los jóvenes, como Padre y Maestro de la juventud. *Esta presencia es tan suya, tan personal como su carisma de fundador*. Su tránsito a la eternidad no ha constituido el mínimo alejamiento; al contrario, se ha convertido en la comunión más perfecta, en la presencia-amistad indefectible.

Pero no es sólo esto. Don Bosco sigue vivo, actuante entre los muchachos de hoy y del mañana, en el carisma salesiano permanente en la

Iglesia. *En nosotros y por nuestro intermedio escucha el VADE MECUM juvenil y se hace presente con el don de su amistad hasta la entrega de su vida.* De modo que todo depende de nuestra fidelidad. Y ésta depende de nuestra apertura a *la paternidad-amistad* que Don Bosco nos entrega en el misterio del don y comunicación de la gracia, de nuestra asimilación de *su magisterio-amistad*, es decir, de la revelación del amor de Dios Padre en el amor que tiene Don Bosco por cada uno de nosotros sus hijos. Es que nuestra presencia simpática y afectuosa entre los jóvenes no puede ser otra cosa sino la transmisión, la comunicación *de una vivencia de profunda relación filial con Don Bosco.* Amar con simpatía y afecto no es una fórmula que repetimos, ni una técnica que empleamos. Es amar a lo Don Bosco para hacernos amar. . . verdadero ejercicio de santidad salesiana y camino de crecimiento en la santidad.

Un precioso comentario al artículo 21 de las Constituciones Salesianas que nos presenta a Don Bosco como modelo nuestro, sintetiza admirablemente: "Don Bosco, en cuanto modelo del espíritu salesiano, procede del misterio de Dios y a él se refiere: funciona, por tanto, de modo vivo, misterioso, y tiene un valor pedagógico grande. Su vida, más que nuestras palabras, puede expresar lo inexpresable. (. . .) Su ejemplo está siempre ante el alma del salesiano y ante la comunidad, a fin de que asimilen poco a

poco sus rasgos, fisonomía y estilo de vida: nos hacemos sus imitadores. Don Bosco sigue ejerciendo sobre nosotros una atracción que, al desarrollarse con el estudio y la búsqueda, se convierte en amor, transformación y renovación. Así, Don Bosco vuelve a nosotros: su vida continúa siendo una llamada; aunque la perspectiva histórica de su época ha cambiado y, por tanto, no se identifica con la nuestra, para nosotros es siempre profeta, inspirador y señal en el camino”.

ANTAÑO Y HOGAÑO

Vale la pena mirar atrás. Algo más, es indispensable. El hoy no tiene sentido sin el ayer. No se trata de llorar sobre el pasado ni, menos aún, de anclarnos en él. ¿Todo tiempo pasado fue mejor? Ciertamente no. Tampoco el tiempo presente es mejor. Cada época es cada época, marcada por una cultura, con logros y desaciertos humanos. Con personas que respondieron a su época porque supieron vivir su momento. La Congregación, en este sentido, ha tenido momentos estelares. Y en el aquí y ahora acusamos decadencias. Una de ellas, muy grave por cierto, en la “animadora presencia-asistencia, la convivencia con los jóvenes, el clima y el estilo de familia”. Es nuestro hoy. *Y este hoy es el ayer del mañana.*

Retrocedamos un poco en el ámbito de nuestra historia. Lo hacemos como los atletas de sal-

to alto y largo: para saltar, retroceden, toman impulso y saltan. Hay que volver atrás para impulsarse y lograr.

Illuminémonos con los que creyeron en Don Bosco, con los que hicieron como Don Bosco, con los que proyectaron su figura, fueron para nosotros la presencia de Don Bosco. Esto es lo que cuenta, por encima de todo. Cambiarán las circunstancias, los problemas serán diferentes, *pero es la actitud a lo Don Bosco la de nuestra respuesta: la actitud de Sistema Preventivo traducida, encarnada, concretada en la asistencia.* Esta es la responsabilidad salesiana, perenne, más allá de cualquier época, creadora de respuestas concretas, actuales, hodiernas. Muchas veces decimos, al comparar con el pasado: menos mal que las cosas cambiaron. Podrá ser cierto. Lo que no ha cambiado ni podrá cambiar es la responsabilidad de responder a lo Don Bosco, en el dinamismo de su espíritu.

El P. Luis Ricceri, Rector Mayor emérito, recientemente fallecido, decía con su gracia y vivacidad de siempre a quien lo entrevistó: "A los 84 años sigo todavía enamorado de Don Bosco. (. . .) Yo había conocido a los Salesianos. Me había encariñado mucho, me gustaba esa vida. Entonces les dije a mis padres: "miren, yo quiero probar la vida salesiana porque me gusta mucho". ¿Por qué? Es muy simple y muy bello. El hecho que veía a los salesianos muy cercanos a noso-

tros, a diferencia de los sacerdotes de mi pueblo. No sólo esto; también jugaban con nosotros. Estaban con nosotros en la recreación, en el teatro, en la catequesis, estaban con nosotros en la Iglesia. Hacíamos mil cosas. Para nosotros el oratorio era nuestra segunda casa. Y los nombres de los salesianos se escuchaban, incluso en casa, como si fueran gente de mi familia. Entonces yo me identifiqué con esos salesianos. Como decía, me habían encantado. Tanto que quise probar. Ahora, para sacar una moraleja hay que subrayar la gran importancia del Sistema Preventivo que supone el contacto directo y familiar, casi de igual a igual, entre el salesiano educador y el muchacho”.

Hay páginas luctuosas en los anales de la Congregación como las del terremoto de Messina, en 1908. Con todo, no son páginas oscuras sino luminosas. Estaban, en la casa salesiana, a la hora del refectorio. Se charlaba animadamente. Era un ambiente de fiesta. De pronto un ruido intensísimo y se desencadenó la naturaleza: todo se estremecía y los muros se balanceaban para derrumbarse. El pánico los invadió a todos y el instinto de vida se convirtió en huida precipitada y tumultuosa. En el refectorio de los salesianos, cuando empezó la catástrofe, uno gritó: “los muchachos”. El amor a lo Don Bosco se superponía a todo temor y al instinto de salvación. Fue un grito primario, espontáneo, seguido de un intento de varios salesianos de precipitarse al refecto-

rio de los muchachos para salvarlos. No alcanzaron. Muros y techos se desplomaron. Hubo muchos muertos. Quedó viva para nosotros, como posteridad, la lección de que, en la dimensión de la *asistencia salesiana*, “no hay mayor amor de aquel que da la vida por *sus amigos* (Juan XV, 13).

El P. Franco Cavagna, compañero mío. Se acababa de ordenar como sacerdote. Estaba con sus muchachos, asistiéndolos y jugando con ellos, cuando se dio cuenta de que un muro ponía en peligro la vida de varios de ellos. Sin pensarlo dos veces se botó a salvarlos. Y lo logró. Pero a costa de su vida pues pereció bajo el muro que se desplomó sobre él.

Entra también nuestra experiencia, esa que vivimos cuando nos mandaron a ser Don Bosco joven entre los jóvenes. Se trataba de nuestras primeras armas apostólicas. Era el tirocinio, etapa fascinante de nuestra formación salesiana. Habíamos vivido un ambiente de *asistencia*. Y nos habíamos preparado a nuestro protagonismo. Salíamos convencidos de que íbamos a jugárnoslo todo por un apostolado, a realizar la santidad juvenil, a defender la gracia de Dios, a evitar el mal. Era la *asistencia salesiana* “de tiempo completo”: estar siempre y en todas partes con los muchachos: patios, paseos, estudio, capilla, clases, comedor, dormitorios. *Convivir con los muchachos creaba vínculos muy lindos, amistades imperecederas*. Claro, no faltaban las tensiones

ni los momentos difíciles: teníamos que velar por la disciplina. Muchas veces pesaba toda sobre nuestros hombros. Y los muchachos no eran fáciles. Velábamos sobre los corrillos, los juegos, muchas otras actividades, nos preocupaba intensamente la moralidad. Nos acercábamos a nuestros muchachos para hacerles un llamamiento espiritual, organizábamos el mes de Mayo, los movimientos apostólicos de las “compañías” que fueron tan representativas en la tradición salesiana. En la capilla estábamos con los muchachos, nos veían rezar, nos veían hacer cola para confesarnos, nos veían comulgar. Pedíamos por ellos, sentíamos la necesidad de hacerlo. ¿Quiénes éramos nosotros para los muchachos? En ese tiempo nos distinguían por la sotana, de la que nunca se podía prescindir. Sentimos que nos percibían como jóvenes muy cercanos a ellos, casi coetáneos, pero también captaban una gran trascendencia por el papel que jugábamos entre ellos. Y contaban con nosotros pues estábamos siempre con ellos, sin interrupción, ciento por ciento dedicados a acompañarlos en su itinerario estudiantil. De todos modos, a pesar de nuestras deficiencias, inexperiencias y limitaciones, pretendimos estar “a lo Don Bosco” entre los muchachos, es decir, como agentes de oración, portadores de la gracia, con un intento de actitud modelo, conjugando toda nuestra vida para ser asistentes salesianos por definición y por entrega. *Esto también es historia y entra en la formación de la tradición de la vida salesiana.*

El PROYECTO de Don Bosco es una continuidad viva: ha ido creciendo y expandiéndose en una gran variedad de situaciones, en instituciones y obras muy diversas. “Es evidente —dice con su innegable autoridad el P. Pedro Braidó— que su vitalidad operativa sólo puede ser garantizada en el tiempo por su fidelidad a la ley de todo auténtico crecimiento: la renovación (profundizando y adaptando) dentro de la continuidad.

“La renovación depende de los educadores concretos y de las comunidades mediante su esfuerzo constante y renovado.

“La continuidad, en cambio, sólo puede ser garantizada mediante una activa confrontación con los orígenes”. Tengamos pues la mirada en el futuro y los ojos puestos en Don Bosco y en los que han ido llevando adelante su PROYECTO y han perpetuado su actitud de Sistema Preventivo.

EL HOY COMO AYER DEL MAÑANA

“Enséñanos a contar nuestros días, para que entre la sabiduría en nuestro corazón” suplica a Dios el salmista (XC, 12). Es la tensión entre lo temporal y lo eterno. La invocación de lo que tiene principio con el anhelo puesto en lo que no tendrá fin. Es nuestra manera de concebir lo eterno, de penetrar en él.

El tiempo es iniciativa de Dios, creación suya, expresión de su amor, como toda la creación, cuyo centro es el hombre. La Biblia expresa el inicio del tiempo con la acción omnipotente de Dios. Dice el primer versículo del Génesis: "En el principio Dios creó los cielos y la tierra". Como obra de Dios, el tiempo queda grávido de su bondad, colmado de su santidad. La Biblia nos narra que todo comenzó en un estado de perfección primigenia: cuando culmina la creación toda con la del hombre hecho "a imagen de Dios", concluye el autor sagrado: "Vio Dios cuanto había hecho y todo estaba muy bien" (Gen. I, 31).

Dios es el dueño del tiempo. Este pertenece al tres veces santo. Creó el tiempo para desarrollar sus designios: por eso ordenó toda la creación hacia el hombre y para el hombre, cuyo destino se expresa en una relación de alianza entre el Dios que vive en la eternidad y el hombre, cuya aparición da sentido a la creación del tiempo, de los cielos y la tierra, por estar llamado a la eternidad.

El hombre quedó dueño del tiempo. Es la historia. Todo quedó bajo su potestad. Le puso nombre a todo. Pero prevaricó. El estado inicial de bondad de toda la creación quedó perdido. Todo entró en contradicción: el hombre consigo mismo, se rompió la armonía entre él y su compañera, entre la creación y su nuevo dueño,

entre éste y el Creador. Es el desorden que Dios constata y expresa en la maldición posterior al pecado. Al apartarse del designio de Dios el hombre perdió el control de la historia. Esta quedó preñada del mal. Y entró la muerte. El tiempo y su dueño empezaron su carrera hacia la finitud. "Mis días son como la sombra que declina y yo me seco como el heno" (Sal. CII, 12).

En la historia sin rumbo encontramos como una constante el desarrollo progresivo del mal y la decadencia espiritual que provocan el juicio de Dios. Pero el tiempo no deja de ser, en la intención de Dios, el espacio de sus planes y la oportunidad de la realización de sus designios. En la encarnación del Verbo, Dios se hace historia "dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos, hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra" (Ef. I, 9-10). Es la nueva creación: "todo se hizo por El y sin El no se hizo nada de cuanto existe" expresa San Juan en su Evangelio (I, 3). *La historia progresa hacia el bien, que prepara infaliblemente la salvación humana.* Se olvidarán las angustias primeras y quedarán ocultas a los ojos de Dios "pues he aquí que yo creo cielos nuevos y tierra nueva y no serán mentados los primeros ni vendrán a la memoria; antes habrá gozo y regocijo por siempre jamás por lo que voy a crear" (Is. LXV, 17-18).

Más que nunca, con la encarnación, *el factor tiempo* se convierte en expresión de la obra de Dios y de la salvación: el nacimiento de Jesús se produce “al llegar la plenitud de los tiempos” (Gal. IV, 4) e inaugura la historia mesiánica. Se cierra *el antes* de oscuridad y expectativa y se abre *el después* de luz y de presencia de Dios. Cristo vive en tensión dinámica hacia “su hora” (Juan II, 4) y anuncia el tiempo del Espíritu Santo y de su acción (XVI, 5-15).

En esta realidad mesiánica, el presente es sagrado porque incoa un futuro de salvación: son las etapas del cumplimiento del plan de Dios y el futuro final, absoluto, de la escatología. Y el sentido de la conversión es pasar del presente al futuro, del tiempo viejo al tiempo nuevo. Lo expresa en plenitud el Apóstol cuando dice: “Ya es hora de levantaros del sueño; que la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe. La noche está avanzada. El día se avecina. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz” (Rom. XIII, 11-12).

Asumimos, pues, nuestro hoy en relación con las promesas de Dios, para que se realicen en el mañana mesiánico. En esta asunción entran, por consiguiente y ante todo, nuestra fidelidad y nuestra necesidad de conversión. Don Bosco también lo sentía así en el dinamismo y la urgencia del “da mihi animas”; por eso decía: “Lo

único que me falta es el tiempo. La vida es demasiado breve. . . Trabajo cuanto puedo y muy rápidamente, porque veo que el tiempo me falta y . . . no se puede jamás hacer sólo la mitad de lo que se quisiera”. Para él cada minuto era un tesoro.

“ . . . ha llegado la hora. . . ”

oró Jesús a su Padre, “glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a tí” (Juan XVII, 1). Es el inicio de la oración sacerdotal de Cristo: le ruega al Padre Celestial que testimonie que es su Hijo y que proclame su divinidad. Estaba entrando en lo más profundo de su realidad humana, en la hora para la que había venido al mundo. Hora absolutamente suya por su entrega pero también hora de sus victimarios: “Pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas” (Luc. XXII, 53).

La hora que ha llegado es la de culminación de su obra de obediencia al Padre . . . “hasta la muerte y muerte de cruz” (Filip. II, 8). Por eso es también hora profundamente divina. La plena y total comunión con la humanidad se realizaría en el rechazo absoluto que entrañaba la crucifixión. Y también en el misterio de sentirse abandonado por Dios. *La oración sacerdotal es la síntesis que expresa la voluntad divina, la vocación humana y toda la actitud de obediencia-fraternidad de Jesucristo. Es el prefacio de la*

Nueva Alianza. Todo se expresa en realidad de comunión: de Dios con la humanidad, de los hombres entre sí: “Como tú, Padre, en mí y yo en tí, que ellos también sean uno en nosotros” (Juan XVII, 21). Quedamos asumidos en el dinamismo de la filiación divina: “Yo les he dado la gloria que tú me diste para que sean uno como nosotros somos uno. . . y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí” (22-23).

Nuestra necesidad de conversión implica inevitablemente el rescate del concepto del tiempo que hoy tenemos tan ligado a las metas de los sistemas con sus dimensiones de eficiencia en sentido competitivo y de selección humana. Es el tiempo en favor de los “mejores”. También se nos ha fragmentado por su relación con el desempeño profesional y con la organización burocrática. Igualmente se nos ha modificado en su relación con la tecnología. *Cuando los criterios, medidas y definiciones de tiempo en la perspectiva del “da mihi animas” son muy diferentes.* El Cardenal Anastasio Ballestrero nos llama la atención a los Salesianos sobre estos aspectos: “Tengo la impresión de que en todos los ministerios de formación, la atención al incremento de la caridad apostólica como valor teológico, como valor evangélico, tenga que ser cada vez más explícita y más intencional en la vida de los apóstoles. Tenemos tanta necesidad de ello. De lo contrario, también este tipo de apostolado, de

misión, corre el riesgo de visiones reducidas, de estructuraciones burocráticas, que son precisamente lo contrario de lo que los jóvenes tienen necesidad de ver, de sentir, de recibir”.

Nuestro presente, el día de hoy, la hora que nos ha llegado, son la exigencia más perentoria de santidad apostólica de amar para hacerse amar. Entra el apremio, la urgencia del tiempo en el sentido que expresa el Señor cuando dice: “Tengo que trabajar en las obras del que me ha enviado mientras es de día; llega la noche cuando nadie puede trabajar”. (Juan IX, 4). *Traduce simplemente el afán del Reino, la preocupación por la fidelidad.* Y entra el contenido que, como lo hemos venido reflexionando en los textos de la Escritura Santa, es la glorificación en el sentido de la pertenencia a la estirpe divina y la unidad, es decir, *la amistad en el modelo de las relaciones paternidad-filiación divinas.*

Es la esencia de la *asistencia salesiana* como amistad a lo Don Bosco, relación santificante y santificadora. *Por lo tanto, no puede cambiar. Desafortunada y tristemente lo que sí puede es fenecer.* ¿Somos en la actualidad, cada uno de nosotros, protagonistas de la santidad salesiana? ¿En qué sentido y cómo lo somos? ¿Cómo definimos y concretamos en nuestro hoy nuestra amistad a lo Don Bosco, siendo que es la actitud de Sistema Preventivo en acción? ¿Somos Don

Bosco vivo para los jóvenes con que hemos entrado en relación educativa?

MI TIEMPO DE AMAR

Don Bosco no se impuso a los muchachos. *Los cautivó.* De este modo cumplió lo que le señaló el Personaje del sueño de los 9 años: ponerse a la cabeza de la multitud de muchachos, conducirlos. . . es decir. . . educarlos. No era cuestión de disciplina sino cuestión de corazón. Los quería libres, espontáneos, auténticos, no sometidos. “Con sus características profundamente humanas, que revelaban una madurez excepcional, lograba convencer a sus muchachos, que se afeccionaran a él, que fueran dóciles. No le habrían dado un disgusto por todo el oro del mundo, porque era él, porque lo pedía él y lo pedía de esa manera”, comenta el Cardenal Ballestrero.

Interpelaba directamente la afectividad del muchacho, su capacidad de respuesta. De modo que, desde el primer momento de encuentro, Don Bosco procuraba llegar a las fibras más sensibles del corazón. La pregunta definitiva que derribó el muro y arrasó con todo temor en el diálogo con el aprendiz de albañil de apenas 16 años, a quien acababan de dar una paliza, Bartolomé Garelli, fue: “¿Sabes silbar?”. La respuesta fue la risa, una risa espontánea, una especie de suspiro espiritual. Don Bosco había dado en el blanco. *Nació la relación de confianza, de amis-*

tad. “Empezábamos a ser amigos”, afirmó Don Bosco. Y . . . algo más: *NACIO LA OBRA SALESIANA*. Era el 8 de diciembre de 1841, en la sacristía de la iglesia de San Francisco de Asís, en Turín. Don Bosco había llegado al corazón de Bartolomé Garelli; *su silbo había tenido eco y había convocado a la vida. Así había sido fiel a su hoy y a su ahora.*

Mis tiempos no son los mismos. La convocación de la Iglesia *a una nueva evangelización* bien lo demuestra. Pero la evangelización no es y nunca será otra cosa sino el anuncio de Jesucristo, su mensaje de salvación. El Evangelio es perenne. La interpelación que ha hecho a la Familia Salesiana el Pontífice Juan Pablo II, al rededor del centenario del tránsito de Don Bosco a la eternidad y especialmente con la proclamación de Don Bosco como Padre y Maestro de la juventud, nos hablan de perennidad del carisma salesiano en la vida de la Iglesia. El Papa, además, señaló explícitamente su actualidad. *Perennidad y actualidad que son también, por lo tanto, de la santidad salesiana, expresada en el Sistema Preventivo y concretada en la asistencia salesiana.*

Ciertamente nos encontramos ante evoluciones culturales y sociales muy profundas, colmadas de elementos y características positivas y también generadoras de conflictos y dificultades. En este contexto, el discurso educativo gira en gran parte sobre la problemática juvenil. La im-

portancia de este discurso se ha ido acrecentando con la aparición del ya citado "modelo juventud" y con las vicisitudes del mismo. Con todo, la esencia del hombre con sus necesidades fundamentales sigue siendo la misma. Igualmente para el joven.

Los problemas juveniles que tenemos que enfrentar y ayudarles a resolver a los muchachos no son casuística. Esta puede ser muy circunstancial. Por eso, más que situarnos ante ella, nuestra fidelidad a Don Bosco nos coloca ante los jóvenes con necesidades propias y tan vitales y definitivas como la de la afirmación de su ser, su unicidad, su dignidad incomparable, sus necesidades de reconocimiento, de amor, de dar, de inserción, de capacidad de protagonismo, de decisión, de dirección de su propio destino, de autonomía, de libertad. Es lo existencial.

Para educar para el hoy y para el mañana, o mejor, para el hoy en función del mañana, tenemos que mirar con inteligencia desde nuestro hoy el futuro, *el que se ve venir, el que puede ser y el que tiene que ser*. Cuando pensamos en clave del futuro, lo hacemos ante todo en sentido absoluto. Nuestro horizonte final es la trascendencia, el Reino que vendrá, el destino eterno del muchacho. Es el futuro que tiene que ser. Pero también entra ineludible el futuro histórico, con todo su poder condicionante, positivo o negativo: el futuro que es, el que se ve venir, el

contexto en que somos y actuamos. Mientras en el sentido del advenimiento del Reino y nuestro compromiso de construcción y ampliación del mismo, el dinamismo de nuestra esperanza nos pone en acción para construir *un mundo mejor*, el de la utopía cristiana, el de la justicia, el amor y la paz, ese futuro que puede ser y que depende del compromiso de nuestra fe y de la constancia y empeño de nuestra fidelidad.

Don Bosco enfrentó, en su momento, toda esta compleja realidad con una actitud profundamente realista dentro de las circunstancias en que tenía que actuar y en las que encontró a sus jóvenes y, al mismo tiempo, con mentalidad visionaria, audaz e innovadora. Era un camino que emprendía con sus muchachos: para la inserción válida en el futuro histórico, la construcción de lo mejor para la sociedad y la Iglesia y el encaminamiento decidido hacia la meta definitiva de la salvación y el encuentro eterno con Dios. Perspectiva ésta en la que lo contingente y relativo como lo absoluto evidencian y colocan en primer plano la dignidad de la persona del muchacho *cuyo primer reconocimiento es la amistad que Don Bosco le ofrece y entabla con él*. Las circunstancias en que encontró a sus destinatarios opacaban o negaban del todo dicha dignidad; la paliza propinada a Bartolomé Garelli la ignoraba. Don Bosco la afirmaba y exaltaba con su actitud de amigo y con la expresión de su afecto. Signo y portador de dignidad, luz en el camino

... crecimiento mutuo ... de la amistad a la dignidad y de ésta a la amistad. *Es el proceso de amar para hacerse amar.*

En el mundo actual los valores dominantes son los del progreso que se considera ilimitado, tanto en las capacidades tecnológicas como en los niveles de bienestar. Y se han exaltado inmensamente la persona y su autonomía, la solidaridad, el sentido de la comunidad, la seguridad, los derechos del individuo, su capacidad de competir y de lograr, para nombrar algunos de los aspectos más importantes. Y, entre las grandes exaltaciones, está la juventud como categoría social, que ya hemos enunciado. Todo está fundamentado en el ser humano como centro de mundo, de la cultura y de la sociedad.

Sin embargo, todo está marcado por la paradoja y la contradicción. La deshumanización de la técnica y del progreso es una realidad creciente y se evidencia el agotamiento de muchas perspectivas.

Esto amenaza muy especialmente a los jóvenes y tiene mucha relación con el agotamiento del *modelo juventud*. Se ciernen nubarrones sobre las expectativas de los jóvenes, sobre sus posibilidades reales de logro, sobre su independencia, sobre la calidad de su inserción en el mundo adulto. En muchos aspectos predomina la incertidumbre. Hay un profundo deterioro en

la relación hoy-mañana. No se trata de cargar las tintas oscuras. Son condicionamientos reales que se acumulan negativamente sobre las mayorías juveniles. Baste pensar que la mayor parte de los muchachos del mundo viven en los países subdesarrollados que son demográficamente juveniles pero en los que legiones inmensas, desde edades muy tempranas, tienen que enfrentar responsabilidades de adultos para poder sobrevivir. ¿Cómo acompañarlos y ayudarlos a crecer como personas, a encontrar y definir su dignidad, a proyectarse hacia el porvenir, a creer en ellos mismos, a ser esperanza del mañana y no desechos del futuro? ¿Qué actitud asumiría hoy Don Bosco?

CONSPIRACION CONTRA LA AMISTAD

La constituyen características muy relevantes de los ritmos de vida y de las circunstancias que nos envuelven. En especial en nuestras obras escolares, tan sensiblemente burocratizadas, se han impuesto horarios expeditivos que han recortado y disminuido de manera notable las posibilidades de encuentro personal con los muchachos. La profesionalización de la tarea educativa se ha restringido cada vez más a la mera docencia. La educación de masas ha ido llevando a la masificación de nuestras obras y también al anonimato de nuestra acción. El manejo de grupos enormes elimina con facilidad la relación de tipo personal. *Se establecen, entonces, relaciones de*

tipo profesional-funcional entre educador y educando, de papel social dominante a papel social dependiente, perdiéndose la calidad y la calidez de la que tendría que existir entre el salesiano, en toda la plenitud de su significado y el joven como destinatario que nos ha sido confiado por la Providencia Divina, relación que Don Bosco definía tan bella y significativamente cuando decía: “Que los jóvenes no sólo sean amados, sino que se den cuenta de que se les ama”.

Con el advenimiento de la sistematización de datos, impuesta prácticamente en toda forma de organización humana, las identidades personales quedan reemplazadas por números de códigos, de lo que se derivan consecuencias de desidentificación del joven y su reducción a meras categorías sociales.

El “consumismo” desaforado que nos está envolviendo y que opone radicalmente el tener al ser, identifica al hombre por sus pertenencias, por los bienes que acumula y ostenta. No sólo oculta la personalidad y los valores humanos sino que encierra en el hedonismo egoísta y va minando y destruyendo la amistad, el altruismo, la solidaridad. Y es el consumismo, erigido en valor supremo, uno de los horizontes que más se ofrece a los jóvenes, de modo particular en los países ricos.

Mientras, por el lado opuesto, la pobreza acu-

mulativa que afecta a inmensas mayorías, obstruye gravemente las posibilidades de desarrollo de la persona, *crea anonimato hasta hacer de los muchachos una mera parte de la cultura de la pobreza y es generadora de graves formas de despersonalización social.*

Es imprescindible agregar el desmoronamiento del "modelo juventud" entendido como etapa ideal, acumulación de esperanzas con respecto al futuro, primavera de la vida con virtudes inéditas y rasgos de profetismo renovador. Realidad efímera para millones de muchachos, mito inalcanzable para muchísimos millones más, se ha ido desdibujando en cuanto a sus valores y lo que se le atribuía como categoría social para abrir paso a la realidad de las enormes dificultades que tiene que enfrentar el grupo juvenil para abrirse CAMINO en la historia en dirección del porvenir. Lo cierto es que los jóvenes se ven enfrentados a la prepotencia de poderes políticos, económicos, etc. que pretenden hacerlos objeto de toda clase de manipulaciones para someterlos a su servicio.

En panoramas como éste, tan complejo, negativo y deformante, qué difícil es ser joven, creer en la vida, en los demás, en la amistad.

Se entiende, entonces, la enorme dosis de inseguridad que revelan con frecuencia nuestros muchachos. Es un verdadero problema existencial, con muchas manifestaciones y con no me-

nos contradicciones. Así, reclaman autonomía y libertad pero tienen temor de ser independientes y de tomar decisiones. Anhelan la amistad pero le tienen miedo a comprometerse, lo que los lleva a jugar más bien a la amistad. Se sienten indecisos ante el futuro, la escogencia de carrera, la elección de estado, indecisión que puede traducirse en escapismos artificiales o en acumulación personal de rencor y aun de violencia.

Ser joven, en el sentido de la etapa de transición entre la niñez y la vida adulta, en la posibilidad de ser generador de novedad, frescura de inserción, posibilidad de renovación, definición del propio yo y de las relaciones hacia los demás que serán parte de la sociedad, es un período de importancia decisiva para el hoy y el mañana. Con todo, ser joven hoy está rodeado de soledad por falta de comprensión del mundo adulto, lo que significa desconfianza de parte y parte, desconocimiento mutuo, encasillamientos dañosos, caminos yuxtapuestos que se van volviendo divergentes.

Si este es el hoy, como ayer del mañana, ¿qué futuro nos espera a todos como Iglesia, como sociedad? Este también fue el grande interrogante para Don Bosco y es hoy la interpelación más fuerte y apremiante que se añade al llamamiento que nos ha hecho el Santo Padre Juan Pablo II a todos los herederos de Don Bosco en la gran Familia Salesiana.

LA AVENTURA DE LA IDENTIDAD Y LA ESPERANZA

Quedamos situados ante la dimensión total del muchacho, ante su destino temporal en relación con su destino eterno. Este encuentro con la realidad es un encuentro personal de nuestra parte. Nos abrimos, o mejor, nos reabrimos al mundo juvenil desde nuestra capacidad de amistad salesiana a lo Don Bosco, para que el mundo juvenil se abra, a su vez, a Don Bosco y a su mensaje. “Don Bosco escribió una carta viva en el corazón de la juventud” dijo el Papa Juan Pablo II en la beatificación de Laura Vicuña. Queremos hacer realidad viva y concreta este mensaje. Aceptamos la responsabilidad.

Tenemos trayectoria, experiencia, obras. Pero no es eso lo que más cuenta. Somos depositarios de una pedagogía, la de Don Bosco. Como nos llamó la atención el P. Duvallet, inmerso como estaba en grupos juveniles marginados, aplastados y llenos de necesidades: “En un mundo en que los jóvenes son traicionados, explotados, triturados, instrumentalizados, el Señor os ha confiado una pedagogía en la cual campea el respeto al muchacho, a su grandeza, a su fragilidad y a su dignidad de Hijo de Dios. *Conservadla, renovadla, enriquecedla con todos los descubrimientos modernos, adaptadla a estas criaturas del siglo XX y a sus dramáticas existencias, que Don Bosco no llegó a conocer. Pero, por ca-*

ridad, ¡conservadla! ¡Cambiadlo todo, perded, si es el caso, vuestras casas pero conservad este tesoro haciendo surgir en millares de corazones el modo de amar y salvar a los jóvenes, que es la herencia de Don Bosco!”.

Es el modo de amar y salvar. Como Don Bosco estamos convencidos de que sólo el amor personal puede llamar a la vida. Por eso debe ser gratuito, libre, mutuo. La amistad modifica a los dos que se encuentran: “es reconocimiento mutuo, confianza, agradecimiento, amor, fidelidad. . .” . . . desemboca en “el enriquecimiento del ser y de la vida”. No se trata de mera simpatía e irradiación de la bondad personal: es un don y compromiso mutuos.

No se da este encuentro en la masificación. No nos encontramos con los muchachos en general sino con el muchacho concreto. El amor salesiano no es un amor indeferenciado ni asexuado porque no sería amor. Es una relación con toda la realidad del otro ser, del joven, relación infinitamente personal. El joven necesita ser reconocido. En la medida exacta del reconocimiento del yo del educador. El Evangelio habla de amar al prójimo como a sí mismo (Cf. Mat. XIX, 19).

Jesús mismo nos dá el ejemplo maravilloso de la exigencia del reconocimiento del yo: al ser abofeteado brutalmente por un esbirro, se irguió con toda su dignidad, en su yo divino-humano

para reclamar: "Si he hablado mal, dí en qué. Pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?" (Juan XVIII, 23).

Es importante, indispensable el reconocimiento de ese otro yo, el tú, de esa individualidad, de ese ser único que antes no existía y que nunca se repetirá. Los conocimientos genéticos actuales nos hablan de que la vida humana, desde el primer instante de su concepción, ya está absolutamente programada en sus genes, con todas las características que la harán única, inconfundible, características que luego tendrá que desarrollar, cultivar, perfeccionar. Todo es absolutamente propio y es un proceso de autogestión. Llamamiento a la vida, a través de la amistad y del reconocimiento, lleva a la admiración, al agradecimiento por el milagro de la existencia; llamamos ese yo, constituido por cualidades únicas e inéditas, *a la conjugación de las cosas maravillosas que están en ese ser, a la ejemplaridad en la existencia, al protagonismo en que no podrá ser reemplazado, al reconocimiento de sí mismo, a ser verdaderamente imagen y semejanza de Dios.* Por eso nuestra relación de amistad y de interpe-lación es personal. No podemos ser como la aspersión con agua bendita con el hisopo. . . a ver a quién le cae, en forma de bendición genérica. . . Nosotros pretendemos llegar al alma, suscitar el afecto del corazón como respuesta.

El llamamiento que pretendemos es nominal.

Talvez no puede haber algo más triste que sentirse interpelado por un "Oiga. . . allá. . . el del vestido tal. . . el del hambre. . . el de la sed. . . el del rostro tal. . . el de los piojos. . . el de las necesidades. . .". En nuestras inspecciones estamos viviendo una experiencia muy significativa: la del encuentro con los muchachos de la calle, en sus madrigueras, en sus galladas. Aunque sea con un apodo ellos exigen ser identificados individualmente. *No interpelamos casos, necesidades, sino seres humanos, biografías pasadas, presentes y con un futuro. No se aman las necesidades, no se pueden amar. Se ama únicamente a los seres humanos, a cada uno.*

Louis Evelyn comenta el episodio de Zaqueo (Cf. Luc. XIX, 1 ss.): no esperaba nada de nadie porque nadie esperaba nada de él; era ignorado, mal juzgado, despreciado. Pero Jesús lo llamó por su nombre y se hospedó en su casa. Por fin alguien lo había identificado. Y Zaqueo se abrió a la bondad, a la relación con los demás, a la amistad. Comenzó a dar de lo que había recibido.

Volvamos al muchacho de la calle, en cierto modo prototipo del destinatario de nuestra misión: por definición es quizás el nadie. . . a quien se interpelaría con cualquier sonido. Posiblemente no tuvo familia, ni ternura. No tiene genealogía. . . nace de la calle, lo marca la calle, lo aplasta la calle, le traza su destino y modo de vivir. El que todos desconocen, desprecian, miran

desde lejos. La calle es su mundo, quizás su infierno. *Para nosotros es lugar de encuentro.* Mirémoslo en los ojos, preguntémosle su nombre o su apodo y “si sabe silbar”. Necesita que lo identifiquemos, que empecemos a considerarlo, que no lo perdamos de vista. Ya entró en relación con nosotros. Aquí está nuestra responsabilidad: amarlo. Y amarlo no es simplemente ser simpáticos delante de él. Es la aventura del seguimiento, del acompañamiento, de la transformación de su existencia, del sentido de su vida.

Ayudemos a que el mundo juvenil signifique algo, signifique mucho, sea portador de mucho. Que cada nombre joven sea primavera, renovación y sea esperanza. Una tristísima desviación de los educadores es hablar casi predominantemente de los problemas de los muchachos. Aquellos son como el telón de fondo del tema juventud. Como Salesianos, hablemos de lo que son, de lo que pueden ser para el hoy y para el mañana, del montón de cualidades de que son portadores, de sus posibilidades de realización, de su carácter de novedad, precisamente porque son jóvenes. Demostrarles que creemos en ellos para que, a su vez, tengan fe en ellos y puedan creer en la vida y también nosotros veamos el futuro con realismo y esperanza.

COMO SER PARA SER SU AMIGO

¡Como Don Bosco!

No es una técnica. Es una vida. Una experiencia vivencial. Tenemos que marcar la vida de nuestros muchachos con nuestra actitud, tenemos que impresionar, sellar, maravillar, sacudir . . . dejar impresa nuestra personalidad salesiana.

Somos un yo. *Quedamos marcados por Don Bosco quien nos interpeló por nuestro nombre.* Cada uno de nuestros nombres es una persona en vocación-consagración-misión salesianas. En nuestra profesión religiosa salesiana o en nuestra opción vocacional salesiana *dijimos nuestro nombre como compromiso.* Quedamos identificados para siempre, como hijos de Don Bosco, amados por él, herederos de su PROYECTO, responsables de su perennidad. *Esta identidad, envuelta en el espíritu salesiano, es la que tenemos que redefinir, reconocer, renovar, traducir en la asistencia-presencia simpática y afectuosa.*

Porque “la *asistencia* amorosa —subraya el grande intérprete salesiano P. Pietro Stella — consiste substancialmente en proyectar el propio impulso energético espiritual en el joven, de acuerdo con sus posibilidades y necesidades, en previsión del desarrollo que podrá asumir su organismo sobrenatural y previniendo los condicionantes que encontrará en su edad madura”. No es otra cosa sino transmitir lo que hemos vivido junto a Don Bosco, como objeto de sus desvelos y parte de su familia.

Terminemos nuestra reflexión con la preciosa síntesis-figura del educador según el corazón de nuestro Padre, que concluye una de las meditaciones familiares y profundas de Teresio Bosco:

“El Salesiano mismo adquiere una fisonomía característica, original.

“Es, ante todo, padre y hermano”.

“Tiene como base, como resorte profundo de su actuación, un amor al mismo tiempo exigente y reconfortante, paternal y maternal a la vez.

“Es un trabajador que exhorta al trabajo, a encontrar en el trabajo, programado en común, el sentido de pertenencia, de realización, de dignidad, que hace satisfactoria la vida.

“Tiene y transmite el sentido de Dios.

“Como método de relación usa el razonamiento franco, no la política sinuosa. Sabe hablar y escuchar.

“No es aprensivo, sino animoso en suscitar iniciativas.

“No es un solitario: siente y transmite el gusto de trabajar en unión y de estar unidos los Salesianos entre sí y los Salesianos con los jóvenes.

“Presta más atención a las personas que a los objetivos y a los balances (aunque sean importantes)”.

¿Somos así para ser amigos de los jóvenes como Don Bosco y en nombre de Don Bosco?

Reasumamos la asistencia salesiana. . . ¡como Don Bosco ayer, nosotros hoy para el mañana !

VI. ... PARA CELEBRAR JUNTOS LA FIESTA DE LA VIDA

Volver un poco atrás en la historia nos ayudará a comprender mejor. Entremos al seminario de Chieri, donde Juan Bosco, quien ya cumplió 20 años, se prepara con empeño, convicción y alegría al sacerdocio. Como seminarista, está bajo reglamento. Y francamente el ambiente es muy austero. Dominan los valores de la gravedad en el porte, en la compostura, en el ambiente. Hay que guardar las distancias con el mundo; y entre directivos y seminaristas, los niveles jerárquicos se traducen en incomunicación. . . todo en nombre del respeto y de la dignidad. Qué lejano y diferente de un ambiente familiar. La alegría, que en Juan era más intensa a medida que se acercaba a la meta tan deseada de su ordenación, había que confinarla al ámbito estrictamente personal y privado. El ambiente no podía ser alegre sino reservado. Como que se identificaba la trascendencia con el aislamiento, la virtud con el rostro adusto, ceñudo.

Juan se somete. Mucho había bregado para entrar al seminario y tiene que aceptar las reglas del juego. *Es la meta la que cuenta. Y todo tiene su precio.* Se va acercando a la coronación de sus ideales. Qué dicha la que lo inunda. Pero no le es permitido exteriorizarla. Obedece. Qué contraste con lo que leyó a su ingreso al seminario en el reloj de sol que dominaba en el patio principal: “Las horas pasan lentas para los tristes y muy rápidas para los que están llenos de alegría”. Juan lo había hecho suyo. Pero tan hermoso aforismo no parecía estar escrito para inundar el ambiente y transformarlo sino apenas para ayudar a soportarlo. . . con la rigidez de su reglamento y enormes dosis de monotonía.

Y en sus Memorias Juan dejó entrever lo que le costaba. Era un cambio muy brusco para quien, a pesar de inmensas dificultades que ya conocemos, siempre había respirado a sus anchas, corrido, jugado, trabajado, sufrido, soñado, tenido amigos. Simplemente había creado su ambiente. Mientras ahora el ambiente lo coartaba. *Había siempre pensado en ser un sacerdote distinto, a la mano, cercano a los muchachos, sin las distancias que tanto había experimentado y le habían dolido.* Pero estas distancias tuvo que seguir viviéndolas en el seminario y en la consecuencia inevitable de un ambiente entristecido y entristecedor. Y las distancias no eran sólo la rígida jerarquización entre superiores y seminaristas, que impedía no sólo la comunicación perso-

nal que era esporádica y anónima, y, por ende, la amistad y el respeto traducido en afecto. *También la distancia se establecía hacia Dios: estaba prohibida la comunión frecuente.*

Era el espíritu jansenista, una cultura que dominaba los ambientes religiosos y, en su decadencia, se protegía con estructuras conservadoras y rígidas, con una enorme carga de dogmatismo. *El jansenismo era esencialmente el creador de una religión de tristeza y de pavor.* Los ambientes marcados por él no podían ser distintos.

Con todo, Juan no se doblega. Su corazón y su mente siguen llenos de libertad. No se deja aprisionar. Y así, cada mañana se escapa, por encima de todo reglamento, para recibir diariamente la comunión. En lo íntimo de su alma, sigue viviendo y acrecentando *la familiaridad con un Dios cercano, amable, sonriente, el que conoció en el ambiente de su niñez tal como se lo presentó y enseñó Mamá Margarita: un Dios no para temer sino para amar.*

Por otra parte, hay algo que acelera el paso de las horas para Juan: el encuentro con un grupo de muchachos, amigos suyos, que van a buscarlo a mediados de la semana al seminario para entretenerse con él. Un ambiente diferente, profundamente familiar, de verdadera distensión para Juan y de plenitud para los muchachos. Con ellos

hay bromas, igualdad, simpatía. Se habla de todo, se ríe, se proyecta. Sí, se proyecta porque son los contertulios con respecto al futuro, los que escuchan sueños y proyectos de su amigo seminarista. . . y hasta sueñan como él. Son pocas horas de expansión, de alegría, chispa ésta que Juan mantiene viva, resplandeciente, que se convierte en llama y que servirá de combustible para pasar la semana, hasta el próximo encuentro, tanto para Juan como para los muchachos. Para ellos siempre tiene Juan una palabra, una voz de aliento, un pequeño mensaje. Luego algunos momentos de oración espontánea, confiada y filial junto a la imagencita de la Virgen. . . y hasta luego. . .al reencuentro de la semana que viene.

No hay nada improvisado ni casual. Y, menos aún, adjetivo o baladí. Es algo que va en dirección opuesta al ambiente del seminario. Dios había conducido a Juan hasta el seminario, etapa decisiva y definitiva para que fuera sacerdote encargado de una misión de santidad juvenil. Estas "distancias" que Juan toma con respecto a las distancias que le imponen el ambiente del seminario y el sistema de formación, *son expresiones de la búsqueda en que está empeñado y de su discernimiento vocacional.* Ser alma de ese grupo bullicioso y alegre es algo que viene de antes, un proceso aún indefinido pero con características propias, con rasgos inconfundibles *de amistad, confianza y ALEGRIA.*

LA PROTOHISTORIA

En ella encontramos las raíces de este grupo *que vive sus encuentros*. Juan, adolescente de unos 15 años, había entrado a la escuela que, como tal, era una estructura rígida en todo sentido, aun en el religioso; era una organización típicamente adulta e impositiva. Juan estaba como estudiante por encima de los límites de la edad. Y sabemos que el ambiente no le fue propicio: incomprensión, burlas en su contra, la imagen del campesino pobre, un poco fuera de puesto, en una institución que, por entonces, estaba sólo al alcance de los privilegiados. Nada le fue fácil. Había muchachos matones y desviados. Pero Juan se fue imponiendo. Y precisamente por colocarse en dirección opuesta a dicho ambiente: *además de sobresalir como estudiante, sobresalió como compañero, como amigo, por su ingenio y creatividad*. Se hizo centro de interés de muchos que quedaron encantados con sus actitudes, capacidad de servicio, fantasía. Daba algo que hacía falta, aportaba sabor a la vida. Sus compañeros lo sintieron así. No se trataba de un liderazgo natural. Si muchos habían hecho de Juan objeto de sus burlas. Era evidente que Juan construía vínculos, creaba amistad, suscitaba simpatía, despertaba sentimientos de reciprocidad. Nada de esto fue gratuito. Juan tuvo que aprender a vivir en ese ambiente escolar nuevo para él. Tuvo que amoldarse. Pero no para ser un repetitivo del mismo. No se dejó de los malea-

dos, defendió a los débiles, apoyó a los inexpertos, se prodigó para ayudar y prestar sus servicios a todos. En pocas palabras, desplegó todo su sentido y capacidad de solidaridad y ayuda. *Y se hizo querer.*

Se habían echado los cimientos. Y Juan sembró una piedra miliar en su camino: *la Sociedad de la Alegría*. Fue su primera fundación. Se colocaba a la cabeza de sus compañeros con un indiscutible liderazgo. Se trató de un grupo casi informal, con un reglamento mínimo. Pero mirando las cosas en profundidad, se descubre una intuición genial y una pedagogía perspicaz para cautivar a sus coetáneos, al responder a necesidades que los sicólogos modernos resaltan *como imperativos* en los jóvenes: *el protagonismo* (daban vida a un grupo juvenil del que se sentían responsables), y *la expansión de su energía en la alegría y en la fiesta*. Empezaba así a surgir *el asociacionismo* que es una de las propuestas pedagógico-educativas que hace a los jóvenes la pedagogía salesiana. Por otra parte, los puntos del reglamento, referidos genéricamente al cumplimiento de los deberes estudiantiles y cristianos, prefiguraban posteriores síntesis afortunadas de formación integral, de educación como evangelización y de ésta como aquella. *Y la alegría se convertía en un compromiso, en un verdadero credo juvenil.*

El recorrido retrospectivo por los caminos de

búsqueda de Juan nos lleva a pensar en los caminos de Dios. Por eso todo está lleno de significado. Es Dios quien conduce su historia. “La historia humana —expresa José María Cabodevilla en su reflexión sobre la alegría— tiene su protohistoria en los planes divinos y, antes que ser una ejecución de proyectos humanos, constituye el puntual cumplimiento de unos inefables designios superiores que lo abarcan todo, el deseo de los hombres y su realización. . . ”. Y la alegría es un elemento tan trascendental y definitivo en la actitud de Sistema Preventivo y en la *asistencia salesiana*, que nos remonta a la protohistoria en Dios. De este modo comprendemos que *la alegría no es un mero sentimiento sino una actitud que se asume delante de Dios y una respuesta a la interpelación divina*.

No había nacido Juanito en una época y en un ambiente que, de por sí, invitaran a sentirse alegre: había grandes convulsiones sociales y mucha pobreza. Pero precisamente desde niño, se va perfilando como un apóstol de la alegría. A los 9 años no sólo está el acontecimiento del sueño. Juanito empezó también *a perfilarse como acontecimiento* entre los muchachos de los alrededores: fue aprendiendo como agudo observador en las ferias los trucos de los titiriteros y vendedores de específicos y los chicos como él se admiraron de verlo funámbulo, prestidigitador, equilibrista, acróbata en ciernes y luego “tan profesional” como ninguno. Lo rodea-

ban entusiasmados, lo miraban boquiabiertos, se llenaban de felicidad, aplaudían rabiosamente, dejaban volar su fantasía, se desternillaban de risa, no ocultaban su entusiasmo y, como EL PEQUEÑO SATIMBANQUI les llegaba al corazón, lo escuchaban con inmensa simpatía, aceptaban su mensaje y una pequeña oración final los transportaba al cielo. Empezaba una nueva escuela en que la alegría no es un paréntesis, ni sólo un recurso pedagógico, ni una meta, como tampoco un mero pasatiempo ni, menos aún, una evasión. Es una escuela que inaugura Juanito y que tiene como punto de partida, itinerario y motor de su dinamismo la gran verdad, que es esencialmente una vivencia y experiencia: *“Dios ocupa en nuestra vida el lugar que reservamos a la alegría. Creemos en Dios en la medida en que creemos en la alegría”* (Louis Evely).

Así como Juanito Bosco inició su presencia entre los muchachos creando un mundo de juego y fantasía para transportar las mentes y los corazones arriba “donde están las verdaderas alegrías”, *la asistencia salesiana debe ser UNA PRESENCIA DINAMICA, INNOVADORA y CREADORA para vivir y transmitir la alegría y celebrar con los jóvenes y para los jóvenes la fiesta de la vida.*

“¿QUE SE HIZO DON BOSCO SALTIMBANQUI?”

nos pregunta el Cardenal Anastasio Ballestre-

ro al relievar el modo maravilloso como Don Bosco intuyó la dimensión lúdica en la existencia. Y añade: "El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, y Dios dice, hablando de sí, por medio de su Palabra, que gobierna el mundo jugando. La dimensión lúdica de Dios es algo muy bello. Y el joven la lleva dentro de sí". Subraya luego que "Don Bosco era un artista, un hombre lleno de fantasía (. . .) Y me parece que esto se convierte en algo profundamente comprometedor para el salesiano de nuestro tiempo". Es cierto. La capacidad de innovación, de creatividad, de celebración, de fantasía toca directamente nuestro carisma, da contenido a nuestro modo de ser. Nuestra vocación salesiana tiene como especificidad la alegría. Es un elemento definitorio de nuestro espíritu.

Don Bosco saltimbanqui no es para nada una mera evocación anecdótica. Tampoco marca un momento en la vida de Don Bosco. Es mucho más. . . alguien que vive porque sabe vivir la alegría, la traduce en fiesta y fantasía, la transmite, contagia con ella a sus muchachos. Se amplían así los horizontes estrechos por la pobreza, entristecidos por las carencias, ensombrecidos por las incertidumbres. Al rededor de la alegría el primer grupo de Don Bosco empezó a vivir, a cantar, a amar, a soñar. Y cuando se vive así juntos, se crea ambiente, se comparte, se sienten ganas de vivir. *Todo queda lleno de este hondo sentido de la vida, de humanismo.* La demonstra-

ción de lo cual la encontramos cuando el grupo hace barra a *su jefe* retado por el saltimbanqui profesional que daba espectáculos de alta acrobacia y vencía a los jóvenes más ágiles. Había que defender el terreno propio y el prestigio de la Sociedad de la Alegría. Son cuatro competencias con apuestas de dinero de por medio. Una a una las gana Juan. El atleta y acróbata se siente humillado y, además, “desplumado” en sus haberes. Pero el grupo es algo más que capacidad de competencia. Sabe de bondad y humanidad. Juan y sus compañeros le devuelven el dinero que le habían ganado y hacen que todo termine en franca camaradería con el perdedor, en una cena a la que éste invita y en un apretón de manos cordial con que se despidieron *como amigos*. *Este fue el triunfo del grupo, el verdadero triunfo. . . la alegría auténtica se da, ensancha su espacio, se contagia*. Lo que no significa que sea fácil. Hay tanto de heroico en ello. Compartir la alegría con los otros, hacer que participen de nuestra dicha, supone un desinterés inmenso, sensibilidad y delicadeza de corazón muy finas, desprendimiento de corazón, en fin, muchas actitudes que ordinariamente están por encima de nuestras fuerzas.

Así creció el grupo, se proyectó hacia el futuro, llegaba a las puertas del seminario de Chieri a darle bocanadas de aire fresco a su fundador que estaba viviendo una etapa en que bien las necesitaba. E inauguró con su existencia y con su

vivencia un espíritu, de novedad inmensa, una realidad juvenil emblemática, una actitud de profetismo, un ambiente de crecimiento humano-divino, gestor de esperanza, colmado de gritos, juegos, cantos. . . y de santidad: *el Oratorio de Don Bosco*.

No, la alegría no es un anzuelo pedagógico en la mentalidad de Don Bosco ni un medio de persuasión. Como explica el P. Pedro Braidó, Don Bosco evalúa muy bien la psicología del muchacho. Es un gran intuitivo a este respecto. “Sabe que la forma de vida del muchacho es la alegría, la libertad, el juego, la Sociedad de la Alegría. . . y sabe que para una acción educativa normal y profunda, el muchacho tiene que ser respetado tal como es en su dimensión natural, que no admite opresiones, imposiciones, violencias. Y sabe, además, que no hay nada que hacer con un muchacho artificialmente anormal, solitario, triste, envejecido antes de tiempo”.

“En fin, la alegría es para Don Bosco resultado de una evaluación cristiana de la vida. El Evangelio, la buena noticia, debe ser tal sobre todo para el joven cristiano, sin jansenismos ni rigorismos. De la religión del amor, de la salvación, de la gracia, no pueden sino brotar la alegría, la dicha, el optimismo confiado y positivo”.

La alegría como actitud, Don Bosco *la irradia*

y nos la transmite como herencia. Nosotros la asumimos como responsabilidad salesiana, en toda su profundidad: es sentimiento, es virtud, humanismo, expresión, búsqueda, esperanza, amistad, comprensión, entrega, filosofía de la vida, amor.

El P. Egidio Viganó logra una valiosa síntesis de la que podríamos llamar doctrina salesiana sobre *la alegría como actitud*: “Es la alegría de vivir testimoniada en la vida cotidiana; es la aceptación de los eventos como camino concreto y audaz de la esperanza; es la intuición de las personas con sus dones y con sus límites para constituir familia; es el sentido agudo y práctico del bien con la convicción íntima de que es (en nosotros y en la historia) más fuerte que el mal; es el don de predilección hacia la edad juvenil que abre el corazón y la fantasía hacia el futuro e infunde elasticidad creativa para asumir con equilibrio los valores de los tiempos nuevos; es la simpatía del amigo que se hace querer para construir pedagógicamente un clima de confianza y de diálogo que conduce a Cristo; es un emparra-do de rosas que se recorre cantando y sonriendo y también defendiéndose de las espinas”.

“ALEGRATE, LLENA DE GRACIA. . .”

(Luc. I, 28)

Sí, la alegría es una convocación que nos llega de lo alto. Y sólo se puede responder a ella

poniendonos en actitud de alegría. La alegría hay que vivirla. “El verdadero amor, la verdadera fe, el verdadero desinterés. . . es precisamente éste: que aceptemos ser felices” escribe Louis Evely. Es abrirnos a la gratuidad del don de Dios que nos colma, nos transforma, nos transporta . . . porque nos tiene en cuenta ya que quiere que seamos indispensables para El.

Estamos en la economía de la nueva creación. María de Nazaret recibe la primera interpelación. Se le pide el *nuevo fiat para hacer a Dios a imagen y semejanza del hombre.* La vida queda convertida en gracia, es decir, divinizada, en la misma medida inconmensurable en que se humaniza Dios. El suelo se vuelve cielo por la comunidad divino-humano-humano-divina. La anunciación es el acto vocacional por excelencia con que Dios interpela a la humanidad para que exista en la nueva dimensión que traza el amor del Todopoderoso. *Y esta vida convocada por Dios en el Verbo es alegría porque es gracia y es gracia porque es alegría.*

María, nos dice el Evangelio, abre su corazón a este misterio, lo acepta, lo siente, lo vive, se precipita a compartirlo, lo canta: “Porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso. . . engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador. . . por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada”. *La humanidad ha empezado a cantar la can-*

ción de la alegría. La alegría se hace historia.

Y todo se transforma y tiene que cambiar. “El Evangelio —proclama Louis Evely— comienza con una inmensa alegría. Anuncios, promesas, milagros, llamadas, una continua maravilla. Todo el mundo está transtornado: Isabel, la estéril, da a luz; Zacarías, el incrédulo, profetiza; la Virgen es ahora madre; los pastores charlan con los ángeles; los magos dan todo lo que tienen; Simeón ya no tiene miedo de morir. . . El mensaje más urgente, el descubrimiento más apremiante, era que Dios era diferente de nuestra manera de concebirlo, que Dios era infinitamente mejor, infinitamente más tierno, más esplendoroso, más encantador de lo que nunca podríamos imaginarnos. El mayor y principal deber. . . saltar de gozo, darle gracias, sentirnos primero confundidos y después iluminados, llorar, reír, besar sus manos y sus pies. . .” Por eso. . . ¡ALEGREMOS, LLENOS DE GRACIA!

Es la alegría que el salmista profetiza llamando a la alabanza: “Gritad de júbilo, justos, por Yahveh, de los rectos es propia la alabanza. . . cantadle un cantar nuevo, tocad la mejor música con la aclamación” (Sal. XXXIII, 1-3). San Pablo nos invita a vivirla intensamente y como actitud de vida: “Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. . . el Señor está cerca” (Filip. IV, 4). Es fruto del Espíritu Santo (Gal. V, 22). Jesús la vive intensamente por la

revelación que Dios hace de su amor a los pequeños: “En aquel momento, se llenó Jesús de gozo . . .” (Luc. X, 21). Es un don del Señor: “Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea colmado”. Es la seguridad de que Dios nos ama y cumplirá sus promesas: “Alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos” (Luc. X, 20). “Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar” (Juan XVI, 22).

En la Regla de Taizé se dice bellamente: “La alegría perfecta. . . es estupefacción, renovación ante la gratuidad de Aquel que concede en abundancia bienes espirituales y terrenales. Es reconocimiento. Es acción de gracias”.

El sueño de los 9 años, la anunciación para Juanito, . . . el pequeño santimbanqui. . . la Sociedad de la Alegría. . . el Oratorio, son etapas, o mejor hitos, de una historia de alegría que se convierte en santidad educativa y se desborda en santidad juvenil. *Es la historia de la alegría salesiana.*

La santidad de Don Bosco está llena de sencillez, colmada de alegría, transparentadas ambas en su rostro inolvidable y fascinante porque sonreía siempre y sus ojos desbordaban de bondad y de afecto. *Podemos decir que en su pedagogía la bondad y la alegría se unifican.* Y esta unidad se traduce en el dinamismo incansable

de su misión apostólica y en su entrega total e incondicional a los jóvenes, en esa su presencia amorosa, amigable, transmisora y constructora de alegría que él simplemente llamó *asistencia salesiana*. Su simpatía externa es la manifestación de su vida interior, de su alegría, del tejido de sus convicciones, sus intuiciones, sus coherencias, su contemplación, su fidelidad al querer de Dios.

Como apunta con tanta expresividad y acierto el Cardenal Anastasio Ballestrero: “Su entrega a la misión por los jóvenes, como fue para Don Bosco su máxima alegría —porque es innegable que vivía en ese ambiente de alegría como en su aire y en su atmósfera— fue también el itinerario de su pasión, su fatiga y su viacrucis. Las cosas se mezclaron en un contexto extremadamente bello y significativo, aun en los detalles de los episodios, de las circunstancias, en las secuencias de los crecimientos, en los períodos de éxtasis y, también, en ocasiones, en las regresiones y pasos atrás que también él conoció y tuvo que dar. Sus jóvenes lo consolaron y lo compensaron por su entrega, pero también le hicieron pasar las verdes y las maduras. . . A veces por culpa de ellos, otras veces por situaciones ambientales que eran particularmente difíciles y muy arduas para jóvenes y adultos”.

Pero es un itinerario en que la alegría y la pasión no se contraponen. La actitud de alegría es

la misma actitud de Sistema Preventivo, lleno de amor en la entrega a la misión, a los jóvenes concretos y esa entrega es, a su vez, fuente de alegría. Lo que expresa el Apóstol cuando, al hablar de su ministerio, establece los contrastes en que tuvo que desarrollarlo y cómo fuimos “tenidos como tristes, aunque siempre alegres” (II Cor. VI, 10). . . “con la alegría de la esperanza, constantes en la tribulación, perseverantes en la oración” (Rom. XII, 12).

“OS ANUNCIO UNA GRAN ALEGRIA. . .”
(Luc. II, 10)

La noche era oscura y fría. Unos pastores humildes la pasaban al descampado cuidando sus rebaños. Fueron aquellos los destinatarios de la anunciación. . . no ya de la promesa sino de la realidad: había nacido el Buen Pastor, el que apacentaría los rebaños, el que daría la vida por sus ovejas. . . había llegado la salvación.

Periferias de la ciudad y periferias de la sociedad, noches a la intemperie, necesidades en abundancia, soledad, abandono, horizontes muy oscuros, vida sin futuro, muchachos entristecidos “y postrados como ovejas sin pastor” (Mat. IX, 36). En la profecía de Ezequiel estaba dicho: “Yo suscitaré para ponérselo al frente a mis ovejas un solo pastor que las apacentará” (XXXIV, 36). Y a Juanito, el Personaje del sueño de los 9 años lo llamó por su nombre y le ordenó ponerse

a la cabeza de aquellos muchachos, mientras la Señora de aspecto majestuoso le señaló: "Este es tu campo, donde tienes que trabajar". Al mirarlo Juanito vio "mansos corderitos que *haciendo fiesta al Personaje y a la Señora, seguían bailando y saltando a su alrededor*".

Son los antecedentes de la llegada de Don Bosco a la realidad triste de los muchachos, a su inserción y presencia en medio de ellos con su sonrisa, con su bondad, con el deseo inmenso de hacérselos amigos. Llegó para siempre *a iluminar su vida con la revelación de un Dios bueno y amable que los ama*, de la dignidad incomparable de sus vidas, de la alegría como condición fundamental de la existencia y ley de la juventud que, por definición, tiene que ser la edad en expansión gozosa y libre. . . precisamente lo contrario de lo que estaba viviendo, experimentando y sintiendo.

Era el mensajero de un Dios simpático, que los mira sonriente, infinitamente cercano, algo más, incansablemente presente, joven, alegre, bondadoso, amigo, compañero, que quiere la felicidad de los muchachos, que creó estrellas y luces, vientos libres y niños que corren, pájaros que cantan y chicos que silban, que juega a las escondidas para hacerse buscar, que deslumbra y sorprende al hacerse hallar. . . por ser tan simpático, por ser El quien creó la vida *a imagen y semejanza suya*.

Por eso en el amor a la vida y a la fiesta Don Bosco traza lo más original de la espiritualidad juvenil como propuesta que les hace a sus muchachos y como ambiente que se propone construir con ellos y para ellos.

El PROYECTO de Don Bosco contempla la necesidad que tienen los muchachos de ser precisamente eso: muchachos. Es el ambiente de familiaridad, confianza, juego, libertad, absolutamente opuesto al ambiente en que los encontraba, que los oprimía, les impedía ser muchachos, los llenaba de amargura y de tristeza. La alegría es la palabra de orden, el elemento clave. En este sentido de la creación del ambiente Don Bosco desplegó toda su creatividad, su trabajo incansable, soñó y buscó realizar. Compartió con los muchachos vida, trabajo, pobreza, juegos, dificultades, esperanzas. Fue alma de sus juegos. Encantó a los jóvenes con su gracejo y buen humor, al tiempo que captó la necesidad de su expansión, de la manifestación de sus sentimientos y de que *el educador pertenezca a su alegría*. “El aire libre, el patio donde se puede correr desahogadamente, se convertirán en el ambiente ideal para Don Bosco”.

Por eso quería recreos animados con los juegos más agradables para los muchachos y apetecidos por ellos y hasta llegó a afirmar que el recreo “es obra meritoria delante del Señor”. Y expresaba como síntesis de su pensamiento pe-

dagógico: *“La gimnasia, la música, la declamación, el teatro, son medios eficacísimos para obtener la disciplina y favorecer la moralidad y la salud”*

Don Bosco promueve la alegría, *como anuncio de vida, como preludio de salvación*. Por eso la alegría, la diversión, *también deben ser buscadas por sí mismas, juvenilmente*. La alegría, como estado de ánimo, actitud en la vida, es una señal de la presencia del Señor en la vida del muchacho. Como escribió alguien muy afortunadamente: *“Cualquier hora de paz, amor y alegría significa una victoria explícita del Señor”*. De ahí su insistencia en que los jóvenes estén contentos y que aparezca entre sus muchachos como un creador de su alegría.

Lo confirma un chico del Oratorio, Domingo Ruffino, quien escribía: *“Tengo la impresión de encontrarme en un paraíso terrenal, porque todos están alegres, con una alegría verdaderamente del cielo y sobre todo cuando Don Bosco se encuentra en medio de nosotros. Entonces, las horas que pasamos nos parecen minutos y todos están pendientes de sus labios como si estuvieran encantados. El es un imán para nosotros, porque apenas aparece todos corren a su alrededor y se sienten tanto más contentos cuando más cerca de él pueden estar”*.

Por su parte, el P. Alberto Caviglia, intérpre-

te como es de los más autorizados del espíritu salesiano, concluye: "Don Bosco supo ver la función de la alegría en la formación y en la vida de santidad y quiso que se difundiera entre los suyos la jovialidad y el buen humor". La casa de Don Bosco era el ambiente de alegría y para la alegría. De aquí el dicho que nos es tan tradicional y encierra un grado tan alto de definición y de carácter de los ambientes auténticamente salesianos: "La tristeza y la melancolía. . . lejos de la casa mía".

Si consideramos los grupos juveniles históricos y concretos entre los que Don Bosco se hizo semilla y fermento de alegría con su presencia: grupos de muchachos que sólo podían estar tristes por sus condiciones de pobreza, de aplastamiento y de asedios morales de todo género, de vida sin esperanza, sentido ni porvenir, y el anuncio de Don Bosco de la dignidad personal y de la existencia de cada muchacho, *hecho como invitación a la alegría, entonces comprendemos que ésta es un verdadero desafío, una meta en sí misma, una dimensión de la más infinita trascendencia.* Porque la alegría que Don Bosco anuncia con su presencia y que crea e inventa por todos los medios para sus muchachos *es la alegría que vive tan profundamente, que brota de su contemplación de Dios, de estar convencido de ser un instrumento de lo alto, de ser parte agradecida, activa y consciente del plan salvífico de Dios.*

Leonardo Boff describe esta realidad con singular claridad y belleza: “La serena alegría y la tranquila serenidad son consecuencias de un proyecto fundamental enteramente centrado en Dios. El gozo, don del Espíritu Santo, como atmósfera imperturbable de un corazón, no es un gozo de necios que se alegran sin motivo alguno. La alegría nace como consecuencia de amar y ser amado, de sentirse salvo y perdonado por Dios, de saber que toda la creación tiene un destino feliz. La alegría brota de la incommovible certeza de que, en Cristo Jesús, Dios nos ha aceptado como somos: pequeños, débiles y tardíos en corresponder. La alegría nace de la experiencia de sentirnos hijos de Dios y hermanos de todas las criaturas, de vivir confraternizando con todos los elementos, como hermanos y hermanas en la casa del Padre. Esta alegría no es sólo una emoción psicológica o un estado pasajero del alma. Constituye una existencia, es decir, una situación real-ontológica de todo hombre habitado por Dios, *nuestra alegría*. Los motivos de la alegría sostienen al hombre aun en medio de sus tribulaciones y persecuciones, en su verdadero y perfecto gozo. Así Pablo sentía un gozo inmenso en medio de sus aflicciones y los primeros discípulos salieron contentos de haber merecido aquel ultraje por Jesús. La humilde y diaria alegría que experimenta el hombre justo en la convivencia con los seres queridos o con los amigos, con el fruto de su trabajo, con los alimentos que sustentan su existencia, con las actividades crea-

doras o recreativas son otros tantos sacramentos de la perfecta alegría del Reino; son manifestaciones históricas —a pesar de su ambigüedad— de la gracia-alegría presente en la existencia mortal”.

Comprendemos en qué sentido Don Bosco acuñó, según su experiencia en la formación de los prototipos de la educación salesiana, *el tríptico programático de ALEGRÍA, ESTUDIO y PIEDAD, como verdadera y auténtica fórmula de santidad juvenil*. Fue el consejo que dio a su alumno Francisco Besucco. También envuelve a Domingo Savio y a Miguel Magone. Porque es la fórmula de una verdadera escuela de santidad para muchachos, sencilla ciertamente, fácil ya que ha sido concebida para adolescentes pero profunda y eficaz como ninguna. Lo testimonia la vivencia de Domingo Savio quien, formado por estos principios, al dirigirse a un chico recién llegado al Oratorio, Camilo Gavio, para entablar amistad con él y acompañarlo en su recién iniciada estadía, con la sencillez enorme de una conversación entre compañeros, le dijo la frase que inauguró una nueva dimensión de testimonio y ejemplaridad en la Iglesia: “*AQUI NOSOTROS HAREMOS CONSISTIR LA SANTIDAD EN ESTAR MUY ALEGRES*”. Sí que había sabido comprender y asimilar a Don Bosco.

Y pensar que todo había comenzado años atrás, con un niño que pastoreaba vacas. . . que había tenido un sueño. . . y aprendió a hacer

malabarismos y caminaba sobre la cuerda floja, en I Becchi . . . sobre una colina que hoy llamamos, como lo hizo el Papa Juan Pablo II, con toda nuestra esperanza y convicción, como programa de vida para el presente y compromiso para el futuro. . . *LA COLINA DE LAS BIENAVENTURANZAS JUVENILES.*

¡VIVA LA FIESTA!

Se escuchó veces incontables en el Oratorio de Turín. *Era lo mismo que gritar ¡VIVA DON BOSCO!* El grito, la fiesta, la algarabía, el juego, los bombos, el teatro, las fanfarrias, la celebración, la familia, el canto, la música, el carnaval, los paseos, los coros, la liturgia solemne. . . y muchas dimensiones más nos hablan del ambiente festivo del Oratorio en los tiempos de Don Bosco. Son expresiones de vida, exuberancia juvenil, medios incomparables de formación, *realizaciones del Sistema Preventivo, creaciones de la asistencia salesiana.* Y son nuestra tradición. Somos, por herencia, *celebrantes de la fiesta.*

Con todo, hay sinceros interrogantes que plantea Teresio Bosco, a manera de examen de conciencia, luego de una meditación sobre la alegría:

— “¿Tienen alegría los jóvenes que nos rodean?”

— “¿Participamos en la alegría de los muchachos o permanecemos extraños a ella?

— “¿*Nuestra asistencia está dirigida únicamente a impedir el mal o especialmente a ORGANIZAR LA ALEGRÍA, EL GOZO?*”.

Esta organización es la de la fiesta y es una concreción medular de la actitud de Sistema Preventivo. Por eso interpela nuestra fidelidad y es un termómetro de la misma. De modo que no puede ser otro nuestro punto de partida: traducido en otras palabras, la promoción de la fiesta corresponde a nuestra visión salesiana de la vida, de nuestro apostolado, de los jóvenes, de nuestro momento histórico. En este contexto somos personas en vocación-consagración-misión y responsables de un espíritu, el salesiano, don de Dios a la Iglesia. Es el sentido de la originalidad de nuestra propuesta de santidad juvenil el que está de por medio.

Porque todo se centra en el Misterio Pascual de Jesucristo: su pasión y su muerte constituyen la donación total de sí mismo a la humanidad, el medio de comunión absoluta con la naturaleza humana; y su resurrección es su máximo don en la ascensión definitiva de nuestra vida y en su exaltación a la divinidad y, por ende, a la inmortalidad. Es la vida que amamos, celebramos como fiesta, es la alegría que nos inunda y que desborda de Cristo Resucitado. “En la comunión

de los santos —dice la Regla de Taizé— días tras día cantamos las compasiones renovadas del Señor y su misericordia excita nuestro fervor”.

Momentos de fiesta

Constituyen lo opuesto a la vida como fiesta. Pero así se vive en la civilización del tiempo libre. No importa que sea la de los valores del hedonismo y el consumismo y que tenga el goce como meta suprema. Ni que se hayan inventado tantos medios y tantas cosas. Nos inundan las luces, los ruidos, las imágenes de lo que debería ser la felicidad. Pero sólo sacan artificialmente de la realidad. Existen muchas celebraciones, se celebran muchas cosas. . . *en el tiempo libre, fuera del trabajo.* ¿Felicidad circunscrita, reducida a momentos? ¿Cuál será su sentido, el impacto en la vida? ¿Festejos del presente sin proyección y significado para el futuro?

Pero si la alegría y la fiesta son la ley de la vida. O mejor, tenemos que hacerlas ley, condición, realización, motor, etapa, proyección y meta final. No pueden ser efímeras, falaces, abstracciones de la existencia. La vida es un misterio, es cierto. Hay que definirla, comprenderla para amarla. La necesidad de significado en ella es tan fuerte como la necesidad de la alegría y de su expresión, la fiesta. Entonces, ésta no puede quedar reducida a los momentos libres, accidentales, quizás cada día más escasos.

El problema del significado toca muy directamente a la juventud. En este sentido se dice que es una categoría social que lucha por abrirse paso. Juventud: un tramo de la vida, en tensión, repelido quizás por el mundo adulto y que fluye inevitablemente hacia él. ¿Crítica o en crisis? ¿Protagonista o manipulada? ¿Libre o aherrojada? Lo cierto es que se trata de *la encrucijada de la vida* . . . de las posibilidades hacia el futuro.

Pero ¿qué es lo que se le ofrece? Cuando se habla de la categoría juvenil parece predominar una sensación de pesimismo: el horizonte es oscuro. Como hemos subrayado anteriormente, de las perspectivas halagüeñas que acompañaron al modelo juventud, se ha pasado al miedo de la insatisfacción, a serios temores de frustración. Muchas de las metas propuestas y soñadas se perciben inalcanzables para la mayoría de los muchachos y el protagonismo juvenil ha perdido mucho espacio. . . o se lo han quitado. Hay quienes creen predominantes en la sociedad actual la soledad, el hastío, el agotamiento.

Hace dos décadas el teólogo bautista Harvey Cox escribió y publicó un libro realmente maravilloso: LA FIESTA DE LOS LOCOS, una visión teológica de la fiesta y de la fantasía. Con este ensayo trasciende el otro libro de 5 años atrás, LA CIUDAD SECULAR, en que trata la emancipación de la ciencia, la técnica, la organización social y política, etc., con respecto a la religión y

la consolidación del mundo de la laicidad: era cuando se agigantaba velozmente el tipo de sociedad urbano-industrial que se impone actualmente con todos sus valores y características y también con sus enormes contradicciones.

Habla de cómo se ha perdido la unidad de la vida y se ha creado, en esta forma, una brecha, muy grande y hasta definitiva por cierto, entre los hombres que trabajan por el cambio y el progreso y los que celebran la vida. Como si aquellos tuvieran que ser ascetas sin alegría, y estos no tuvieran raíces en la tierra. Así se ha perdido el sentido de la fiesta. Y habría que añadir que se ha esfumado la alegría de vivir. “La muerte de Dios es una experiencia del hombre. Se ha producido en la vida del hombre industrial porque ha perdido la capacidad de vivir al mismo tiempo en la historia y en la eternidad y de afirmar todas las dimensiones del tiempo como amigas suyas. Preocupado por producir y administrar, ha perdido relación con dimensiones amplias de la realidad. Su ser ha quedado vulnerado y exhausto”.

Es una cultura en la que la fiesta apenas puede ocupar espacios muy reducidos y aislados. La felicidad también queda fragmentada. Y parece predominar *la des-gracia sobre la vivencia, experiencia y sentido de la gracia*. La trascendencia, entonces, se convierte en quimera. Y hasta la religión, que se reduce a un mero compartimento de la vida, se ve afectada por nuevos bro-

tes de espíritu jansenista: como afirma Louis Evely: "La mayor parte de los cristianos están mejor preparados para afligirse con Cristo que para alegrarse con El".

Los jóvenes padecen particularmente la tensión entre *el tener más y el ser más*, siendo aquel el valor dominante de la cultura y sociedad que se imponen actualmente como modelo para la vida humana. Con todo, *el tener más* está cada día más radicalmente limitado por la concentración de la riqueza en pocas manos, por el agotamiento de la naturaleza, por la pobreza creciente como contraparte, por la identificación de la dignidad humana con la acumulación de bienes de consumo, mientras se ignora la persona y se cierran espacios a los anhelos de individualidad, de reconocimiento del yo, de opciones personales, de libertad. La vida se vive en un terrible cotidiano aislado de todo futuro ya que éste aparece tan confuso y tan poco promisorio,

Ha habido movimientos juveniles para afirmar valores más humanos en reacción contra esta cultura deshumanizante: los "Hippies", por ejemplo, con su exaltación del amor, de la ternura, del arte, de la belleza, de la naturaleza, con sus irreverencias ante los ídolos y las sacralizaciones de la civilización del consumo. Tuvieron mucho de auténtico, grandes valores y también aspectos que podemos considerar equivocados. Mirados con curiosidad y hasta simpatía, los fueron sin-

tiendo incómodos, cuerpo extraño dentro de la sociedad que no se toleró más. No pudieron contagiarse con su fervor por la vida. Con todo, representaron un espacio de fiesta y fantasía, al que le faltó trascendencia. . . y ya no son sino un recuerdo del pasado. Han surgido también movimientos de protesta juvenil iconoclasta en busca del reconocimiento y afirmación del propio yo: intransigentes, sin mayores principios, que sabían más lo que no querían que lo que, en realidad, deseaban, estrambóticos, muchas veces violentos y muy replegados hacia el interior de sus grupos, han sido grandes reveladores de frustraciones inconmensurables. La concepción de cultura, vida y sociedad que tenemos en vista también ha generado evasiones de este tipo de existencia en el consumo de alucinógenos, alcohol, etc. que afectan a porcentajes muy altos de la juventud en los países del bienestar. Por otra parte, en los países empobrecidos por el sistema internacional, y dentro de él la mayor parte de los jóvenes del mundo, millones y millones, se debaten en la desesperanza y muchos la traducen, cada vez con mayor facilidad y frecuencia, en la reivindicación violenta y con la fe puesta en las armas.

LA VIDA, FIESTA DE LA RESURRECCION. . .

y la resurrección, fiesta de la vida. “La festividad —subraya Harvey Cox— no es precisamente un lujo en la vida. Provee la oportunidad al hombre

para restablecer su propia relación con el tiempo, la historia y la eternidad. Por eso, sólo un renacimiento de la festividad nos puede hacer superar la crisis religiosa que llamamos la muerte de Dios”.

Por lo mismo, para Don Bosco la alegría y la fiesta eran condición de la vida. Las propuso a sus muchachos, les ayudó a crearlas, no como un pasatiempo sino como una manera de comprender la existencia, de vivirla, de ser y hacer historia. Alegría y fiesta eran para él no sólo la inmanencia, el papel que se juega aquí y ahora en la historia; también eran la trascendencia, es decir, ir más allá de la historia. La Biblia nos presenta la escatología, ese más allá de la historia, como motor de la misma radicalmente orientada hacia el futuro. En este sentido alegría y fiesta concretan una teología de la esperanza.

En el observador y aprendiz de juegos y malabarismos cuando era niño, en el pequeño saltimbanqui, en el muchacho del sueño de los 9 años, en el fundador de la Sociedad de la Alegría, en quien se hace alma de los recreos de sus muchachos en el Oratorio, en el propulsor de la música, el teatro, los paseos. . . encontramos una figura humana desbordante de fantasía y con el sentido de la fiesta como nadie. Y talvez podamos afirmar que Don Bosco es esencialmente eso: un hombre de fantasía. Porque fue un soñador visionario y porque fue un santo. Por eso fue tam-

bién prestidigitador, artista y mago. Irreverente en sus actitudes de creador de la fiesta, de animador de juegos, de participante de la condición juvenil, en contra de los cánones de la gravedad clerical de su tiempo. Reverente como nadie en el ejercicio de su ministerio sacerdotal, en la presidencia de las Eucaristías convertidas en fiestas, llenas de coros, exuberantes de espíritu juvenil, sin la gravedad de la tradición litúrgica. Creador, innovador bajo la maestría de la Señora del sueño. Clarividente, intuidor del futuro, contemplativo de Dios, inmanente y trascendente en grado sumo, dicididamente fuera de muchos moldes ordinarios, y un celebrante de la vida y creador de la fiesta con sus muchachos, de la espiritualidad juvenil hasta la santidad en la alegría. Es que, como dice Harvey Cox; “la fantasía es una especie de humus del que brota la capacidad del hombre para inventar y crear. Es la fuente más fecunda de la creatividad humana. Teológicamente hablando la fantasía es la imagen de Dios creador del hombre. Como Dios, el hombre crea *ex nihilo*, en su fantasía, mundos enteros”.

Fue lo que hizo Don Bosco cuando descubrió a sus muchachos en cuyo aplastamiento se realizaba la muerte de Dios. Soñó por ellos, soñó con ellos, se puso entre ellos para hacerlos sonreír, para despertar el sentido de la esperanza y enseñarlos a vivir. Les comunicó el sentido de la fiesta para que se expresaran en ella, para que celebraran la vida y así superaran la tragedia que los

envolvía. La alegría y la fiesta compartidas, les daban la dimensión de la amistad, de la fraternidad y de la solidaridad. Y en todo esto, Don Bosco los quiso protagonistas. En las múltiples dimensiones festivas que salieron de su creatividad para los muchachos, los puso a jugar papeles que los hicieran ir más allá del presente, hacia la trascendencia. Era toda una liturgia de la vida que convergía a la capilla donde el sentido de la fiesta y sus expresiones eran realmente grandiosas: el pequeño clero, las procesiones, los coros y la música, la solemnidad extraordinaria, la frecuencia sacramental en todo su sentido de participación, de elevación a lo sobrenatural.

Esta alegría no era de momentos ni de tiempos libres. Era una vivencia en todo sentido y en todos los ambientes. Por eso era la formulación de un ideal de santidad. Entraba en la síntesis de formación integral de los muchachos, los comprometía en el cumplimiento de sus deberes, aun de los arduos y difíciles, en la alegría. Las fiestas tenían fechas, eran días especiales, en los que se escapaban los muchachos de lo cotidiano. Pero no eran escapismo ni entrar por un día en la irrealidad. El espíritu que Don Bosco quería en la vida de sus muchachos y creaba con ellos era el de la fiesta: porque se sentían amados, porque aprendían a ser compañeros, porque se renovaban como hijos de Dios. Esos días eran momentos fuertes de la realidad cotidiana, excepcionales y, al mismo tiempo, vivencia de lo ordinario,

visión especial del itinerario que recorrían acompañados por Don Bosco, profundización de la gracia y enriquecimiento del corazón, de la bondad del mundo y de la vida como don de Dios y como lugar para cumplir una misión y alcanzar un ideal. Y sabemos por el mismo Don Bosco que la fantasía de varios de sus muchachos llegaba a los misterios de la contemplación.

Los magos tienen a Don Bosco como su patrono y en el mundo entero lo celebran como tal. Comprendemos por qué. Los muchachos necesitan su presencia sonriente, mágica y festiva *para vivir la PASCUA DE SUS VIDAS*. Y sabemos por qué. ¿Qué se hizo Don Bosco saltimbanqui? A nosotros sus hijos nos toca realizar su fantasía entre los jóvenes y celebrar con ellos la fiesta de la vida.

VII. "EL PATIO..."

ES DON BOSCO ENTRE LOS MUCHACHOS: una idea, una imagen que no tienen necesidad de más comentario", escribió el P. Alberto Caviglia, sin duda alguna el más agudo intérprete de la vida del Oratorio. Tal vez no haya una definición más completa de la *asistencia salesiana*. Porque *asistencia salesiana y patio de recreo constituyen una unidad en la mentalidad de Don Bosco*. Es en el patio en donde el muchacho vive, expresa, fabrica su mundo juvenil. El patio es *propiedad* de los muchachos, el lugar de su juventud. Y es el patio en donde el educador empieza a ser compañero, amigo, confidente. Sólo así puede surgir la amistad juvenil-adulta. El punto de partida no puede ser otro sino el juvenil. El educador está al servicio del joven y es quien toma la iniciativa. El proceso educativo es el desarrollo, hasta su culminación, de una realidad ideal juvenil, con todo lo que ella implica y necesitada de espacio vital para que se expanda. *El patio es el sitio del joven. . . y también del educador.*

Toda casa de Don Bosco es de verdad toda para el muchacho. Y esto desde el Oratorio. Pero el patio es particularmente suyo, el lugar para ser muchacho, necesidad a la que Don Bosco responde primero, conmovido como fue al descubrir las condiciones en que estaban de desvalimiento y abandono, sin alegría y sin posibilidad de desahogar su dinamismo represado o quizás extinguido.

El patio es el punto de partida, el que se convierte en casa. Don Bosco empezó su obra por el patio. El encuentro con sus muchachos se produjo siempre en el nivel de éstos, es decir, con Don Bosco que se hacía como ellos en el juego, en la alegría, en las expresiones de toda la energía que llevaban dentro: fueron calles, potreros, ángulos cualesquiera de los barrios, atrios, colinas, plazas, aleros, huertos y hasta un cementerio. Lo que importaba era que fueran los imperios de la exuberancia juvenil. En la necesidad que el joven tiene y siente de ser joven está la coyuntura del encuentro de Don Bosco con él. *Por eso el patio es el lugar privilegiado de la educación salesiana.*

Otras dos referencias al patio, llenas de contenido, enriquecen y completan esta percepción:

Una la hace el artículo 40 de las Constituciones Salesianas sobre el Oratorio de Don Bosco como criterio permanente de la acción salesiana y de discernimiento y renovación de toda acti-

vidad y obra, cuando dice a la letra: “Don Bosco vivió una típica experiencia pastoral en su primer oratorio, que para los jóvenes fue casa que acoge, parroquia que evangeliza, escuela que encamina hacia la vida y *patio donde encontrarse como amigos y pasarlo bien*”. Es, pues, una de las dimensiones vitales, imprescindibles, de la experiencia pastoral. Está en el mismo nivel de la evangelización y del encaminamiento hacia la vida, es decir, de la perspectiva vocacional. En la presentación y definición del patio se vislumbran el aspecto comunitario, la vivencia de la amistad, la relación personal, el ambiente sereno y afectuoso, la posibilidad de crecimiento humano. Y se presupone, además, el dinamismo de la animación de Don Bosco como eje de toda esta vida y experiencia pastoral, como fuente de amistad y, al mismo tiempo, como punto de convergencia de la misma.

La otra referencia es de Juan Pablo II, en la *Iuvenum Patris*, cuando destaca “el amplio espacio y dignidad que daba el Santo al aspecto recreativo, al deporte, a la música, al teatro o, como solía decir, *al patio*”. Este viene a ser como el compendio de todas las expresiones de alegría y, por ello mismo, uno de los grandes y más importantes medios de educación en la visión y praxis de Don Bosco. Resalta el Papa el tejido de relaciones que el patio comprende y que lo constituyen, caracterizadas por la espontaneidad y la alegría, en las que el educador salesiano “encuen-

tra modos concretos de intervención, tan sutiles en la expresión como eficaces *por la continuidad y el clima de amistad en que se realizan*". Es una verdadera acentuación del puesto tan central del patio como *ambiente educativo* y de ningún modo como un mero lugar de recreo y de encuentro esporádico y fugaz. Para Don Bosco el encuentro suyo con los muchachos y de estos entre sí es un proceso que se inicia en el patio, se desarrolla y se profundiza. Luego el patio representa más que un lugar un espíritu, una atmósfera no sólo en que se desarrolla el crecimiento educativo sino que esencialmente es formadora por antonomasia.

Y el *amplio espacio y dignidad*, tal como los recalca el Santo Padre, nos remiten, según la visión de Don Bosco, a lo que hoy llamamos "*cultura juvenil*". Hay que tener en cuenta, por un lado, el ambiente real en que vive el muchacho, que lo moldea, le impone valores, comportamientos, le crea necesidades, en el que se quiere expresar y sólo puede hacerlo en determinadas dimensiones, quizás en muy pocas o ninguna cuando es un clima de aplastamiento. Es el ambiente en que el educador encuentra al joven, como Don Bosco se insertó en la tragedia juvenil de su momento y que tanto lo conmovió. Es ambiente que desafía al educador, que hay que mirar con atención y profunda sensibilidad, procurar conocer plenamente para buscar caminos que lleven *al muchacho hacia el encuentro*. Hoy

son quizás muchas las llamadas “culturas juveniles” que condicionan inexorablemente la vida actual y el porvenir de los muchachos.

Por otro lado, está la *cultura juvenil* como utopía, el ambiente ideal que el muchacho puede soñar, fantasía que va más allá de la realidad, anhelo de construir y realizar lo que no se ha experimentado todavía. “Gracias a la fantasía —apunta Leonardo Boff— el futuro y la esperanza mantienen su primacía sobre la brutalidad de los hechos y el peso del presente. Mediante la fantasía manifiesta el hombre su esencia más íntima, su capacidad de trascenderse y vivir siempre más allá de todos los límites”. Es, pues, algo que los muchachos necesitan pero que aún no existe, que lo sueñan y desean pero que talvez no está a su alcance o que ni siquiera sueñan pero que, de todos modos, es una necesidad imperativa en su existencia y la condición para poder vivir.

También para Don Bosco era una utopía. “Las cosas imposibles” que se le mandaban en el sueño de los 9 años. Era un visionario por encima de toda realidad y aun contra la misma. Soñó el Oratorio una y mil veces. Y lo construyó. *Y allí donde se encuentran los anhelos, sueños, grandes utopías de los muchachos, que trascienden su necesidad, con los sueños de Don Bosco convertidos en presencia suya y acción apostólica, esa dimensión inconmensurable de su actitud de Sistema Preventivo, la cultura juvenil ya*

no es utopía ni mera fantasía sino realidad: es EL PATIO.

EL ORATORIO ES EL PATIO

Lo deducimos de las premisas anteriores. Ya habíamos visto que con la fundación del Oratorio quedaban atrás los encuentros saltuarios con los muchachos, inevitablemente breves y se llegaba a un encuentro de presencia continua de Don Bosco en la vida de aquellos con la *característica esencial de compartir su vida. Es la esencia de la asistencia salesiana*. Se trata realmente de entrar en su vida. Por eso hablamos de la pedagogía de la encarnación, en toda su profundidad y carácter definitivo expresado en el Evangelio de San Juan: “El Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (I, 14).

No nos es fácil entender muchas cosas. Nos instalamos ordinariamente en el nivel de las nociones. Y aún en éste nos falta profundidad. Acostumbrados como estamos a los flujos enormes de muchachos que llegan a nuestras obras establecidas, mayoritariamente escolares, mucho se nos escapa de la realidad juvenil. Sus problemas ingentes no nos interpelan. Preferimos filtrar el acceso de “muchachos reales” con nuestros criterios establecidos de selección académica, pruebas psicológicas, veredictos técnicos y, ¿por qué no decirlo?, por razones económicas.

Lo que significa no encontrarnos, ni conocer su ambiente ni palpar sus necesidades. Por consiguiente, *hemos perdido capacidad de respuesta*. Los más pobres y necesitados se nos han quedado de lado, muy de lado. Tal vez por eso mismo *hemos perdido la noción y dimensión del patio*, con todo su significado, puesto central y carácter tan definitivo que tenía para Don Bosco. E inevitablemente, como la más lógica de las consecuencias, *también ha desaparecido en la misma proporción la asistencia salesiana*.

Don Bosco sí que había entrado plenamente en el mundo real y concreto de sus muchachos, aquellos que aceptó, por fidelidad a Dios, como destinatarios de su misión. Sintió las angustias que ellos sentían, lo mismo que las perplejidades, tremendas vacilaciones y desconciertos ante las sinsalidas en que se encontraban. Así fue la experiencia de los correccionales, el sufrimiento por la impotencia ante los empecinados y recalcitrantes, la dificultad inmensa para superar los muros de la desconfianza, para no perder la ilusión ante la amistad que ofrecía y que le rechazaban. Entrar en ese submundo, en la dimensión de la encarnación, implicaba no sólo mucho valor sino también muchísima esperanza. Don Bosco desplegó toda su solidaridad con los muchachos cuyas carencias y dificultades por la pobreza él había experimentado en su niñez. *Pero la carencia que más le dolía e interpelaba tan profundamente era la que él no había teni-*

do: la de un ambiente de bondad en el que él había podido ser niño, tener alegría, crecer, mirar con serenidad su futuro. El ingreso a ese submundo, como opción vocacional, le costó mucho. Pero salir de él, entrañaba quizás mayor dificultad pues Don Bosco pretendía, ante todo y sobre todo, hacer salir del mismo a sus muchachos.

Se había encarnado en su búsqueda, en la necesidad de comprensión, en la participación de la pobreza y necesidades. Pero de ese estar, en todo el sentido de la palabra, con sus muchachos pobres y abandonados, *pasó a querer que los muchachos estuvieran con él en el ambiente que soñaba para ellos.* Es el verdadero sentido de educar entendido como conducir. Salir del submundo que deshacía sus vidas a donde pudieran comenzar a hacerlas, a ser ellos mismos, al encuentro consigo mismos, con sus posibilidades, con su dignidad y perspectivas. Encuentro que, en el pensamiento y amor de Don Bosco es pascual, por lo tanto, *gracia*, que entraña un tránsito de la muerte a la vida y lleva indefectiblemente al encuentro con Jesucristo, Verbo de Dios encarnado, que no se quedó en la muerte sino que vive. El itinerario trazado por Don Bosco es la certidumbre de que cuantos se atienen a Cristo y lo siguen, vivirán con El.

Es el camino del Oratorio. Y éste, aún desde sus primeras etapas de nomadismo itinerante,

se identificaba con el patio, es decir, la utopía juvenil que había que construir juntos como espacio vital, cultura de la esperanza, escenario de la caridad apostólica, la amistad, la confianza recíproca, lugar físico de la celebración de ser muchachos y de serlo con esperanza, encontrándose como amigos y pasándolo bien.

La definición con que iniciamos este capítulo encierra toda esta realidad cultural y carismática que, fundamentalmente, *es creación de la asistencia salesiana*, en todas sus dimensiones de presencia tutelar, simpática y afectuosa en toda la plenitud de la amistad, dinámica y creadora de alegría, del sentido de la fiesta, animadora de la celebración, del juego y de la fantasía.

Don Bosco entre los muchachos, como definición del patio, nos remite, además, al carácter perenne de *la asistencia*: porque es una entrega a la causa juvenil, un itinerario de acompañamiento, una actitud vocacional, una amistad en crecimiento, un camino común hacia la meta del encuentro con Dios en la escatología, tanto para el educador como para el muchacho. Además, el patio como utopía juvenil, ambiente que abre las posibilidades de ser, experiencia pastoral y comunidad pascual, sacramento de la Pascua del Señor, es siempre algo que se tiene que estar construyendo, en el dinamismo profundo y comprometedor de fidelidad a Dios y a los desti-

natarios, según las exigencias y necesidades que se vayan presentando.

Esta experiencia y realidad tan genuina está muy en relación con los orígenes del carisma salesiano entre los más pobres y necesitados. Y con nuestras obras estamos muy lejos de dicha realidad. . . pero no de necesidades semejantes de los jóvenes y quizás más abismales que siguen existiendo y que desafortunadamente, entran muy poco o nada en nuestra mira. De ahí nuestras dificultades de renovación. Con todo, si supiéramos aprovechar, como inspectorías, como Familia Salesiana, para una renovación sustantiva, en profundidad, de las obras de frontera que nos acercan a los orígenes salesianos. Es el caso de los muchachos de la calle, especialmente en nuestros países pobres y subdesarrollados. Hemos entrado en contacto con las galladas de los chicos abandonados, con el submundo de las deformaciones humanas y del aniquilamiento de toda perspectiva futura y con todos los peligros que entraña de formación de personalidades hasta criminales, con grandes riesgos para su destino eterno, como decía Don Bosco. Cuánto necesitan del patio cuya esencia es invariable como la utopía juvenil redentora. Si nuestras inspectorías y cada uno de nosotros nos volcáramos a esta creación de patio. Si no siguiera siendo el interés de unos pocos soñadores. Si todos y cada uno fuéramos capaces de soñar como soñó Don Bosco ante circunstancias similares. . . y de hacer

patio colocándonos entre los jóvenes más necesitados. . .

Es de oro el comentario que hace el P. Alberto Caviglia sobre la tradición a la que tenemos que volver: “En la tradición de Don Bosco la vida del patio, tal como él la entendió, realizó e inculcó, es un factor esencial e indispensable para la educación completa de los jóvenes, es un aspecto central de su sistema, por lo que comprendemos las razones que tuvo para insistir sobre él escribiendo o hablando a sus salesianos (. . .) Quitemos de la vida de Don Bosco o de una casa la vida del patio: quedará una figura sin carácter y en la casa se creará un vacío illenable, en que se hunde sin remisión una gran parte, grande verdaderamente, de la típica construcción educativa, y es precisamente aquella del uno por uno, que es la más necesaria. En esa fraternidad y familiaridad se realizan, más que en ninguna otra dimensión, el conocimiento y la educación del carácter. Lo que más recuerda el alumno de Don Bosco de su vida juvenil entre los Salesianos, no es tanto la enseñanza o la predicación, cuanto la manera sapiente con que, en la libertad de la vida al aire libre en un patio o bajo un pórtico, en medio del ruido despreocupado de la multitud, sus educadores le daban consejos que quedaban impresos, porque habían sido dichos a la buena y amorosamente y porque eran sólo para él. Y esto es simplemente insustituible”.

LA GRACIA ACONTECE NO IMPORTA DONDE

Pero en la tradición y experiencia salesianas *acontece especialmente en el patio*. Y en él la gracia acontece en grado sumo. Baste recordar que la más novedosa fórmula de santidad fue acuñada y proclamada en un patio: “Nosotros hacemos consistir la santidad en estar muy alegres”. No tiene nada de extraño: en primer lugar, porque se trata de santidad juvenil, con todos sus presupuestos de ambiente, condicionamientos, expresiones. Lo que hemos llamado utopía, la cultura juvenil que debe existir. Es el humanismo que los muchachos necesitan y pregonan. En segundo lugar, porque es el tipo de santidad en el mundo, en el acontecer de la vida cotidiana, ciertamente en la perfección no como acontecimiento extraordinario, fuera de los moldes comunes, sino en lo ordinario, en los deberes más elementales, en los vínculos de la amistad y en la explosión de la alegría, la celebración, la fantasía como anticipación de la participación en la Pascua del Señor.

Por eso Don Bosco escribe con tanta veracidad y primor sobre los recreos de sus muchachos santos, como es el caso de Miguel Magone: “Era todo un espectáculo contemplarlo cuando la campana ponía fin a una ocupación a la que seguía el recreo. Ni que saliera de la boca de un cañón. En un santiamén pisaba todos los rinco-

nes del patio. Los juegos que suponían destreza corporal le encantaban. Le apasionaba sobre todo el juego que nosotros llamamos *barra rota* y llegó en él a hacerse el amo”. Y añade el comentario de un camino de superación que se había iniciado. En palabras muy sencillas se encierra algo muy grande: “De esta suerte encontró que, mezclando los deberes escolares con recreos, la nueva vida que acababa de estrenar, no estaba mal del todo”. Más tarde, teniendo en cuenta los progresos de Miguel, Don Bosco escribe lo que presenta como un ejemplo a los demás chicos: “El recreo, eso sí, ya se ha dicho, lo hacía a ciencia y conciencia. Pero tan pronto sonaba la señal para el estudio, para la clase, para el descanso o para ir al comedor o a la iglesia, él dejaba lo que tenía entre manos y se apresuraba a cumplir con su deber (. . .) El caso es que se le podría proponer como verdadero modelo de virtud”

Don Bosco entre los muchachos, como definición de patio, traduce una realidad mucho más vasta: ¡LA SANTIDAD SALESIANA es una santidad de patio! Somos educadores de patio. Es el escenario de nuestra santificación.

Asumimos el patio en toda la amplitud de significación que hemos esbozado. Pero también en la realidad circunscrita de metros cuadrados que se llena de muchachos. La una no existe sin la otra en cualquier perspectiva en que se quieran considerar. Dicen los biógrafos de Don Bosco que,

mientras le fue posible, *dejaba todo lo que tuviera entre manos para estar en el patio con sus hijos*. Era su presencia concreta, la relación personal, en el sitio concreto. Y en él Don Bosco hacía patio, es decir, era el creador de todo ese mundo de inmanencia-trascendencia que estaba mucho más allá del lugar en sí y podríamos decir que se remontaba sobre el tiempo y el espacio hasta la esfera de lo sobrenatural. Se trata de su respuesta personal a Dios como fidelidad individual y como proyecto, histórica y profética al mismo tiempo. Don Bosco en el patio es su actitud de Sistema Preventivo, la *presencia-asistencia* amorosa es la concreción apostólica de aquel. La realización de su santidad personal en el compromiso educativo y éste como propuesta de santidad juvenil.

Construye el patio, ante todo, con su actitud contemplativa, con su vivir viendo al Invisible. No sólo establece la no contradicción entre la contemplación y el juego, la alegría, la fiesta, sino que eleva el patio a las dimensiones más altas de la trascendencia. Lo colma de la alegría del cielo y, en nombre de la misma, es el primero en los juegos, el que encabeza el movimiento, el que preside la algarabía. Este aspecto sobrenatural del patio de recreo lo sienten y viven sus alumnos, como el mismo Don Bosco lo describe en las biografías de los compañeros ejemplares que presenta a los demás. Basta recordar lo que dice de Francisco Besucco: "Persuadido de

hacer cosa verdaderamente grata a Dios divirtiéndose, se mostraba siempre impaciente por el tiempo libre para aprovecharlo con este fin". Porque Don Bosco "me dijo que el recreo agrada al Señor y yo quisiera adiestrarme en todos los juegos de mis compañeros". Por eso pasaban tan fácil y normalmente del patio a la capilla y viceversa.

Y en su fina percepción de la psicología juvenil y de sus momentos de mayor apertura, Don Bosco aprovecha el patio, con su tráfago y ruido ensordecedores, para hablar a sus muchachos de cosas muy serias. Nosotros para ello buscamos la quietud, el silencio, quizás nos encerramos. Don Bosco simplemente interpela con afecto, invita a un pequeño alto en la carrera y en el jolgorio, y dice *una palabra al oído*, certera, dirigida al corazón y a la necesidad de sus muchachos que tanto conoce. O son las *buenas noches que mantienen estable y espléndido el edificio moral del Oratorio*: pocas palabras, ideas claves, mucho cariño y simpatía en ese discursito con que, en los mismos pórticos del patio, despide a sus muchachos para el descanso nocturno. Es tal la importancia de esta metodología de patio con respecto al mensaje sobrenatural que el P. Alberto Caviglia llega a afirmar: "Después de la confesión, no se puede indicar otro centro más vital y activo que éste (el patio) en su sistema". Es evidente que se trata de la palabra de Dios que vivifica la utopía juvenil, le da contenido y la engrandece.

TERMOMETRO DEL SISTEMA PREVENTIVO

El análisis más objetivo y la evaluación más estremecedora de la realización de su PROYECTO Don Bosco lo hizo con el patio como síntesis del mismo, punto de partida y de llegada de su pedagogía. Nos mide a los Salesianos con el patio. Y Don Bosco mismo, "siempre en medio de los jóvenes, especialmente en tiempo de recreo", es el punto de comparación.

Se mezclan y complementan luces de lo alto, dones de discernimiento, la madurez humana y pedagógica de Don Bosco, su experiencia acumulada, su unión con Dios, su caridad apostólica en este sueño-visión de sus salesianos y de sus muchachos, a quienes contempla no en la capilla, ni en las aulas o talleres, ni en los dormitorios, ni en ninguna otra parte sino *únicamente en el patio*. Volvamos otra vez sobre la *Carta del 84*, "la exégesis más eficaz de la asistencia amorosa y preventiva" que Don Bosco nos transmite como el más apremiante llamamiento a nuestra fidelidad.

"En lugar de castigos nosotros empleamos la *asistencia* y el juego". A la luz de la carta, este aforismo salesiano relievaa dos aspectos: el primero es que, más que de medios instrumentales, se trata de actitudes del salesiano, con el hondo sentido sobre el que hemos venido reflexionan-

do; el segundo destaca la relación tan sustantiva e irrompible entre *asistencia* y juego. Como quien dice: si no hay *asistencia* no hay juego; y, en este caso, se derrumbaría no sólo el andamiaje sino el edificio educativo salesiano.

Subsiste y subsistirá siempre el problema del significado en los elementos constitutivos de los grandes principios y de su traducción en sistemas de organización y de acción. Convencidos como estamos en nuestra actitud de fe y de fidelidad vocacional de la actualidad, más aún, de la *perennidad del Sistema Preventivo*, lo estamos también de la de dimensiones esenciales del mismo como son *la asistencia y el juego*. Por eso, para responder a las necesidades y retos actuales en la educación de la juventud, la fidelidad dinámica nos lleva al patio del Oratorio como medida de la autenticidad de nuestra actitud salesiana para calibrar la calidad de nuestras respuestas hoy.

De la lectura concienzuda de la *Carta del 84*, recabamos el significado que el juego tiene para Don Bosco y de la relación entre la *asistencia y el juego*.

La importancia, el puesto central que Don Bosco le atribuye al juego, se deriva de que lo entiende como: — Expresión propia y natural del muchacho, inherente a su condición juvenil. Es, por ende, una necesidad vital.

— Creador del patio en su acepción grande de ambiente juvenil en el que se pueda educar al muchacho. Concreta la alegría, la fiesta, la fantasía como lo que se anhela, metas que se quieren lograr, superación de la realidad para soñar lo ideal.

— Modo de formación y crecimiento personal y vía de santificación.

— Expresión de la gracia y alegría interiores y celebración de las mismas.

En estas dimensiones comprensivas entran muchas de las que los autores y estudiosos de los procesos y fenómenos juveniles actuales elencan y analizan desde todas las perspectivas posibles, excepción hecha de la sobrenatural en la mayoría de los casos. No es esta trascendencia la que hoy se le atribuye a la fiesta y al juego en relación, sobre todo, con el *tiempo libre como espacio para el consumo, el descanso y el placer*. El juego en este caso aparece como espectáculo, como bien de acceso limitado por la capacidad de compra de sus elementos que se sofistican y encarecen a menudo en forma ascendente y derivan en formas de competencias en que individuos o pequeños grupos luchan por sobresalir mostrando su superioridad y su poder.

En cambio, para nosotros los Salesianos, como herederos de Don Bosco y responsables de

su PROYECTO, el patio, como escenario y concreción de la alegría y de la celebración juvenil, está definido y caracterizado por la trascendencia que nos abre y a la que nos llama la Pascua del Señor.

Se cae de su peso, entonces, que el patio, en la visión salesiana, no es el recinto del tiempo libre ni está relacionado con ninguna de las formas de empleo del mismo. Y el juego cuyo escenario es el patio, es tan definitorio del muchacho y de su condición juvenil, tan esencial y tan propio de su vida, como sonreír y reír es capacidad y posibilidad únicamente de la naturaleza humana. En otras palabras, *el muchacho juega por naturaleza como el ser humano ríe por naturaleza. El juego es esencial en su vida.*

Se comprende muy bien la sabiduría de Don Bosco en su concepción del patio y del juego: aquel, lugar físico y ambiente psicológico y cultural, utopía juvenil; y éste, en todos sus estadios y facetas, desde la más elemental y espontánea expresión de edad juvenil hasta la más alta concreción sobrenatural y, siempre y de todos modos, celebración de la alegría y fiesta por ser joven y por todo lo que significa ser joven.

En la pedagogía moderna el recreo y el juego se valoran mucho como espacios privilegiados de observación para el educador. En ellos los muchachos abundan en actitudes espontáneas,

despreocupadas, que facilitan el conocimiento de su personalidad a través de sus reacciones, de sus relaciones, del manejo que tiene de sus tensiones, etc. En el ambiente de libertad pueden descubrirse facetas ocultas de su personalidad, evaluarse mejor sus inclinaciones, conocer sus tendencias y rasgos principales, tanto positivos como negativos.

Aunque con menor sistematización que la que ostentan las escuelas psicológicas y pedagógicas hodiernas a ese respecto, Don Bosco tiene en cuenta todos estos aspectos de sabiduría y experiencia pedagógicas y los comparte con sus salesianos para que la tarea educativa tenga la mayor eficacia. El llegó a entender a los muchachos y a comprender sus problemas y necesidades muy válida y precisamente. Se lo reconoce como un grande y genial educador y pedagogo, ya que sobresalió por su capacidad de análisis psicológico y la seriedad científica de su reflexión y de sus conclusiones operativas para lograr la formación integral de los jóvenes. Como educador fue un profundo humanista y tenía los pies muy en la tierra. Su praxis iluminada hoy constituye una verdadera escuela de pedagogía.

De modo que todos estos aspectos entran en la definición del patio, del juego y de la presencia del educador en dichas realidades. Con todo, lo que especifica a Don Bosco como educador, al decir del Papa Juan Pablo II en la *Iuvenum*

Patris, es “la santidad como meta concreta de su pedagogía. Precisamente el intercambio entre educación y santidad”. Por eso la definición predominante en Don Bosco nos lleva a considerar el patio como el escenario del protagonismo de santidad del salesiano y del joven, actitud profundamente relacionada con el juego.

Lo cierto es que, en el sueño-visión sobre el patio del Oratorio, dicho protagonismo se expresa en términos opuestos de:

fidelidad o infidelidad
encuentro o desencuentro
confianza o desconfianza
alegría o tristeza
piedad o impiedad
gracia o desgracia
encaminamiento o frustración
salvación o perdición

como medidas de la aplicación del Sistema Preventivo en la concreción de la *asistencia* en el patio y la participación en los juegos de los muchachos.

Y como la santidad juvenil tiene su fórmula de patio que ya hemos visto, *la santidad del salesiano también es formulada en el patio* y con respecto al mismo como ambiente juvenil y como escenario del juego: “*Que los jóvenes no sólo*

sean amados, sino que se den cuenta de que se les ama”.

Era lo que faltaba, según el personaje del sueño, quien respondía a la angustia de Don Bosco al ver que el patio que contemplaba ya no era como antes en el antiguo Oratorio. Y en las explicaciones que se le añadieron a Don Bosco, aparecen con toda claridad los contenidos esenciales de dicha formulación de la santidad del salesiano:

En primerísimo plano hay una pregunta fundamental dirigida a Don Bosco y que establece un contraste entre la actitud de nuestro Padre y los salesianos del patio según la visión: “En los primeros tiempos del Oratorio, ¿Ud. no estaba siempre con los jóvenes, especialmente durante el recreo?” El amor a lo Don Bosco, que hace a que los jóvenes se sientan amados, lo expresa la *presencia-asistencia . . . siempre*. No es una presencia fugaz, o de vez en cuando. Como expresión de amistad tiene que ser continua. Tiene que ser así porque se trata de acompañar al joven en su itinerario. Y el acento colocado sobre dicha presencia en el recreo, encierra toda la importancia que el patio, el juego y la diversión tienen para Don Bosco en la educación de los muchachos.

Es un aspecto que se destaca otra vez en relación con la construcción del ambiente educativo

cuando se habla en el mismo contexto de “familiaridad con los jóvenes, *especialmente en el recreo*”. La familiaridad en el espíritu salesiano, lo sabemos muy bien, significa la conciencia de que salesianos y jóvenes están viviendo una misma experiencia espiritual como hijos de Dios. Se traduce, por lo tanto, en la confianza y el afecto mutuos y en la manifestación de los mismos en la confianza, el diálogo, la apertura de corazón. Y, además, el patio, con todo su contenido humano y divino, real y de utopía aparece como el momento y lugar de mayor vibración y captación del afecto: “En el recreo una buena palabra, es palabra de quien ama”.

El mismo personaje explicó a Don Bosco el valor pedagógico y transformante del amor traducido en participación de lo que es grato a los muchachos: “Al ser amados en las cosas que les agradan, participando en sus inclinaciones infantiles, aprenden a ver el amor en aquellas cosas que naturalmente les agradan poco, como son la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos y aprenden a hacer estas cosas con amor”.

“...YA NO ERAN EL ALMA DE LOS RECREOS”

Es la conclusión amargada que pronunció Don Bosco triste ante la visión del patio que había dejado de ser salesiano, es decir, ya no era el lugar privilegiado del encuentro entre el educador

y el muchacho. . .y, por consiguiente, ya no era la palestra de santidad salesiana ni de santidad juvenil. Si hacemos empatía y nos colocamos como salesianos protagonistas del patio que contempló Don Bosco, ¿qué sentimos ante la mirada y la frase de nuestro Padre?

Quizás nos percatemos de que no lo hemos tenido suficientemente en cuenta *SIEMPRE EN MEDIO DE SUS MUCHACHOS ESPECIALMENTE EN EL RECREO*. Es que nos ha faltado contemplar a Don Bosco. Hemos hablado de él, escrito sobre él, lo citamos con mucha frecuencia y nos encanta su figura. Pero, ¿lo habremosorado? ¿Habremos sido bastantemente sus hijos?

Pongamos acentos. Tenemos que afirmar, establecer prioridades. Don Bosco no es un mero personaje de biografía, por más apasionante que ésta nos pueda parecer. Tampoco el santo que se mira en un nicho para invocarlo y pedir sus favores. *ES UN PERSONAJE DE PATIO, DONDE ES EL ALMA DE LOS RECREOS*: corre, compite, se fatiga, se esconde, se hace buscar, lanza el balón, salta, congrega a los muchachos, forma corrillo, lo disuelve, interpela, llama, sonríe, un gracejo, la carcajada, espontaneidad, familiaridad, simpatía, una mirada particular, una palabra al oído, sigue la carrera, hay que respirar hondo, enjugarse el rostro, atenderlos a todos, multiplicarse. *Y en todo es alma*. Porque anima, dirige, da sentido, contagia de alegría, dinamiza

la vida, brinda mucho amor, comprensión, aplaude, exalta, comparte intensamente con sus muchachos, les da gusto, ama lo que aman, y les enseña a descubrir y amar lo mucho que les falta por descubrir y amar. *Don Bosco es el alma del patio porque preside el AGAPE*: la celebración de haberse encontrado, de ser amigos, de compartir, de formar comunidad, de ser solidarios y responsables los unos con los otros, de encontrar posibilidades, de sentirse amados y capaces de amar, de ser, de crecer, de expandirse, de *ESTAR MUY ALEGRES* como expresión de vida, realización de existencia, método de santidad.

Don Bosco inaugura nuevas formas de santidad en la acción, es el grande autor de lo que hoy llamamos la teología de la vida religiosa activa. Pero a estas nuevas direcciones para la vida de la Iglesia *no les abre caminos SINO PATIOS*. Estos son escenarios de su acción apostólica. Pero el patio y el recreo son mucho más que escenarios: SON LA RELACION APOSTOLICA DON BOSCO-JUVENTUD, y de esta relación, con todo su contenido de realismo y de utopía, de puntos de partida y metas de llegada, de inmanencia y trascendencia, DON BOSCO ES EL ALMA.

¿Cómo somos nosotros en esta perspectiva? Para emplear las palabras del sueño en referencia, ¿amamos lo que les gusta a los jóvenes para

que éstos amen lo que a nosotros nos gusta? ¿Sabemos qué les gusta a ellos y vibramos con ellos? Y a nosotros, ¿qué es lo que nos gusta?

Con seguridad, tendremos que reconocer que nos falta mucho de la actitud contemplativa de Don Bosco para seguir con la mirada a Jesús resucitado que sube glorioso al cielo (Cf. Act. I, 11): ¿cómo ser, entonces, alegres portadores de la noticia de la resurrección?

Mucho necesitamos también de la clarividencia y sensibilidad de Don Bosco para conmovernos por los muchachos de vida ensombrecida y desconcertados ante la incertidumbre. Cómo nos falta escuchar su *VADE MECUM* e insertamos en su vida y circunstancias como animadores de la alegría, creadores con ellos de la utopía juvenil, celebrantes de la fiesta y soñadores de la fantasía.

Nos falta la profundidad de Don Bosco para enriquecernos de *la sabiduría que juega delante de Dios* (Prov. VIII, 30-31) y necesitamos el gozo de Jesús y la alegría de Don Bosco porque la verdad y el amor de Dios se revelan y entregan a los pequeños y sencillos (Cf. Luc. X, 21).

Si nos convenciéramos de que sólo en la medida en que seamos signos y portadores de la alegría entre los jóvenes, seremos para ellos signos y portadores del amor de Dios. Y de que para ser fieles a Dios, en el PROYECTO de Don

Bosco, tenemos que estar *siempre con los jóvenes, especialmente en el recreo.*

Don Bosco vive el encuentro con sus jóvenes en nombre y como reflejo del encuentro con Dios que nos sorprende, nos deslumbra, nos desborda, nos llena de alegría, supera todo lo nuestro. Y nosotros, ¿cómo lo vivimos?

Volvamos a Don Bosco y, para ello, vayámonos al patio. Pero como hay tantos patios, orientémonos.

¿DONDE ESTAN LOS PATIOS SALESIANOS?

¿QUE SE HICIERON LOS SALESIANOS DE PATIO?

VIII. MUCHACHOS SANTOS, SANTOS DE LOS MUCHACHOS

“En general, el Oratorio se componía de picapedreros, albañiles, estucadores, enyesadores y otros que venían de pueblos lejanos” comenta Don Bosco en sus Memorias. Como quien dice gente rústica, ignorante, impreparada en muchos aspectos . . . ¿capaz de . . .? Hoy diríamos “gente de baja condición”, con todas las connotaciones que esto encierra. “Estaban expuestos a todos los peligros de perversión, especialmente los días festivos”, continúa nuestro Padre.

“No solamente eran niños —atestigua Juan B. Lemoyne— . . . que también había jóvenes robustos que llevaban consigo la consabida navaja”.

Y el marqués Miguel de Cavour, en su calidad de jefe de seguridad en Turín, no pudiendo convencer a Don Bosco de que dejara de lado a los muchachos que estaba atendiendo, le gritó exasperado: “Pero, ¿qué le importan a Ud. esos ru-

fianes? Déjelos en su casa. No se cargue con esas responsabilidades. . . antes de que sean un peligro para todos. Es una orden”.

Pero si ni casa tenían. Lo que sí tenían asegurado era un montón de estereotipos muy negativos sobre sí de parte de “las personas bien”: no sólo de las autoridades políticas sino también de autoridades eclesiásticas y de grupos de magníficos cristianos. Por estar en “esa compañía”, tales estereotipos envolvieron también a Don Bosco: lo juzgaron mal, lo calificaron de “desviado”, quisieron mandarlo al manicomio (porque, además, se atrevía a soñar sueños misteriosos), le dieron la espalda. Las autoridades hasta lo amenazaron. . . y le enviaron gendarmes que lo vigilaran. Lo echaron de calles, rincones, le quitaron lo que le habían alquilado. Llegó el momento en que “todos mis colaboradores me dejaron solo con mis cuatrocientos muchachos”.

Es que de esos muchachos nadie esperaba nada. O mejor, *se esperaba lo peor*. Por una parte, significaban tan poco, o mejor nada, precisamente por lo que eran: el último peldaño de la escala de jerarquización social. Por otra parte, todos los mecanismos de discriminación social en contra de ellos, se justificaban como inevitables pues los ambientes de esos muchachos se consideraban, por definición axiomática, la cuna de toda clase de problemas de conducta y de peligros reales o potenciales de todas las posibilidades de agre-

sión, de actitudes desestabilizadoras o francamente subversivas. Don Bosco había encontrado a sus muchachos en la más infinita soledad, en confinamiento social, segregados por toda clase de mecanismos en su contra, sin que hubiera ni un camino para ellos, ni un programa, ni una respuesta, sino montañas de prejuicios sobre ellos, con todas las consecuencias de actitudes y perspectivas de la más franca represión en contra de los muchachos de las calles y periferias. Para eso y para ellos estaban abiertos los correccionales que no eran tales sino cárceles juveniles con salida hacia el cadalso en no pocos casos.

Don Bosco no entraba en discusiones teóricas. Era inmensamente práctico. Ciertamente: nadie confiaba en esos muchachos ni creía en ellos ni en su porvenir. ¿Cuánto esperaba Don Bosco de ellos? Tuvo que vacilar muchas veces. Quizás haya que pensar que él tampoco esperaba nada de los muchachos: su ambiente, en el que estaba inmerso, era tan francamente desalentador que *no había razones para esperar*. Por otra parte, estaba solo, nadando contra corriente en el gran ambiente de escepticismo de la sociedad y de sus dirigentes. Admitamos que hubo momentos en que Don Bosco tampoco esperaba nada de los muchachos o que hasta llegó a esperar lo peor. *Pero, por encima de todo esto, Don Bosco los quería mucho y no hubo un solo instante en que dejara de quererlos.*

Por eso un día tuvo que enfrentar una alternativa radical: o se dedicaba de lleno a las obras de la marquesa Barolo, quien hasta ahora le había brindado un nivel de vida decoroso y la posibilidad de un apostolado sacerdotal y educativo muy válido y le prometía un apoyo mucho más amplio o *se quedaba con sus muchachos y, en este caso, se quedaba en la calle*. Don Bosco no dudó un instante: “Lo tengo pensado. Mi vida la tengo consagrada al bien de la juventud (. . .) *No me puedo alejar del camino que la Providencia me trazó*”. Fue su respuesta. Era la opción de su vida. “Acepté el despido, abandonándome a lo que Dios quisiera de mí”. Como que no había nada que esperar ni siquiera de la gente buena. A lo peor, tampoco de los muchachos. *Pero Don Bosco lo esperaba todo de Dios. Contaba con su gracia. Y Dios también lo esperaba todo de Don Bosco. Contaba con su fidelidad.*

VER MAS ALLA DE LO QUE SE VE

Era una de las características de Don Bosco. Su observación le permitió, de niño, descubrir los trucos que los magos ocultaban celosa y habilidosamente. Y se volvió mago. Sus sueños le mostraron muchas cosas “invisibles”. Fue creciendo hasta llegar a ser un gigante de la continua contemplación del Invisible. Con su viveza e inquietud de naturaleza, que cultivó hasta la agudeza y con la intervención de Dios que se fue haciendo más y más palpable en su vida, aprendió a leer la

historia, los acontecimientos, a pensar en lo que podía venir, a deducir lo que tenía que ser, valiéndose de detalles, experiencias, hechos que para muchos podían pasar desapercibidos y sin mayor trascendencia. Sin duda alguna, esto explica su creatividad sin límites, su capacidad de síntesis de grandes elementos que flotaban en su ambiente y él supo hacer suyos y contraseñarlos con su impronta personal.

HACIENDO ESCUELA

El Oratorio de los sueños de Don Bosco, por los que lo creyeron loco, no era sólo el conjunto de edificios, de pabellones y de patios, con en el centro una imponente basílica. Era muchísimo más: era un espíritu y también un espacio para el protagonismo juvenil, la posibilidad de ser esperanza de la Iglesia y de la sociedad, de afecto experimentado y, a su vez, dado, de libertad y responsabilidad, de autonomía y de solidaridad, de alegría como santidad, *perspectivas todas como realización de una comunidad juvenil*. De haber conocido esta parte de sus sueños, la más importante, sí que hubieran llamado y creído enajenado a Don Bosco.

Tan fácilmente se creaba y se quebraba la simpatía con respecto a su persona. Se le miraba con una benevolencia permisiva cuando lo rodeaban golfillos de la calle y campesinitos desorientados y él los entretenía con magia y otros jue-

gos de destreza. Se le tenía recelo cuando buscaba vagabundos en los rincones sórdidos y se encontraba con ellos en otros lugares malfamados. Se le consideraba peligroso cuando lo seguían o lo preguntaban otros muchachos indeseables. Con todo, se le respetaba y hasta secretamente se le admiraba en estas situaciones. Pero de ahí no pasaba. Cuando caminó por las calles de la ciudad con sus muchachos, cuando buscó un lugar para que pudieran jugar o sentarse y escuchar, Don Bosco se convertía en alguien impertinente y tan indeseable como esos muchachos.

Nadie conocía esos grupos juveniles por dentro sino sólo quien estaba con ellos: Don Bosco. Es que a nadie más le interesaban. Eran una especie de excrecencia social. Para ellos difícilmente habría lugar físico o moral. En todo sentido, lo que les correspondía eran las sobras de la sociedad. Las conciencias bien se tranquilizaban con pequeñas dádivas que en nada afectaban su condición de muchachos abandonados.

Don Bosco soñó el Oratorio como edificios y como espacio espiritual para rescatarlos: del ambiente en que sobrevivían en medio de la sordidez y el aplastamiento humano y del ambiente de incomprensión y de desafección con que los rodeaba la opinión pública. El Oratorio sería una realidad totalmente opuesta.

Lo construyó con ellos, con sus muchachos. Se levantaron los muros, se pusieron techos, se fue creando el ambiente de familia, de estudio, de aprendizaje. *Todos tuvieron que empeñarse en ellos.* Don Bosco no se contentó con darles migajas. *Creía en ellos, en su dignidad, en sus capacidades por más limitadas que fueran y en la omnipotencia de la gracia.* Dentro de las limitaciones del tiempo, les procuró lo que aún era un privilegio de muy pocos: escolaridad. Los capacitó para el trabajo levantando y dotando para ellos talleres que estuvieran a la vanguardia del progreso. Y en el patio con ellos fue creando la utopía juvenil. Era el ambiente para el desenvolvimiento espiritual. Y en esta dimensión Don Bosco sí que menos se quiso contentar con las migajas, dándoles apenas rudimentos en conocimientos y en práctica. Don Bosco se saltó todos los prejuicios de las racionalidades sociales de su tiempo, las teologías en boga y por venir, las tradiciones eclesiales, sólidas y venerables, las previsiones que se harían con cánones científicos sobre la imposibilidad de los jóvenes de compromisos trascendentales y definitivos *y con toda su originalidad y audacia propuso a sus muchachos* **METAS CONCRETAS DE SANTIDAD JUVENIL.**

Seguramente Don Bosco tuvo que hacer un camino teológico, si así se quiere llamar, entre el quizás no esperar nada de sus muchachos hasta el esperar mucho, esperarlo todo y esperar de-

masiado: la santidad. Las experiencias de su niñez y de su juventud con la Sociedad de la Alegría y la edificación de los compañeros ejemplares fueron tomando cuerpo y concretándose poco a poco. Claro está que se salía de todas las normas y desafiaba todas las prudencias hasta la temeridad. *Lo cierto es que en el Oratorio de Valdocco, desde los primeros años se va delineando e imponiendo UNA VERDADERA ESCUELA DE SANTIDAD JUVENIL.*

Nos lo atestigua y confirma con su autoridad el gran estudioso e investigador de la vida de Don Bosco, el P. Pietro Stella: "Don Bosco proyecta decididamente, de día y de noche, el tema de la perfección y de la santidad en el alma de los jóvenes. Lo que él dice en términos siempre más explícitos, podría aparecer, de por sí, como una maduración de cuanto la intuición popular expresaba cuando de cualquier muchacho bueno decía que era como otro San Luis. Sea lo que fuere, Don Bosco articula su discurso también en fuerza de una concreta experiencia educativa, mediante la intuición de elementos que caracterizan la adolescencia y la juventud. Hace hincapié en recursos del ánimo juvenil, que sin duda pueden considerarse fundamentales, haciendo que la santidad se convierta en el sueño de sus muchachos, el ideal por el que vale la pena luchar; para cuya consecución él mismo colabora atenta y delicadamente con sus correcciones, sugerencias, ganándose la confianza, ayudando

a menudo con consejos sencillos que se derivan del sentido común y de la sabiduría popular; persuadido, por otra parte, por convicción teológica y pedagógica, de que los jóvenes tienen necesidad absoluta de ser dirigidos, *llenando cada vez más el ambiente con la certeza de que ellos, los adolescentes hijos del pueblo anónimo, podían ser realmente santos*".

Las experiencias de su niñez y juventud, la contemplación de los paisajes, su trabajo campesino, la alegría y los juegos, las estrecheces económicas y los conflictos domésticos y muchas otras dimensiones que sería largo enumerar, *fueron cantera para su futuro*. Atesoró experiencias que luego volcaría en torrentes de bondad para con sus muchachos. Sobre todo, ese conjunto de vivencias, relaciones, sucesos, actores, tienen tanto que ver con los elementos originales de la personalidad de Don Bosco y con lo inédito de su obra, cuya conducción de parte de Dios se vislumbra desde entonces en rasgos de estupenda claridad.

De modo particular están las personas que marcaron a Juanito. Siempre estuvieron en su afecto y en su agradecimiento. Pero no sólo como un lindo recuerdo. Sino como punto de referencia obligado. Nos dejó sus nombres. Y su espíritu lo encontramos en la vida y acción de Don Bosco. Valga citar, por todas, a Mamá Margarita, maestra definitiva de su espiritualidad y,

por lo tanto, *con inconmensurable significado en la personalidad y santidad de Don Bosco*: el sueño-visión sobre el patio del Oratorio y la *asistencia salesiana*, ya en el ocaso de la vida de Don Bosco, empezó, como lo subrayamos anteriormente, cuando “comencé a rezar las oraciones que me enseñó mi buena madre”. Orientó su sacerdocio, envolvió y mantuvo a su Juan en un espíritu muy significativo de pobreza, aseguró el nivel popular de su predicación, por amor a Don Bosco se hizo también mamá de sus muchachos en el Oratorio, fue la creadora de uno de los elementos más peculiares del Sistema Preventivo, las “buenas noches”. Fue siempre para Don Bosco norte y guía. Y consta en los escritos de Don Bosco que él la sintió intérprete autorizada del ambiente del Oratorio y *lectora iluminada de sus realidades de santidad juvenil. Actitud pionera y verdaderamente de profecía.*

La amistad es elemento clave en la formación de Juanito y luego en su itinerario apostólico. Fue amigo generoso y simpático como ninguno, desde su infancia más tierna. En esta experiencia de dar amistad siempre sería un maestro. El rasgo sobresaliente de su dación de amistad fue su carácter espiritual, trascendente: la meta era el encuentro con Dios, encuentro que él preparaba con sus juegos, su alegría y su catequesis.

Juan era particularmente sensible a esta forma y dimensión de la amistad. Esta no era para él la

simple camaradería. Tuvo al respecto ideas muy claras cuando adolescente, en Chieri, se enfrentó a una nueva realidad muy distinta de la de su vida campesina y asumió el ejercicio de su libertad. Escribió en sus Memorias: “Aprendí, bien que a mi costa, a tratar con los compañeros. Yo los tenía divididos en tres categorías: buenos, indiferentes y malos. A estos últimos debía evitarlos del todo y siempre, apenas los localizara; con los indiferentes bastaba un trato de cortesía y convivencia; con los buenos podía entablar amistad, siempre y cuando fueran verdaderamente tales”.

La Sociedad de la Alegría se forma únicamente con estos últimos, *los verdaderamente buenos*. Juan la fundó según su modo de ser amigo, como lo expresan las bases que se establecieron entre él y sus amigos: “1. Todo miembro de la Sociedad de la Alegría debe evitar toda conversación y toda actitud que desdiga de un buen cristiano. 2. Exactitud en el cumplimiento de los deberes escolares y religiosos”. Todo muy sencillo. *Sin embargo, eran los cimientos de una nueva espiritualidad y forma de santidad.*

Así mismo Juan se revela muy sensible a la razón de la ejemplaridad: los mejores amigos eran para él los que influían sobre él. Los detectaba en el grupo: “Entre los que componían la Sociedad de la Alegría encontré a algunos verdaderamente ejemplares. Merecen ser nombrados de entre

ellos Guillermo Garigliano, de Poirino, y Pablo Braia, de Chieri. Estos tomaban parte con gusto en los juegos, con tal que primero se hicieran los deberes escolares. A los dos les gustaban el retiro y la piedad y constantemente me daban buenos consejos". Y, en cuanto a las actividades de la Sociedad de la Alegría, *se revela una verdadera búsqueda de crecimiento espiritual*: "Nos entreteníamos un poco en ameno recreo, con charlas piadosas, lecturas religiosas, oraciones, dándonos buenos consejos y avisándonos de los defectos personales que uno hubiera observado o de los que hubiera oído hablar a alguien (. . .) A más de estos amistosos entretenimientos, íbamos a oír sermones, a confesarnos, a recibir la santa comunión".

Todo era iniciativa de la muchachada: dinamismo juvenil hacia la trascendencia, exaltación de lo que estaba a su alcance para ser mejores (las obligaciones cotidianas), la alegría como condimento de todo e inseparable de la vida, la solidaridad y la ejemplaridad como las mejores formas de amistad. El grupo crecía así y se consolidaba *desde dentro*, por el esfuerzo corresponsable de cada uno de sus componentes y *a fe que no era un grupo cualquiera*. Sentó cátedra: realmente los muchachos aspiraban a grandes cosas, se fijaban metas muy definitivas, eran capaces de lograrlas. . . y seguían siendo nada más y nada menos que muchachos.

Años luego, esta experiencia entraría a formar parte del Oratorio y de sus patios y entraría a formar parte del patrimonio de la Iglesia.

Hay tanto de inédito en Don Bosco. No porque no existieran escuelas de espiritualidad en las que, sin duda alguna, él se alimentó. Pero hay que tener en cuenta que en la cultura, aun en la eclesiástica, en que estaban inmersas el común de las gentes, las grandes corrientes de ascética y mística, por ejemplo, no eran tan grandes ni tan significativas en su posible papel rector del pensamiento y de la acción. Para muchas personas entre los grupos doctos bien podrían ser apenas puntos de referencia vagos. Los que juzgaron a Don Bosco iluso y hasta enajenado no lo hacían dentro de estos marcos de reflexión teológica. Sino desde un muy alto grado de pesimismo "teológico" que, en los muchachos por los que él optaba, dadas sus condiciones, no veían esperanza. En realidad, confundían las circunstancias del entorno social que los envolvía, con las personas y a éstas les atribuían con facilidad los caracteres malos de aquellas. Con mucha facilidad quedaban de lado en esta forma de raciocinio los valores de la redención, la omnipotencia de la gracia divina y se perdía de vista la dignidad de cada muchacho concreto y su destino eterno.

Fue lo que Don Bosco asumió como punto de partida. No era un teólogo especulativo, un teó-

rico de la santidad. Dócil a Dios, reflexionó, buscó, comprendió, leyó su entorno, acumuló experiencias, aprendió del “recto pensar y obrar” que encontró entre la gente humilde y buena de su terruño, asimiló lo sobresaliente de sus vivencias infantiles y juveniles y fue haciendo camino . . . como Dios lo iluminaba y las circunstancias le pedían. Claro, él comprendió muy bien que el ambiente en que encontraba a sus muchachos no era propicio para la santidad; todo lo contrario, ponía en peligro su destino eterno. Por eso pensó en otro ambiente. . . el que llamamos ORATORIO. Y lo creó para la santidad juvenil. No con los presupuestos de los tratados de los grandes autores de teología. Don Bosco, sencillamente, volvió a su origen campesino, a su experiencia de ejemplaridad dada y recibida entre sus coetáneos y concretó con dichos elementos, con su inmenso amor por los jóvenes y su fidelidad a Dios, “una pedagogía realista de la santidad” (*Iuvenum Patris*).

Es, pues, una escuela que nace de la experiencia vivencial de Don Bosco: “Su juventud es la anticipación de una extraordinaria misión educativa” (*Iuvenum Patris*). Está, por encima de todo, la conducción de Dios. Y el magisterio de una aldeana de Nazaret que había vivido la experiencia más callada y profunda de santidad como compromiso juvenil:

Para el acontecimiento más extraordinario

que pueda existir, Dios interpeló a una JOVEN ADOLESCENTE y le pidió el protagonismo de la maternidad divina que inauguró la redención: . . . “el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas”.

Y cuando el Verbo de Dios se encarnó en María, siguió, como las niñas de su tiempo, yendo al pozo para llenar el cántaro de agua.

En Don Bosco el discurso de la santidad para sus jóvenes es un discurso habitual. No tiene nada de extraordinario. Tampoco quiere que se hagan cosas extraordinarias. No acepta que sus muchachos se inscriban en escuelas de santidad de maceraciones, ayunos, azotes, cilicios. Son formas que espantan y alejan de la santidad. *A sus muchachos les propone la vida cotidiana: sobreponerse a las dificultades que se les presentan y cumplir con sus deberes.* Inclusive el énfasis no lo pone sobre la piedad sino en el cumplimiento de las obligaciones ordinarias. El centro está en el deber. Se trata de atenerse a lo ordinario y de asumirlo y vivirlo con perseverancia: “que se practiquen cosas fáciles, que no asusten y que no cansen al fiel cristiano, sobre todo si se trata de la juventud”, decía. A este respecto comenta de Miguel Magone que fueron actitudes comunes y corrientes y cosas triviales las que se convirtieron en el sendero que lo llevó “a un maravilloso grado de perfección”.

ES FACIL HACERSE SANTOS enseñaba Don Bosco a sus muchachos. No era una deformación de la santidad según el Evangelio, ni señalar metas de poca altura. Tenía muy claro y muy en alto el sentido de la perfección cristiana. A ella conducía a sus muchachos. Su lenguaje era sencillo, lleno de psicología juvenil, por lo tanto accesible, atrayente, comprensible, familiar. Eso es la facilidad. Pero la santidad era la santidad, es decir, el Evangelio no a medias sino en plenitud. Como explica tan hermosamente el P. Egidio Viganó: "Salvar el alma significa para Don Bosco vivir una vida de calidad que se llama santidad. Para él, todo muchacho tiene madera para la radicalidad evangélica, la capacidad de vivir en grande el fragmento de lo cotidiano, en la escuela del Cristo del Evangelio". Y esto es inmensamente original.

Todo lo cual implica una actitud de fe profunda, abrirse al amor de Dios y acogerlo en sí como fundamento de la propia existencia y jugarse la vida entera como respuesta a este amor. Todo lo cual traduce una relación personal, consciente y amorosa con Dios como Padre, con Jesús como hermano y con el Espíritu Santo como amor de Dios inabitante en la propia vida.

CAMBIANDO EL CURSO DE LA HISTORIA. . .

hay muchachos que se treparon a los altares por el camino ordinario de ser eso precisamente: mu-

chachos. Porque lo fueron a carta cabal. Siempre se había pensado en la edad juvenil como un simple período transitorio. Y se la clasificó con tanta facilidad con el mote de *interinidad*. Ser joven tradicionalmente se ha referido como tensión hacia el estadio adulto. Y evaluado con respecto a éste simplemente como etapa y, por lo tanto, sin la perfección de la meta. Y en el contexto de las etapas, con su jerarquización de inferior a superior, se ponía muy en tela de juicio la capacidad de una verdadera santidad. Con la canonización de Domingo Savio, la Iglesia dio por terminada la discusión y aceptó la estupenda realidad de la santidad juvenil.

Decía Su Santidad Pío XII, el 12 de Junio de 1954, al proclamar la santidad de Domingo Savio: “Grácil adolescente de cuerpo débil, pero de alma tensa en la pura oblación de sí al amor soberanamente delicado y exigente de Cristo. En una edad tan tierna sólo se esperaría encontrar más bien buenas y amables disposiciones de espíritu. En vez de ellas ya se descubren en él, con estupor, los caminos maravillosos de las inspiraciones de la gracia, una adhesión constante y sin reservas a las cosas del cielo, que su fe captaba con rara intensidad. En la escuela de su maestro espiritual, el gran santo Don Bosco, aprendió cómo el gozo de servir a Dios y de hacerlo amar por los demás puede convertirse en un potente medio de apostolado”.

Y el 3 de Septiembre de 1988, como fruto y corona del centenario de la pascua de Don Bosco, está la beatificación de Laura Vicuña, dos años menor que Domingo Savio ya que ni siquiera había cumplido los trece cuando completó su breve pero intensísima y luminosa jornada terrenal.

El solemne pronunciamiento de la Iglesia sobre la validez y autenticidad de la escuela salesiana de santidad juvenil, no es el único juicio ni la única confirmación de la misma. Y los dos muchachos de altar no son sino *la punta del iceberg*, para emplear una metáfora muy conocida. La santidad juvenil ya tiene referencias muy amplias.

Don Bosco mismo hablaba a sus muchachos del Oratorio de “jóvenes angelicales de esta casa que se adelantaron” hacia el encuentro definitivo con Dios. Citaba concretamente a Camilo Gavio, Gabriel Fassio, Luis Rúa, Juan Massaglia. Y los invocaba como intercesores delante de Dios. De las historias salesianas locales se ha ido formando un amplio elenco de muchachos de colegios y oratorios que sobresalieron por su vida ejemplar. Y se ha vivido la tradición de que hemos convivido con chicos que, en la trayectoria de la santidad juvenil, hasta emulaban a Domingo Savio en la virtud. Directores espirituales experimentados, salesianas virtuosas y grandes educadoras son testigos fidedignos de his-

torias por el estilo. Y hay también el testimonio de exalumnos que guardan con veneración la memoria de muchachos con los que compartieron la vida de colegio en la que dejaron honda huella por su bondad, compañerismo y piedad y, en el frescor y alegría de la vida, se volaron a la eternidad. ¿Nombres? Los hay y no son pocos. Están apareciendo en publicaciones al rededor del centenario de la pascua de Don Bosco. En el ambiente latinoamericano nos son familiares el del indiecito Ceferino Namuncurá, quien está camino de los altares, Alberto Jorge Irisarri en la Argentina, Mario José Orejuela en el Colegio León XIII de Bogotá. Y hay muchos más.

Pero como es Don Bosco el creador en la Iglesia de esta novísima e inédita perspectiva de la santidad de los muchachos de modo que "puede ser justamente definido *maestro de espiritualidad juvenil*", según Juan Pablo II que lo proclamó *Padre y Maestro de la juventud*, los testimonios de Don Bosco sobre la santidad de sus muchachos y su discernimiento de la misma son insustituibles.

Además de las veces que, exhortando a sus muchachos a la virtud citaba nombres de compañeros ejemplares, su testimonio clásico está en el tríptico de biografías que es un tesoro de la tradición salesiana: Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besucco. Entraron al Oratorio en el umbral de la adolescencia, pasaron en él un tiem-

po corto y, bajo la guía espiritual de Don Bosco recorrieron como gigantes el camino de la santidad. Don Bosco escribió sus biografías para animar espiritualmente a los otros muchachos del Oratorio y llamarlos a la santidad.

Imposible dar cuenta aquí de la descripción que hace de los respectivos caminos de santidad, de su crecimiento en la virtud, del modo como la gracia de Dios y la fidelidad de cada uno operaban la transformación hasta la santidad. Están también delineados “in vivo” los medios con que Don Bosco los empeña en el trabajo espiritual y los enamora de la santidad. De ésta da testimonio claro y explícito en referencia a cada uno de esos muchachos ejemplares. Sobresale Don Bosco como su guía espiritual y padre amorosísimo ya que es palpable la confianza total, la apertura de conciencia y la obediencia y docilidad que tuvieron para con él esos tres chicos santos. Tal vez lo más válido y hermoso del testimonio de Don Bosco sobre estas santidades reales, verdaderas y de altísimos quilates, es la deliciosa pedagogía con que invita a los demás muchachos del Oratorio a ser como ellos.

El testimonio de santidad, en el discernimiento de Don Bosco, es particularmente fehaciente en el caso de Domingo Savio. “Don Bosco, —afirma el P. Alberto Caviglia— tenía a Domingo Savio por santo. Muchas veces se le oyó decir que, si hubiera dependido de él, por el íntimo

conocimiento que tenía de las virtudes del siervo de Dios, lo habría proclamado santo y que de ésta íntima persuasión había hablado también a Pío IX". Por su parte, Domingo Ruffino, en su Crónica, comenta: "Nos repetía que juzgaba las virtudes de Savio en nada inferiores a las de San Luis Gonzaga. Y no sólo lo proponía repetidamente a la imitación de los jóvenes, sino aun afirmó más de una vez que él estaba convencido de que Domingo Savio había emulado al mismo San Luis y que por eso la Iglesia un día lo elevaría al honor de los altares".

Y ¿no podremos considerar como una *confirmación de lo alto* el sueño que Don Bosco narró el 22 de Diciembre de 1876, noche que quedó "memorable en los anales del Oratorio"? Entresaquemos algunos renglones de la muy larga narración: "Mientras escuchaba atónito celestes armonías ví aparecer una multitud de jóvenes, muchos de los cuales habían estado en el Oratorio y en algunos otros colegios; a muchos, por consiguiente, los conocía, aunque la mayor parte me era desconocida. Aquella muchedumbre incontable se dirigía hacia mí. A su cabeza venía Domingo Savio y, detrás de él, los padres Víctor Alosanatti, César Chiala, José Giulitto y muchos, muchos otros sacerdotes y clérigos, cada uno de ellos frente a una sección de niños. . . Aquellos muchachos estaban inundados de una grandísima alegría que se reflejaba en sus ojos. . . Me miraban con una dulce sonrisa en sus labios. . .

Domingo Savio se adelantó solo. . . Callaba y me miraba también sonriente. . . ¡Qué hermoso estaba!. . . Parecía un ángel” (M. B. 586 ss.). Este “encuentro” de Don Bosco con los personajes glorificados de su escuela de santidad juvenil ¿no es el mismo que la Iglesia celebra en su Fiesta de todos los Santos?

SI ES VERDAD

que tenemos una escuela de santidad juvenil. Es nuestro orgullo. No es un mero hecho del pasado. Aparece con Don Bosco y continúa con el carisma salesiano. Por lo tanto, es nuestra responsabilidad. No hablamos de *propiedad*. Porque el carisma salesiano no tiene dueños. Nosotros somos Iglesia como personas en vocación-consagración-misión salesiana. Como carisma salesiano somos parte integrante de la vocación-consagración-misión de la Iglesia. Y el carisma salesiano, con la riqueza de su espíritu, existe y está abierto para la plenitud de la Iglesia. En este sentido y perspectiva hablamos de la escuela salesiana de santidad juvenil y de su carácter único e inédito en la Iglesia.

“El educador de santos” llama el P. Alberto Caviglia a Don Bosco. Forjó a sus muchachos santos a su medida. Es evidente que el Oratorio, tal como lo creó Don Bosco y lo mantuvo con su animación era el ambiente propicio que, en su conjunto total, llamamos escuela de la santidad.

En este dinamismo de educación con metas y opciones de perfección cristiana, como características del “nuevo tipo de santidad”, señalan los estudiosos, en referencia a Domingo Savio pero extensible a los casos de Miguel Magone y Francisco Besucco: —la importancia insustituible de la formación familiar; y— la influencia del ambiente educativo.

En las biografías escritas por Don Bosco es patente que los dos factores se conjugaron espléndidamente para plasmar esos santos juveniles. Pero la concepción de la santidad juvenil Don Bosco no la circunscribió a los chicos de origen familiar propicio. El ambiente educativo, con todas las características que hemos estado considerando, la casa de Don Bosco como tal con su ambiente de familia y sus patios de alegría, su presencia como amigo, padre, llena de afecto y de confianza, su amor personal para cada uno con la intención de suscitar la respuesta del amor y la confianza, en fin, todo lo que condensamos en el término Oratorio, es lo que constituye la escuela de santidad. Creado y protagonizado por Don Bosco, *siempre presente entre los muchachos*, este ambiente traduce y concreta *la actitud de Sistema Preventivo y su puesta en acción con la asistencia salesiana*. Esto es lo decisivo y fundamental. Es lo que necesitamos acentuar.

La beatificación de Laura Vicuña nos lo comprueba. Es el fruto exquisito del sistema salesia-

no, protagonizado ya no por Don Bosco sino por sus hijos. Las circunstancias humanas fueron tan distintas: en un continente sin escuelas de santidad y con muy pocas canonizaciones en su haber porque difícilmente se nos concedía el privilegio de las proclamaciones oficiales y solemnes de la santidad. En Europa se decían y pensaban muchas cosas de nosotros: lo poco que aportamos en todos los sentidos para que tengamos peso en la vida del mundo; que no tenemos pensadores, ni artistas, ni grandes creadores que influyan en las grandes corrientes de progreso humano. Siempre se nos ha medido desde una óptica que ni tiene en cuenta ni evalúa muy positivamente nuestra realidad. ¿De aquí podría salir algo bueno? Respondemos que sí: ¡Laura!

Junín de los Andes, donde Laura aprendió a ser santa, era un pueblecito perdido en la inmensidad de la Argentina, casi aislado de la civilización del momento, necesitado de la implantación de la Iglesia como lugar de misión. La obra salesiana era pobre de solemnidad, hasta muy rudimentaria, con rasgos de servicios educativos de emergencia. Laura no llegó allí de una familia sino, más bien, de un inmenso problema familiar. Típica refugiada en el extranjero por las condiciones adversas que se le crearon en su Santiago de Chile natal, condición muy abundante en América Latina como también la de ser desplazado por la pobreza, en la estancia de Quilquihue se fue creando su estigma por la claudica-

ción moral de Mercedes Pino, su mamá. Por este estigma quizás no la hubieran recibido en muchas casas salesianas hoy en día. No hubiera superado nuestros filtros sociales. En Junín de los Andes sí la recibieron. En un principio las hermanas salesianas no conocían casi su situación. Algún día por las circunstancias familiares a Laura se le negaría la esclavina y con ella la posibilidad de pensar en hacerse religiosa. La familia, como ambiente de origen, no aportó nada a la santidad de Laura. Pero sí sería el motivo de la entrega de su vida por la conversión de su mamá. Y esta inmolación fue un acto supremo de caridad y la revelación de una santidad heroica.

Lo decisivo fue el ambiente educativo a lo Don Bosco creado por un pequeño grupo de misioneros salesianos convencidos del Sistema Preventivo e incansables en la *asistencia salesiana*: Sor Angela Piai, la directora, Sor Ana María Rodríguez, salesiana colombiana y Sor Rosa Azócar fueron las protagonistas de esta escuela concreta de santidad juvenil. Fueron para Laura la verdadera familia, llenas de ternura maternal para con ella y capaces de un gran discernimiento espiritual para impulsar y animar a Laura con los medios sencillos de la vida cotidiana para que alcanzara las metas de perfección a las que pudo llegar. Y está también el P. Augusto Crestanello, su confesor-director espiritual, quien representó para ella la paternidad de Don Bosco, enriqueciendo su alma con los pequeños consejos llenos

de sabiduría, sencillos y fáciles, adaptados a su condición de niña preadolescente, invitación continua a vivir con alegría y profundidad la vida de cada día con sus deberes, momentos de expansión y de recogimiento, oportunidad de amistad, compañerismo y servicio. En este *ambiente típicamente oratoriano*, tan en el espíritu de Don Bosco, Laura vivió parte de su niñez, su piedad, su alegría, ilusiones, juegos y el cumplimiento de sus deberes. En él se realizaron los acontecimientos más importantes de su opción espiritual: su primera comunión, su consagración como Hija de María y el ofertorio de su propia vida. Una alumna como las otras, sobresalió muy pronto por su simpatía y don de gentes, amistad y sus pequeños apostolados. Así se templó para luchas que fueron titánicas cuando tuvo que enfrentar sola asedios y violencias que amenazaban su virtud. Ese ambiente salesiano fue su referencia continua porque le dio toda la seguridad y serenidad que necesitaba para enfrentar las grandes pruebas de su vida. No había cumplido trece años cuando coronó la meta, convertida en gigante del espíritu.

A LA MEDIDA DE DON BOSCO

son los muchachos santos de los ambientes de Don Bosco. Ostentan inequívocos los rasgos del Padre. Laura es un precioso modelo *de la contemplación en la acción* de Don Bosco, de la unión ininterrumpida con Dios, como lo expresó

con tanta sencillez a su confesor: "Me parece que Dios mismo es quien mantiene vivo en mí el recuerdo de su divina presencia. Doquiera me hallo, ya sea en clase, ya en el patio, ese recuerdo me acompaña y me ayuda y me consuela". Como el P. Crestanello le objetó que talvez por ese pensamiento ella descuidaba sus deberes, ella aclaró: "Ah, no, padre. Conozco que ese pensamiento me ayuda a hacer todo mejor y que en nada me estorba. Porque no es que yo esté pensando continuamente en El, sino que sin pensarlo estoy gozando de ese recuerdo".

De Francisco Besucco destaca Don Bosco algo semejante. Sus actitudes, dice nuestro Padre, mostraban "cuánto se deleitaba su corazón en la oración y qué dominio poseía sobre sí para recogerse y elevar su espíritu al Señor. Y esto, según los maestros de espíritu, señala un grado de encumbrada perfección que raramente se halla en las personas de virtud consumada".

En la biografía de Domingo Savio el mismo Don Bosco narra prolijamente hechos que revelan un alma habitualmente inmersa en Dios, de lo que es clara manifestación la expresión con que coronó la despedida de los que lo acompañaban en el momento del tránsito: "Adiós, adiós. . . ¡Oh! Pero . . . ¡qué cosas tan hermosas veo!".

Con todo, nunca dejaron de ser los mucha-

chos comunes y corrientes, inmensamente muchachos: de aquí la alegría del patio que también se refleja en los coros de la capilla, en el canto exultante, en el entusiasmo, en la ternura delante de la imagen de la Virgen y, después de pedirle su bendición maternal, el salto, la carrera, el estudio, el recreo, la expansión. . . todo lo que es y puede ser un muchacho en su activismo desbordante. Porque, en la escuela de Don Bosco, así se encamina y se traduce la santidad juvenil.

Santos para los muchachos

Fue lo que más le aprendieron a Don Bosco y lo que más reflejaron de él. Una santidad nacida del ímpetu juvenil, del tráfago del patio, no podía ser distinta: una santidad impetuosa y de patio. De ningún modo iba a ser al mero perfeccionamiento individual tendiente al aislamiento. Todo lo contrario: una santidad comunicativa, contagiosa, tremendamente activa.

Santidad de patio es toda una definición: específica, da contenido, habla de dinamismo y acción. *Su experiencia de patio había sido DON BOSCO ENTRE ELLOS*: compartir los juegos, crear alegría, iniciar la fiesta, una palabrita al oído. . . una plenitud de comprensión, amor, amistad. *Era la asistencia salesiana, el Sistema Preventivo en acción.*

Asimilaron todo a la perfección. *Comenzaron a ser como Don Bosco, a hacer como él.* Los jóvenes educados por Don Bosco, resume el P. Alberto Caviglia, “al volverse buenos se volvían santamente agresivos, es decir, misioneros entre los compañeros”. Era el mismo espíritu de emulación y de ejemplaridad de la Sociedad de la Alegría. Ahora el compromiso en la creación del Oratorio como familiaridad, amistad, utopía juvenil y santidad juvenil.

El apostolado era el punto culminante de toda esa pedagogía de salvación de las almas en que Don Bosco involucraba a sus muchachos. Y sus muchachos santos así le respondieron reproduciendo para sus compañeros las experiencias espirituales que habían tenido. Se hicieron herederos y protagonistas de la pedagogía de la bondad.

Su apostolado es simpático y audaz. En las distintas biografías encontramos hechos de celo y arrojo para impedir el mal, traducción de su sensibilidad espiritual y de ese horror a la ofensa de Dios que, como en Domingo Savio y en Laura Vicuña, se hace explícito en el “antes morir que pecar”. Pero es especialmente el deseo del bien de sus compañeros, de su crecimiento espiritual, de llevarlos a la alegría del deber cumplido, del acercamiento a Dios, de la amistad divina. Por lo cual se prodigaban en la amistad humana. Aparecen como los mejores amigos: Domingo Savio, abocado a la inminencia de su partida

para la eternidad, preguntaba a Don Bosco si desde el cielo vería a sus amigos. Era la experiencia de amistad que habían tenido de Don Bosco.

Ejemplos estelares de este sentido apostólico lo tenemos en la fundación de la Compañía de la Inmaculada por parte de Domingo Savio, junto con algunos de sus mejores compañeros. Fue una honda expresión de sentido eclesial ante el acontecimiento del dogma de la Inmaculada Concepción. Y, al mismo tiempo, de gran comprensión de la responsabilidad en la creación y mejoramiento del ambiente del Oratorio y del empeño en el crecimiento personal y comunitario. Los puntos esenciales al rededor de los cuales se congregaron y que prometieron solemnemente delante de la imagen de la Virgen fueron:

— “Observar rigurosamente el reglamento de la casa.

— “Edificar a nuestros compañeros, amonestándolos caritativamente y exhortándolos al bien con nuestra palabras y mucho más con nuestro buen ejemplo.

— “Emplear escrupulosamente el tiempo”.

Son compromisos sencillos como los métodos que les había dado Don Bosco para ser mejores y que ellos convierten en compromiso con los demás: en el fondo no es nada más ni nada me-

nos que la vida cotidiana con sus deberes, la amistad, la alegría. Y son el amor y la devoción marianas convertidos en acción apostólica.

Laura Vicuña, por su parte, vivió su pequeño apostolado particularmente con la ejemplaridad de su vida, en el servicio a sus compañeras, en la atención amorosa por las más pequeñas. El ambiente de la casa salesiana en Junín de los Andes era de una inmensa sencillez y no presentaba dificultades especiales. Su amistad con Mercedes Vera, compañera de colegio, realizó una feliz preocupación del bien y la edificación recíproca y de la búsqueda de un auténtico crecimiento espiritual. Pero su acto caracterizante en el sentido apostólico y que supera su condición juvenil fue el ofrecimiento que hizo de su vida. Dios se lo aceptó misteriosamente. Laura vivió una participación muy directa a la pasión de Cristo en la dolorosa enfermedad que le arrebató la existencia, inmolación que, grata al Señor, obtuvo la conversión y retorno a Dios de su mamá.

Con todo, vale la pena afirmar que lo estelar no es sino la manifestación de un espíritu de caridad apostólica menudo y cotidiano que tenía, como se encuentra en la historia, momentos muy particulares y significativos, vistosos y reveladores pero que generalmente se desarrollaba como algo ordinario, común y corriente, en la

conjugación cotidiana de la amistad y del compañerismo.

Y como concreción de la más auténtica de las tradiciones oratorianas, *el escenario habitual de este apostolado era el patio*: era donde se podía ser mejor compañeros, amigos por todo lo que se compartía de juvenil en el juego, la alegría, la espontaneidad. Y donde la santidad era más familiar, más eficaz, más contagiosa.

Lo afirma tan hermosa y autorizadamente el P. Alberto Caviglia: “Para Don Bosco, la vida del patio y bajo su guía, ha de ser el campo de apostolado de sus muchachos santos. Es donde los mejores y más maduros se encargan de los alumnos nuevos. . . los entretienen y hasta les corrigen lo menos delicado o de algo peor que puedan traer de la vida torcida por fuera; donde trabajan para que vuelvan al bien los desviados y los maleados; donde evitan el escándalo; donde invitan al bien obrar y discuten, si es el caso, y con lo que saben, las ideas quizás menos rectas de los compañeros; aquí los buenos se ponen de acuerdo para competir y emularse en el bien y promover la piedad”.

No podía ser de otra manera. Los muchachos como Domingo Savio, Miguel Magone, Francisco Besucco, Laura Vicuña, Mario José Orejuela y muchísimos otros, asimilaron muy bien la lección. Y por eso fueron, son y serán SANTOS DE

PATIO. Se empeñan en protagonizar a Don Bosco y a ser con los otros chicos lo que Don Bosco es para ellos: el alma de los recreos.

Y como el patio es Don Bosco en medio de los jóvenes y esta presencia, en todo el sentido que hemos reflexionado, es *la asistencia salesiana*, debemos concluir que *LA SANTIDAD JUVENIL HACE DEL JOVEN UN ASISTENTE SALESIANO, VERDADERO CORRESPONSABLE DE LA EDUCACION SALESIANA COMO FRUTO MADURO QUE ES DE LA MISMA.*

LA ASISTENCIA SALESIANA, TAL COMO LA VIVIO DON BOSCO ES

- EL SISTEMA PREVENTIVO EN ACCION
- LA PROPUESTA DE SANTIDAD JUVENIL
- UNA MISION AL PATIO DESDE EL PATIO

Lo que quiere decir que en el *PROYECTO DE DON BOSCO* también entran los jóvenes como protagonistas indispensables y que Don Bosco también se lo confiaba.

Y juntos, Salesianos y muchachos, muchachos y Salesianos SOMOS UNA SOLA Y UNICA EXPERIENCIA DE SANTIDAD. . . DE PATIO, donde la alegría, la fiesta, la amistad y la confian-

za, la realidad y la utopía son la respuesta que Don Bosco anhela: *¡MIS JOVENES ESTAN EN PAZ CON DIOS!*

* * *

¡JUVENTUD ¿Es una cualidad? ¿Es un problema? ¿Es cuestión de edad? ¿Son actitudes? ¿Es corta? ¿Es larga? ¿Es un período? ¿Es una condición?

¡La educación a lo Don Bosco la define como CAPACIDAD DE SANTIDAD Y LE PROPONE ESTE IDEAL!

IX. YO

Cuando Yahveh iba a confiar a Moisés su misión liberadora, le dijo desde el fuego de la zarza: "No te acerques aquí (. . .) Moisés se cubrió el rostro porque temía ver a Dios" (Ex. III, 5-6). Pero "un día Moisés dijo a Yahveh: Déjame ver, por favor tu gloria. El le contestó: Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de tí el nombre de Yahveh. . . Pero mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y seguir viviendo. Luego dijo Yahveh: Mira, hay un lugar junto a mí; tú te colocarás sobre la peña. Y, al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano para que veas mis espaldas; pero mi rostro no lo verás" (XXXIII, 18 ss.)

La creación revela la grandeza y la omnipotencia de Dios. Desde su trascendencia y su misterio inconmensurable El llama al hombre de la nada

a la existencia y lo invita a acercarse a El, es decir, a ser y a trascender sobre la creación: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra (. . .) A imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó. Los bendijo y les dijo: Creced, multiplicaos, henchid la tierra y sometedla” (Gen. I, 26-28).

En esta economía de la trascendencia Yahveh es “Altísimo sobre toda la tierra” . . . precedido de fuego que abrasa a sus adversarios, derrite los montes, hace estremecer la tierra (Sal. XCVII). Su gloria truena sobre las aguas; su voz está llena de fuerza y majestad, desgaja los cedros del Líbano, hace brincar los montes, sacude el desierto, es el Señor de la tormenta (Sal. XXIX). “El abismo y la tierra serán sacudidos a la hora de su visita. A una los montes y los cimientos de la tierra bajo su mirada temblaran de espanto” es la expresión del Eclesiástico (XVI, 18-19).

Y el ser humano, luego de su claudicación, ha quedado desnudo, inerme, radicalmente alejado de la grandeza a la que Dios lo había llamado, enfrentado a su más tremenda debilidad. Se tendrá que abrir paso en su camino hacia Dios intentando transformar su miedo en confianza. Tal lo expresa el salmista: “Servid a Yahveh con temor, con temblor besad sus pies; no se irrite y perezcaís en el camino, pues su cólera se inflama de repente” (II, 11-12). Es creatura de Dios, siempre está en manos de su Creador, ninguna de sus accio-

nes las podrá ocultar de la mirada divina: “Venturoso si se acoge a Dios”.

Pero llegó “la plenitud de los tiempos” y DIOS SE HIZO A IMAGEN Y SEMEJANZA DEL HOMBRE: fue el despojo de su condición de Altísimo “tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre” (Filip. II, 7). En esta RE-CREACION todo pasaría por la iniciativa humana: “Hágase en mí según tu palabra”. Se inauguraba LA ECONOMIA DE LA ENCARNACION: “*EL VERBO SE HIZO CARNE Y PUSO SU MORADA ENTRE NOSOTROS*” (Juan I, 14). Ya el hombre no tendría que abrirse paso hacia Dios. Era Dios quien hacía el camino hacia el hombre. Era Dios el que quedaba desnudo, inerme: María “lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento” nos dice el Evangelio (Luc. II, 7). Y alejado radicalmente de su grandeza, “tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar por los pecados del pueblo. Pues habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados” (Hebr. II, 17-18).

La Palabra creadora se hizo silencio en el regazo de la Virgen. La nueva creación se haría en la economía de la gracia. Dios se hacía presente diciendo: “Soy yo. No temáis” (Juan VI, 20)

. . . “No os llamo ya siervos. . . sino amigos”
(XV, 15). Había nacido la PEDAGOGIA DEL
AMOR.

SEÑOR, ¡YO QUIERO AMAR!

QUIERO AMAR haciéndome presente en la vida
como tú lo hiciste,
inerte, desvalido,
sin nada entre las manos,
en silencio, en actitud de escucha,
llegar como tú llegaste a SER HERMANO.

¿Belén? ¿Egipto? ¿Nazaret?
No es el lugar el que cuenta,
sino la actitud de PRESENCIA

. . . *y es la entrega:*

Habrà una hora anunciada en Caná de Galilea,
un lavatorio de pies y una cena,
un beso y una traición
y luego un calvario,
de comunión eterna con nuestra debilidad,
hasta el anonadamiento,
una transformación pascual
y nuestra historia quedará para siempre
transfigurada en tí.

¡QUIERO AMAR COMO TU!

Pero ¿cómo, Señor?

¿Cómo ser voz y silencio?

¿Cómo ser pastor y ser puerta? . . .

¿Ser sed y ser agua,
ser hambre y ser pan?
¿Ser ternura y confianza,
ser paciencia y afán?
¿Ser pecado y ser gracia?
¿Ser llevado y llevar?
¿Estar triste y ser dicha,
o perdido y llegar?
¿Escuchar el anuncio
y tener que anunciar?
¿El ser Dios y ser hombre,
sacerdote y altar?
¿Caminante y camino,
y ser vida y verdad?
¿Ser angustia y ser muerte
y alegría pascual?

Un día, Señor, Tú dijiste como yo
¡QUIERO AMAR!

Te encerraste en el seno de una Virgen,
para oír su corazón, sentir su ternura
y nacer de su dolor y de su adoración.
Te besó su inocencia a tí que eres santidad;
su debilidad aceptó tu grandeza
y su pequeñez escondió tu omnipotencia.
Como la sombra del Todopoderoso
cubrió a María
el amor mutuo de María y José y su tutela

celaron y protegieron el misterio de tu venida.
Ella que te acogió como palabra
y te dio vida,
te reprochó en el templo, te suplicó en Caná,
te acompañó en la cruz,
*te enseñó a tí, Dios, a amar con corazón humano,
a estar presente y a entregar la vida.*

Juanito Bosco también dijo como yo:
¡QUIERO AMAR!
Y Tú le diste una MAESTRA
tu MAESTRA,
la que te había traído al mundo
en tu obediencia al Padre,
la que te hizo hijo,
la que te hizo hermano,
la que hiciste MADRE de tu redención.

Y Juanito aprendió a amar. . .
a la que es tu madre
y a los que son sus hijos.
Los buscó como Ella te buscó perdido,
les hizo una Nazaret
donde crecieran como Tú en edad y gracia,
en sabiduría y trabajo,
en unidad fraterna,
en conciencia filial,
en obediencia y PASCUA.
EN LA PEDAGOGIA DEL AMOR,
como contigo
¡ELLA LO HIZO TODO!

Yo te pido, Señor, esa Maestra
porque ¡YO QUIERO AMAR!
como Tú eres amor ENTRE NOSOTROS
y pastor y bondad.
Porque quiero sembrarme entre el rebaño
de muchachos, como lo hizo Juan.
Y entregarles del todo mi existencia
como Tú diste la tuya,
como María que te trajo al mundo
te entregó a nuestra historia,
y como Ella se entregó contigo
y como Don Bosco se los puso a amar.

Que me sientan feliz junto a sus vidas,
en sus patios, caminos y esperanzas,
compartiendo tristezas y alegrías,
promesas, bienandanzas
y trayendo TU PAN:
tu mensaje, Señor y tu promesa
para este lado y para el más allá;
tu llamamiento y tu misericordia,
tu providencia y tu solidaridad;
tu amistad, tu figura y tu presencia
y el reflejo que eres de la paternidad
del Dios que nos ama y que te envía
para ser nuestra vida de verdad.

Hasta el último instante de existencia
¡LOS QUIERO YO AMAR!
a los muchachos que encontró Don Bosco
y me confió en tu nombre.

Me están llamando porque he estado ausente,
porque me quieren para ser su amigo
porque me quieren enseñar a amar.
Estar presente por Don Bosco santo,
alegre, mago, saltimbanqui, Padre
siempre en el patio
como escenario de su santidad.
Que en mi amor sientan lo que Tú los quieres
y me quieran amar.

*Señor, dame tú la Maestra
que te enseñó a amar.*

*Que fue la misma que enseñó a Don Bosco
la presencia encarnada y el mensaje pascual.
Que yo aprenda, Señor, A ESTAR PRESENTE,
con tu luz, tu sonrisa y tu bondad,
como Don Bosco en el campo que nos diste
SIN CANSARME DE AMAR.*

INDICE

Prefacio	5
Presentación	11
I. UN DIA, CUANDO SE ESTABA ACABANDO LA ASISTENCIA SALESIANA	17
“¿Dónde están nuestros salesianos?”	22
“... Eran bastantes y estaban solos...”	26
Un verdadero desastre	28
Si Don Bosco soñara hoy con nosotros y con las obras salesianas	36
Lo que la Congregación actual ve y siente	40
Amarga brecha generacional	44
Soñando hoy con nuestros patios	49
II. UNA EXPERIENCIA LLAMADA “ORATORIO”	51
Ortopraxis en Valdocco	52

En el nombre de Dios bueno y providente	63
Del anonimato al reconocimiento del “Yo ” juvenil	69
Los muchachos le salvaron la vida	72
La arquitectura de un espíritu	74
La clave “preventiva”	77
Entremos al Oratorio . . . campo de la experiencia mística	86
III. PENSANDO CON EL CORAZON . .	89
Un siglo antes	94
La gran verdad	99
“Porque me amaste me hiciste amable” . .	100
“Debes hacerlo posible . . . con la adquisición de la ciencia”	107
Un siglo después	115
Hacia una universalización de la esperanza	114
IV. VADE MECUM	121
“Tus hermanos están fuera y te buscan”	124
Sombras brillantes	129
Una presencia tutelar	135
Sin presente y sin futuro . . . y ¿ la libertad?	139
Juventud. . . grandeza y debilidad	143
“ . . . Mi roca, mi baluarte, mi liberador. . . ”	151
Mi trascendencia y “nuestra” libertad . . .	158

V. **AMISTAD A LO DON BOSCO:
EN CAMINO HACIA EL FUTURO .** 163

Una presencia simpática y afectuosa	164
Antaño y hogaño	169
El hoy como ayer del mañana	174
Mi tiempo de amar	181
Conspiración contra la amistad	186
La aventura de la identidad y la esperanza	190
Cómo ser para ser su amigo	194

VI. **... PARA CELEBRAR JUNTOS
LA FIESTA DE LA VIDA** 199

La protohistoria	203
“¿Qué se hizo Don Bosco saltimbanqui?”	206
“Alégrate, llena de gracia. . .”	210
“Os anuncio una gran alegría. . .”	215
¡Viva la fiesta!	222
La vida, fiesta de la resurrección	228

VII. **“EL PATIO”** 233

El Oratorio es el patio	238
La gracia acontece no importa donde	244
Termómetro del Sistema Preventivo	248
“ . . . Ya no eran el alma de los recreos” . .	255

VIII. **MUCHACHOS SANTOS, SANTOS
DE LOS MUCHACHOS** 261

Ver más allá de lo que se ve	264
Haciendo escuela	265
Cambiando el curso de la historia	276
Sí es verdad	282
A la medida de Don Bosco	286
IX. YO	295
Señor, ¡Yo quiero amar!	298

Este libro se terminó de imprimir
el 29 de Abril de 1990,
día de la beatificación del P. Felipe Rinaldi,
en la editorial Centro Don Bosco
Avda. Eldorado, Cra. 66 A
Bogotá, Colombia

